



LA ANTORCHA

[N.º 10 - Febrero 2026]

"Y hubo un combate en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón,
y el dragón combatió, él y sus ángeles" (Apocalipsis 12, 7)

En este número iluminamos la

Guerra



En este número hablaremos del uso legítimo de la fuerza, del derecho de rebelión y de la doctrina de la guerra justa. Abordaremos distintos modos cristianos de afrontar el conflicto: los mártires y los cruzados. Analizaremos si pacifismo y belicismo son antagónicos o si, por el contrario, ambos posibilitan la injusticia. Procuraremos descubrir si la paz es posible y cuáles son los requisitos para que se dé. Y nos detendremos en las Sagradas Escrituras, la Batalla Final, las guerras modernas y las guerras del futuro, entre otras cuestiones. Contaremos con la pluma de Fabrice Hadjadj, Esperanza Ruiz, Javier Barrycoa, Ángel Barahona y Julio Llorente, entre otros.

Equipo

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera
Presidente

Pablo Velasco Quintana
Editor

Jaume Vives Vives
Director

Clara González González
Guillermo Altarriba Vilanova
José Antonio Méndez Pérez
Redacción

Josema Visiers Lecanda
Producción audiovisual

Daniel Velasco Fernández
Diseño y Maquetación

Consejo editorial: Ricardo Cuevas, Ana Isabel Corregidor, Carmen Fernández de la Cigoña, Maika Fornieles, Rafael Murillo, Vicente Navarro, Pablo Pomar y Jorge Soley

Ilustración de la portada: Auctor Salutis

María, Reina de la Paz

En el centro de la ilustración aparece la Virgen María a color, según la iconografía clásica española, como la Inmaculada. El centro de la devoción a la Purísima es la promesa de Génesis 3, 15: la victoria sobre el mal. La rodea un coro de hombres, santos y fieles, que introducen una fuerte tensión visual y simbólica: en el suelo, hombres de todas las épocas ofrecen a María armas y los santos desde lo alto las recogen y les ofrecen a cambio el Rosario, con el que la Virgen pidió en Fátima a los pastores que encomendasen la paz en el mundo entero. La oscuridad del mundo y el horror de la guerra se van aclarando y dulcificando en la medida en que nos acercamos a la Virgen.

Colaboran en este número

Ángel Barahona *Catedrático de Teología* | Javier Barrycoo *Doctor en Filosofía y profesor de ciencias políticas la Universidad CEU AbaT Oliba* | Diego Blanco Albarova *Escritor y productor audiovisual* | David Cerdá *Economista, doctor en Filosofía* | Antonio María Doménech *Sacerdote* | Enrique García-Máiquez *Poeta, escritor y columnista* | Pablo J. Ginés *Periodista* | Fabrice Hadjadj *Escritor y filósofo* | Declan Huerta *Sacerdote* | Julio Llorente *Periodista y editor* | Isidro Molina *Sacerdote* | Raúl del Olmo *Sacerdote* | Carla Restoy *Misionera digital* | Esperanza Ruiz *Periodista y escritora* | Ricardo Ruiz de la Serna *Profesor de Historia del mundo actual de la Universidad CEU San Pablo* | José María Sánchez Galera *Periodista* | Jorge Soley Climent *Economista y escritor* | Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo *Periodista* | Mar Velasco *Filóloga* | Francisco Javier Villar García *Coordinador de Actividades de NÁRTEX* | Luis Zayas *Economista y director de programa en Radio María*

Con el especial mecenazgo de: Carlos de la Haza

La Antorcha, editada por la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP)

C/ Isaac Peral 58, 28040 Madrid | Teléfono: 91 456 63 27 | comunicacion@acdp.es | Edita: Secretariado Nacional de Comunicación ACdP | Impresión: Imedisa S.L.U. | Depósito legal: M-29202-2022 | ISSN: 2952-1815

www.acdp.es/la-antorcha/



La Antorcha

LA GUERRA DESDE LA SOCIEDAD

- 06** - Ni pacifismo ni belicismo: ¿paz verdadera!
- 12** - Entrevista a Rodrigo Taramona | "La guerra ya no sucede solo en tierra, mar o aire: también en el terreno digital y cognitivo"
- 16** - 2025 en guerras
- 18** - Entrevista a Telmo Aldaz de la Quadra Salcedo | "Mi padre combatió en tres guerras y sobrevivió"
- 22** - Entrevista a Vito Alfieri | "Para limpiar Ucrania de minas harán falta veinte años"

LA GUERRA DESDE LA FE

- 26** - Mártires, cruzados... y familias
- 30** - La guerra en la Biblia
- 32** - De veterano a peregrino. Exmarines estadounidenses buscan combatir el trauma de la guerra en el Camino de Santiago
- 34** - Entrevista a Jorge Fernández Díaz | "Este es el plan de la Virgen para evitar la III Guerra Mundial"
- 38** - Santa Teresita en las trincheras
- 44** - La guerra que se gana por dentro. María, el pecado y la batalla invisible del corazón
- 50** - Entrevista a Padre Valentín Aparicio | "Muchos verán al Anticristo como un líder político capaz de traer paz y progreso"
- 57** - "Oiréis hablar de guerras y calamidades": Si así alertó Jesús sobre el final de los tiempos... ¿Estamos ante la batalla final?
- 60** - Santos víctimas de la guerra
- 63** - Santos forjados en la guerra
- 66** - ¿Cómo puede ser que el Dios del Antiguo Testamento sea el mismo que el del Nuevo Testamento?
- 70** - Infografía: Silenciados por su Fe. La Persecución a los Cristianos
- 72** - Reflexiones de los Evangelios

LA GUERRA DESDE LA FILOSOFÍA

- 78** - De la guerra justa, a la guerra sin sentido
- 82** - Fabrice Hadjadj | En buena guerra
- 85** - Ricardo Ruiz de la Serna | La guerra justa en tiempos de guerras híbridas
- 90** - Julio Llorente | El amor en la guerra
- 92** - David Cerdá | La Europa bélica
- 94** - Luis Zayas | La Iglesia y el uso de la fuerza

LA GUERRA DESDE LA CULTURA

- 96** - Chispazos de *La Antorcha*
- 98** - Tres miradas literarias sobre la guerra
- 100** - La herida que atraviesa la historia de la humanidad: dos miradas ante la guerra
- 106** - Aforismos
- 108** - Cosmética del enemigo
- 110** - Cuando despeñar a un niño es un acto de gloria guerrera
- 114** - El poeta que canta a la nobleza de la espada y a la Europa que se perdió
- 116** - *Si vis pacem, para bellum...?*
- 120** - Mr. Darcy en el hospital de campaña
- 124** - Santos que matan dragones . Espadas contra la serpiente

Carta del director



POR **JAUME VIVES**

El tema de la guerra exige una aproximación serena y sosegada, especialmente en un tiempo en el que proliferan las opiniones de lo más rocambolescas.

Por un lado están quienes defienden una paz desarmada, hacen gala de la no violencia y demonizan el uso de la fuerza en cualquier circunstancia, como si la paz pudiera sostenerse alzando unos pocos claveles. Por otro, están quienes parecen tener una admiración un tanto siniestra por cualquier conflicto, convencidos de que siempre es buen momento para la guerra y que no hacen falta demasiadas justificaciones para iniciarla.

La realidad es que, como en tantas otras cuestiones, la virtud se encuentra en el término medio. Lo deseable es la paz que, sin Cristo no es posible, y se convierte en una burda teatralización, en una mueca inane y frustrante. Y, a su vez, el uso de la fuerza es a veces legítimo y, no solo eso, sino que, en ocasiones, es

el camino necesario para alcanzar la paz, restaurar la justicia o defender un bien que está siendo amenazado.

El ideal es que la familia pueda caminar en paz por la calle. Pero si alguien pretende agredir a la madre, la obligación del padre (y de los hijos mayores) es salir en su defensa, incluso con el uso de la fuerza, si fuera necesario. No quedarse observando después de un intento frustrado de diálogo, máxime si entre el padre y los hijos tienen posibilidades reales de neutralizar al agresor. Pero tampoco se trataría de dejar al atacante tendido en el suelo en coma, si ello no fuese indispensable para proteger a la madre.

Sin embargo, si es el padre el que pasea sin compañía y un agresor se abalanza sobre él, puede recurrir al uso de la fuerza para defenderse, pero también podría no hacerlo y aceptar la agresión.

Vemos por tanto que hay situaciones en las que el uso de la fuerza no solo es una opción, sino una obligación moral, máxime cuando se trata de la defensa del prójimo.

La violencia es un ataque al orden natural (ya sea mediante las leyes, la fuerza física...) el uso legítimo de la fuerza es cosa distinta, que merece otra consideración moral, pues pretende defender y restaurar ese orden natural que está siendo atacado.

Sobre todos estos temas reflexionaremos en el presente número, procurando huir de las guerras actuales que, por su carga emocional, nos distraerían de un análisis sereno, serio y en profundidad sobre la guerra en general y sus implicaciones morales.

Especialmente provocador es el caso de los mártires y los cruzados, dos posturas igualmente cristianas ante el conflicto. Tenemos el ejemplo de las mártires de Algemés, recogido en *Cartas desconocidas de una familia mártir: María Teresa y sus hijas* (Naranja Editorial), del sacerdote Salvador David; o el de los requetés y las margaritas que en la Cruzada del 36 se alzaron en armas para defender a Dios, la Religión, la Iglesia y la Patria, narrado con gran belleza en *Las últimas cartas del requeté* (Almuzara), por Pablo Larraz y Pilar Sáez de Albéniz.

Unos, aceptando la muerte sin combatir. Otros, combatiendo y a veces también muriendo.

En el caso de las mártires de Algemés, los milicianos de la II República apresaron a las cuatro hijas, todas religiosas, para asesinarlas. La madre pidió acompañarlas y solicitó además ser la última en morir, para asegurarse de que sus hijas perseveraban hasta el final, como así sucedió.

En el caso de Mateo Arbeloa, narrado en *Las últimas cartas del requeté: correspondencia de guerra de Mateo Arbeloa y Josefina Muru* vemos que se hizo uso legítimo de la fuerza para defenderse de un ataque sistemático y cruel contra la Iglesia y la población católica en España.

Por ello la Guerra Civil tuvo espíritu de cruzada, y así fue conocida durante mucho tiempo.

Si verdaderamente amamos y deseamos la paz, el uso de la fuerza no tiene por qué repelerlos ni entusiasmarlos. Ambas posturas extremas —el pacifismo absoluto y el belicismo ciego— son dos caras de la misma moneda: lejos de favorecer la paz y la justicia, se convierten en su principal obstáculo.

En la vida familiar sucede algo parecido. Un padre que nunca ejerce una corrección firme difícilmente educará a sus hijos. Un padre que recurre habitualmente a la violencia tampoco. Los hijos necesitan saber que existen límites, y algunos son tan sagrados que, si los traspasan, encontrarán una barrera real, concreta: la mano de sus padres. Pero esa barrera debe ser proporcionada, orientada al bien, no fruto de la ira.

Conviene recordar, además, que incluso quienes están llamados profesionalmente al uso de la fuerza —los militares— no son considerados por la Iglesia agentes de violencia, sino promotores de paz. El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que “los que se dedican al servicio de la patria en las fuerzas armadas son servidores de la seguridad y de la libertad de los pueblos” (CEC 2310). Su misión, lejos de ser inmoral, es necesaria para proteger a los inocentes y mantener el orden justo.

Nuestro deseo es que, al acabar estas páginas, renovemos nuestro compromiso con una paz auténtica, la que procede de Cristo, y aprendamos a mantener una relación sana con el uso de la fuerza y con la guerra: ni un rechazo desordenado que posibilita la injusticia, ni un amor desmedido que hace imposible la justicia. Todo lo demás son ideologías que no responden a la realidad. ■



Los desastres de la guerra
de Francisco de Goya, 1863.
Museo Nacional del Prado

Ni pacifismo ni belicismo: ¡paz verdadera!



POR **JORGE SOLEY** | ECONOMISTA Y ESCRITOR

No iban desencaminados los *hippies* de los años 60 cuando enarbolaban sus pancartas reclamando paz. Y es que el anhelo de paz es algo tan universal y constante que bien podemos considerarlo como uno de los deseos naturales más intensos. Durante un tiempo podemos olvidarlo, pero la realidad de la guerra, y cuanto más cercana con más fuerza, nos recuerda trágicamente la importancia vital de la paz.

No hace falta insistir aquí sobre los horrores de la guerra. Quien aún tenga dudas, que contemple la serie de los *Desastres* de Goya. O que lea los relatos ambientados en la guerra franco-prusiana de Leon Bloy. O que se sumerja en *las Tempestades de acero* de Ernst Jünger. O en el *Réquiem por Nagasaki* de Paul Glynn... testimonios no faltan.

La paz, lo tenemos claro, es el bien social más universalmente deseado. Algo que explicó con su habitual lucidez y elocuencia san Agustín en *La Ciudad de Dios* al escribir que “no existe quien no ame la alegría, así como tampoco quien se niegue a vivir en paz. Incluso aquellos mismos que buscan la guerra no pretenden otra cosa que vencer, por tanto lo que ansían es llegar a una paz cubierta de gloria”. O sea, que incluso quienes apuestan por la guerra lo hacen con la esperanza de obtener la paz.

La paz de los malvados

Pero enseguida surge el problema: sí, hay que tratar de evitar la guerra, con su reguero de sangre, muerte y destrucción, pero pronto constatamos que la mera ausencia de guerra no acaba de dejarnos satisfechos. Se ha hablado de paces armadas y de guerras encubiertas o híbridas. De hecho, son muchos quienes sienten que ciertas paces merecen también nuestro rechazo. Como cantaba un veterano grupo punk: “No queremos esta paz podrida, es un

ser deforme, esta paz impuesta por los que dominan este cementerio”. Aunque seguramente no lo supieran, san Agustín ya decía algo similar hace dieciséis siglos, cuando afirmaba que “la paz de los malvados no merece el nombre de paz porque antepone la perversión a la rectitud y el caos al orden”.

“No existe quien no ame la alegría, así como tampoco quien se niegue a vivir en paz”

San Agustín

O sea, que la primera acepción de “paz” que recoge la RA: “Situación en la que no existe lucha armada en un país o entre países”, se nos queda corta, muy corta.

¿El motivo? Algo podemos atisbar si atendemos a las otras acepciones que también recoge la RAE: “Relación de armonía entre las personas, sin enfrentamientos ni conflictos. Estado de quien no está perturbado por ningún conflicto o inquietud”. Para que la paz nos colme necesitamos mucho más que la mera ausencia de guerra abierta.

Las guerras justas existen

Por eso mismo, en ciertas ocasiones, la guerra puede ser mejor que ciertos tipos de paz. Se equivocan pues los pacifistas que nos presentan la guerra como un mal intrínseco. Es terrible, sí, pero hay veces en que no queda otra y negarse a aceptarlo sólo sirve para dar alas a los “malos”. En efecto, hay guerras “buenas”



(Detalle)
Roberto de
Normandía en el
asedio de Antioquía,
de Jean-Joseph
Dassy, 1838-1839.
Palacio de Versalles

precisamente porque hay guerras “malas” o, dicho de otra forma, porque hay agresores injustos a quienes se debe hacer frente. Por cierto, las cruzadas entran en esta categoría: a poco que uno las estudie queda claro que su motivación no era la conquista expansionista, sino recuperar el acceso a los santos lugares, injustamente restringido, y acabar con el asesinato de cristianos que peregrinaban a Tierra Santa. Enfrentamientos violentos para combatir a agresores ha habido muchos, enmarcados en la doctrina católica tradicional de la guerra justa. Una manera, por cierto, de contemplar y hacer la guerra mucho más humana que las guerras de exterminio y rendición total propias de la modernidad.

La doctrina de la guerra justa nos ayuda pues a discernir cuándo tenemos que ir a la batalla y cuándo no, y por eso mismo es el mejor freno a las tentaciones

belicistas de aquellos gobernantes de gatillo fácil henchidos de ambición, que se lanzan a sacrificar generaciones enteras para, cuando las cosas no salen como habían previsto, desmarcarse indecentemente del asunto. Los ejemplos también abundan.

“La paz de los malvados no merece el nombre de paz porque antepone la perversión a la rectitud y el caos al orden”

El callejón sin salida del pacifismo

Así, la concepción cristiana de la guerra justa es tanto el más eficaz freno al belicismo como la desautorización más completa del pacifismo. Porque, no nos cansaremos de repetirlo, hay coyunturas en las que no nos cabe otra que ir a la guerra. La anécdota que se cuenta de la defensa de la tesis doctoral de Julien Freund da que pensar al respecto. Corría 1965 y en el tribunal de tesis se encontraba el filósofo existencialista y pacifista Jean Hyppolite, que le espetó a Freund, a propósito de la persistencia de la figura del “enemigo”: “Si usted tiene razón, no me queda otra salida que cultivar mi jardín”. El joven doctor le replicó así: “Como todos los pacifistas, piensa que es usted quien designa a su enemigo. Desde el momento en que no queramos tener enemigos, no los tendremos, piensa. Ahora bien, es el enemigo el que le elige a usted. Y si él quiere que usted sea su enemigo, lo será. Y le impedirá incluso cultivar su jardín”. A lo que Hyppolite replicó: “Entonces, sólo me queda el suicidio”.

Ante la descarnada realidad que Freund puso ante sus ojos, Hyppolite no pudo menos que reconocer que sus convicciones pacifistas lo habían conducido a un callejón sin salida. Porque en ocasiones, por mucho que no queramos pelear con nadie, son los otros quienes nos agreden y no nos permiten pasar las tardes cultivando nuestro rosal mientras reflexionamos sobre la belleza de la flora. El pacifismo, en estas situaciones, colapsa. La única salida, lo confesaba aquel inteligente pacifista, es el suicidio. O, para los menos coherentes, la claudicación, aceptar vivir sometidos por quien nos ha agredido injustamente. Y es que el imperativo pacifista de paz a cualquier precio lleva directamente a la rendición incondicional y a la esclavitud política, algo que incluso

puede aceptarse de buen grado, como una especie de última y heroica prueba de nuestra bondad. ¡Qué buenos somos, que incluso ante una agresión no respondemos con violencia!... Sólo que eso no es bondad, sino estulticia. En el fondo, ante el inevitable conflicto, el pacifista cortocircuita, siente que el suelo se hunde bajo sus pies y que el mundo, profanado por la guerra, carece de sentido... y un mundo sin sentido es un mundo en el que cualquier vida carece de valor. Por eso el pacifismo lleva al nihilismo. Por eso no sólo es legítimo, sino que es necesario, combatir al agresor injusto.

“El más grande destructor de la paz es el aborto”

La paz es fruto de la justicia... y del respeto a la vida

Lo vio ya claro el historiador romano Tácito: “Una mala paz es todavía peor que la guerra”. Una paz que consagra la opresión y la violencia es peor que una guerra porque es una mentira, una falsedad que intoxica el aire que respiramos y es semilla de nuevas violencias. La paz verdadera es fruto de la justicia, como ya proclamó Isaías hace unos cuantos siglos: “Fruto de la justicia será la paz, y fruto de la justicia, el sosiego y la seguridad para siempre”.

Conviene aquí recordar de nuevo aquella frase bomba que pronunció santa Teresa de Calcuta en 1979, durante su discurso tras recoger el Premio Nobel de la Paz: “El más grande destructor de la paz es el aborto”. Palabras fuertes que resuenan aún más si cabe en un mundo, el nuestro, que ha banalizado el aborto e incluso lo proclama derecho inalienable.

Pero todas las leyes positivas del mundo, todas las constituciones que escriban los hombres no podrán nunca cambiar que la eliminación deliberada y directa de un ser humano en la fase inicial de su existencia destruye la paz; que la legislación abortista, la cultura de la muerte y quienes consideran el aborto como algo “sagrado”, destruyen la paz. Como denunciaba san Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*: “El aborto tiene una dimensión fuertemente social: es una herida gravísima causada a la sociedad”.

Paz es sinónimo de orden

Quizá nos cuesta pensar bien por culpa de nuestro frecuente poco cuidado con el uso de las palabras. Llamamos paz a cualquier cosa. Pensaríamos mejor si leyéramos menos al último gurú de moda y más a santo Tomás, que con su habitual precisión distingue entre “paz” y “concordia”.

La concordia nace de un cierto acuerdo político o social para no agredirse, pero no tiene por qué entrañar virtud. Por ejemplo, la concordia puede alcanzarse dentro de una banda de ladrones que desean dar juntos el golpe del siglo. La concordia, salta a la vista, es siempre precaria.

Pero la paz de verdad sólo puede darse en el hombre virtuoso. Los apetitos del hombre vicioso están en guerra entre sí. Por el contrario, en el virtuoso los apetitos están ordenados por la razón y la fe. Así, quien es virtuoso puede alcanzar sus fines y conseguir el reposo. Santo Tomás lo remata reutilizando una máxima de san Agustín: “La paz es la tranquilidad del orden”.

Paz es pues sinónimo de orden justo, y mientras este no se alcance, por mucho que no haya trincheras ni bombardeos, no habrá verdadera paz. Incluso podemos dar un paso más y afirmar que sin Dios no puede haber paz, porque sólo Él puede satisfacernos plenamente. Como escribió san Agustín,

refiriéndose a Dios: “Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”.

La paz perpetua que se fue al traste

Intentos para alcanzar la paz sin Dios ha habido muchos, y todos han fracasado estrepitosamente. Probablemente quien consiguió convencer a más gente fue Kant con su proyecto de “paz perpetua”. El filósofo sostenía que si todos los países fueran repúblicas, ya no habría guerras. El mecanismo parece sencillo: como son los ciudadanos quienes tienen que decidir si iniciar una guerra y son ellos mismos quienes también sufrirán las consecuencias, se negarán a comenzarla. Un razonamiento que la realidad se ha encargado de desmontar implacablemente: son precisamente los ciudadanos, ebrios de entusiasmo, quienes muchas veces empujan hacia la guerra. El entusiasmo casi universal con que fue recibida la Primera Guerra Mundial muestra la falacia del argumento de Kant.

“*Sólo es posible la paz de Cristo en el reino de Cristo*”

La paz de Cristo en el reino de Cristo

Precisamente poco después del fin de la Gran Guerra, en febrero de 1922, Pío XI abordaba el tema de la paz en su primera encíclica, *Ubi arcano Dei consilio*. Allí afirmaba que, a pesar del fin del conflicto armado, “las naciones de la tierra aún no han encontrado la verdadera paz”. Y recordaba las palabras de los profetas, que parecían haber sido escritas para nuestro tiempo: “Esperábamos la paz y este bien no vino, el tiempo de la curación, y he aquí terror”.



Soldados australianos con máscaras antigás en los alrededores de Ypres en la Primera Guerra Mundial. El entusiasmo inicial de las masas desmintió la idea ilustrada de que las repúblicas serían, por sí mismas, garantes de la paz. Foto Frank Hurley

¿Por qué eran entonces, y somos ahora, incapaces de alcanzar una verdadera paz? El papa lo tenía claro: “Arrojados Dios y Jesucristo de las leyes y del gobierno, haciendo derivar la autoridad no de Dios, sino de los hombres, ha sucedido que han sido arrancados los primeros principios de la justicia y los fundamentos mismos de la autoridad... Y he ahí las violentas agitaciones de toda la sociedad”. El diagnóstico no puede ser más certero: no es posible la paz en un mundo que se enorgullece del laicismo más absoluto, de la negación pública de Dios como principio y fin de todo lo creado, que rechaza toda soberanía que no se funde en la exclusiva voluntad humana. No es de extrañar que hoy resuene con urgente actualidad la fórmula que el mismo Pío XI acuñó tres años después en su encíclica *Quas primas*: sólo es posible la paz de Cristo en el reino de Cristo. Un juicio que Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in terris* de 1963, reiteraba: “La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios”.

Un orden que no es sólo externo, pues “ante todo es necesario que la paz reine en los corazones. Porque de poco valdría una exterior apariencia de paz, que hace que los hombres se traten mutuamente con urbanidad y cortesía, sino que es necesaria una paz que llegue al espíritu, los tranquilice e incline y disponga a los hombres a una mutua benevolencia fraternal. Y no hay semejante paz si no es la de Cristo”. Es lo que le dijo, por si se nos había olvidado, Jesús a santa Faustina: “La humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina”.

¿Deseamos de veras la paz? Pues abandonemos nuestras orgullosas pretensiones y pidámosla al único que puede verdaderamente dárnosla. ■

Rodrigo Taramona

Experto en tecnología

“La guerra ya no sucede solo en tierra, mar o aire: también en el terreno digital y cognitivo”

En un mundo donde la inteligencia artificial está reescribiendo las reglas de la guerra, la seguridad y hasta la vida cotidiana, Rodrigo Taramona, uno de los divulgadores tecnológicos más influyentes del panorama hispano, advierte de un giro histórico: máquinas que analizan, deciden y, cada vez más, actúan sin intervención humana.

POR **AITOR LEKANDA** | PERIODISTA

Con más de una década estudiando la relación entre tecnología y comportamiento, Taramona desgrana en esta conversación el impacto real de empresas como Palantir o Anduril, la aceleración inquietante de la Kill Chain y el dilema ético que nos acecha: ¿Queremos robots asesinos? Frente a un progreso que promete eficiencia total, el experto recuerda lo que está en juego: la humanidad que podríamos estar dejando atrás.

¿Cómo ha cambiado la toma de decisiones respecto a la guerra con la introducción de la inteligencia artificial?

Nos encontramos en un escenario muy diferente, en el que tenemos una herramienta capaz de crear un desequilibrio, una diferencia de poder similar al que produjeron las armas nucleares. No solo por una capacidad de impacto, porque un arma nuclear puede

provocar una destrucción masiva en muy poquito tiempo, pero aquí estamos hablando de un análisis de datos y de todo lo que está sucediendo en el terreno del adversario. Máquinas que toman decisiones autónomamente, drones, robots, diseño de máquinas específicas para cada terreno; y una parte que es importante: la guerra no sucede solo en el campo de batalla, que puede ser tierra, mar o aire o espacio, sucede también en el terreno digital y en el terreno cognitivo.

¿Qué es Palantir?

Palantir es una empresa que arranca en 2003, pos11-S. Peter Thiel venía de haber fundado PayPal y con el dinero conseguido, arranca un proyecto que lo que busca es crear una herramienta de vigilancia masiva en la que puede tener información de todo lo que genera datos y ahora en internet, es todo.

Rodrigo Taramona.
Foto La Antorcha



Aquí hay dos corrientes narrativas. Por un lado, es una invasión de la privacidad para individuos, no solo para objetivos militares, sino también para civiles, porque Palantir se utiliza a través de todo el cuerpo policial y ahora mismo en impuestos. De hecho, creo que se está cerrando un acuerdo con Palantir en España para Hacienda.

La empresa nace con el propósito de ser superiores al adversario y eso se consigue analizando todos los datos y dando a nuestros soldados todas las herramientas posibles para que no tengan que jugársela. Los soldados están perdiendo la vida, entre otras cosas, porque no tienen información y cuando la obtienen no la gestionan bien. Eso es Palantir contado por ellos.

Luego está Anduril, que nace bastante más adelante, cuando a Palmer Luckey lo echan de Facebook, en parte por financiar a Trump. En ese momento, se acerca a Peter Thiel y monta la parte ejecutiva de Palantir. Él está haciendo a sus soldados, los convierte

en superhéroes. Efectivamente está trabajando en toda la tecnología dura, el *hard tech* militar. Hablamos de drones, de vehículos de aire, mar, tierra, de corazas, de gafas que permiten a los soldados ver a través de los objetos, estamos hablando de tecnología superavanzada.

¿Qué es el ciberataque y cuál ha sido la modificación concreta que ha introducido?

Desde Palantir orgullosamente hablan de que son capaces de acelerar ese ciberataque. Es la cadena de muerte, ese proceso que se da entre que se detecta un objetivo, se decide si es un objetivo o no y se elimina. Imaginemos ahora cómo era la guerra preinteligencia artificial. Un soldado o una persona controlando un dron a distancia. Parece casi un videojuego, pero había una persona que decidía. Lo que está ocurriendo con Palantir es que prácticamente las herramientas están desde el punto de decir: Esto hay que eliminarlo y punto; es verdad que están dejando una parte, apretar el botón, pero

yo ya he dicho que tienes que hacerlo. Son armas que ya no sólo pueden moverse solas y analizar datos y retransmitir imágenes que ven, sino ejecutar sin tener que recibir órdenes. Ya no hay un humano decidiendo si matar o no, sino una máquina tomando la decisión por nosotros.

“*La inteligencia artificial crea un desequilibrio de poder similar al de las armas nucleares*”

¿Cómo crees que influye eso desde un punto de vista ético?

Esto nos está planteando unos dilemas. Uno de los que tenemos que tener sobre la mesa y que además es que no está zanjado es: ¿Queremos robots asesinos? Si tú le preguntas a Palmer Luckey, hace no mucho tiempo dijo: “I love killing robots” (Amo los robots asesinos). Luego te lo cuenta desde una lucha por la paz, porque él cree que el robot asesino es bueno. Luego hay toda una corriente de gente que lleva años trabajando en inteligencia artificial, miembros del Future of Life Institute, Max Techmark, que están intentando advertir que no utilicemos armas autónomas, que no utilicemos robots asesinos. Estamos ante el típico escenario de teoría de juegos en la que dices: Esto va a salir mal, pero prefiero que me salga mal a mí que le salga mal al otro; aunque el escenario sea el de extinción absoluta de ambas partes.

¿Queremos que sea una máquina la que tome la decisión de ejecutar a otra persona o tenemos que seguir siendo los

humanos? El motivo por el que yo creo que tenemos que seguir siendo los humanos es porque se nos olvida una cosa en toda esta corriente de tecnología hiperavanzada. Estamos considerando que las máquinas hacen lo que los humanos hacemos, pero mejor, porque no se distraen, no se cansan, no pasan hambre y no lloran. Y no nos damos cuenta de que precisamente el estar cansados, el pasar hambre, el llorar y el tener sentimientos es lo que hace que nosotros al tomar una decisión, luego la arrastremos el resto de nuestra vida. Y esa es la humanidad.

No significa que no cometamos errores, significa que cometer errores nos invita a reflexionar para no cometerlos en el futuro. Una máquina va a matar así y le va a dar igual haber cometido un error porque no va a vivir con el peso en su conciencia. Eso es una ventaja, no un defecto. Estas emociones son lo que nos hace sentir compasión, apiadarnos de una persona a la que vamos a disparar y dejarla viva si eres un soldado en plena niebla de la guerra.

Desde tu punto de vista, ¿qué estamos ganando y perdiendo con introducir en todos los procesos la IA? Decías antes que ganamos eficiencia, pero estamos perdiendo lo humano

Te dirán: “No, yo quiero maximización de beneficios, lo demás me da igual”. Yo recuerdo hace tiempo un premio nobel de genética, en una conferencia dijo: “Una madre es una máquina perfecta de transmisión de genes y el resto es poesía”. El tío decía que es maravilloso cómo transmite genes. A mí se me quedó, una madre, tú tienes madre, igual es que no tenía madre. Fíjate qué error comete de base considerar que la poesía es algo menor. Lamentablemente, todo este derrotero por el que nos ha llevado la corriente científicista, ingenieril, de la Revolución Industrial, ha llevado a pensar

que ya lo hemos descubierto, no teníamos que preguntarnos nada, no teníamos que averiguar si tenemos alma, si hay Dios, si no hay Dios. Tenemos que hacer cosas en este mundo tridimensional, material, e intentar seguir compitiendo por recursos y extraer el máximo para que todos vivamos cómodos, pensando que eso nos iba a conducir al paraíso en la Tierra.

En cambio, nos hemos encontrado con que estamos con problemas de salud mental, nos sentimos cada vez más solos, no tenemos referencias claras, hay cierta pérdida de valores. ¿Qué está pasando? ¿Por qué nos hemos desconectado tanto los unos de los otros? Primero, porque creo que siempre se comete un error pensando que hay una píldora mágica que lo soluciona todo. Yo creo que afortunadamente tenemos todos los libros, todos los cuentos y todos los mitos que han superado la prueba del tiempo. La tecnología cambia mucho, las personas muy poquito.

Creo que hay un problema en habernos querido convertir casi en máquinas. Al final, por mucho que estemos hablando de cosas muy técnicas y de optimización de mercados, todo conduce a lo mismo. Son esas pasiones humanas, esos miedos que tenemos a lo desconocido y esa pulsión por vivir para siempre y el cómo cada uno gestiona la finitud de sus días. Y el transhumanismo es lo contrario: volcaremos nuestra conciencia en un ordenador y viviremos eternamente, tendremos máquinas, iremos cambiándonos los órganos.

Fascinados por la Revolución Industrial, hemos creído que la respuesta está en producir más y optimizarlo todo, olvidando que somos humanos y necesitamos lo intangible. Arte, poesía, ficción y tiempo con otros no son un lujo: ahí reside la belleza de la vida, precisamente porque sabemos que es finita.■



2025 en guerras

1 | HAITÍ

La crisis política en Haití comenzó en febrero de 2019 con protestas que exigían la dimisión del presidente Jovenel Moïse y la creación de un Gobierno de transición, en un contexto de grave deterioro social e institucional que dejó sin funciones a la Asamblea Nacional tras múltiples cambios de primer ministro. Tras el asesinato de Moïse en 2021, el país quedó bajo el mando de Ariel Henry, quien aplazó repetidamente las elecciones mientras Haití se hundía aún más en el caos: las bandas criminales expandieron su control por toda la isla, casi trescientas catorce mil personas fueron desplazadas, 4,7 millones sufren hambre aguda, incluidas veinte mil en hambruna, y el cólera continúa sin ser controlado.

2 | GAZA

El conflicto árabe-israelí ya es definido como un fenómeno geopolítico que se remonta a principios del siglo XX. Desde el 7 de octubre de 2023, los enfrentamientos entre los terroristas de Hamás y el ejército israelí se han ido sucediendo hasta dejar más de setenta mil muertos, según cifras del Ministerio de Salud gazatí. En este tiempo ha habido dos treguas, la primera de enero a marzo de 2025, y la segunda de octubre a noviembre de este mismo año; esta última orquestada por Donald Trump.

3 | UCRANIA

A finales de 2025 esta guerra ha superado los 1370 días. La invasión que comenzó en 2022, aunque puede incluso remontarse a 2014 con la conquista de Crimea, ha desplazado internamente a 7,1 millones de ucranianos y otros 7,3 millones han abandonado su país. Aunque no hay datos oficiales ni confirmados, algunas estimaciones apuntan que en total desde que comenzó el conflicto las bajas totales, muertos, heridos y desaparecidos, superan el millón.

4 | NIGERIA

El país más poblado de África sigue gobernado por la inestabilidad y la violencia. En el noreste, Boko Haram y la filial de Daesh mantienen su insurgencia en forma de atentados recurrentes, secuestros y desplazamientos de población. A ello se suma que, en el noroeste y en el cinturón medio de Nigeria, grupos armados, como los pastores fulani, han extendido la violencia indiscriminada. Más de diez mil personas han sido asesinadas por estas bandas en los últimos dos años y se calcula que la insurgencia de Boko Haram ha desplazado a más de 2,4 millones de personas en la cuenca del lago Chad.

5 | SUDÁN

Según datos de la ONU, hasta octubre de 2025, el conflicto ha causado más de veintisiete mil muertes, desplazado a trece millones de personas dentro del país y forzado a casi cuatro millones a huir como refugiados. La guerra que ha provocado todo esto estalló en abril de 2023, cuando comenzaron los enfrentamientos abiertos entre las Fuerzas Armadas de Sudán, el ejército del país, y las Fuerzas de Apoyo Rápido, un grupo paramilitar originalmente ligado al Gobierno, que las utilizó durante la guerra de Darfur (2003-2020).

6 | REP. DEMOCRÁTICA DEL CONGO

2025 ha sido el año en que las tropas rebeldes del Movimiento 23 de marzo (M23) ha tomado dos ciudades diferentes de la República Democrática del Congo: Goma y Bukavu, capitales de dos importantes estados del este del país. El M23, apoyado por el ejército de Ruanda, está dirigido por miembros de la etnia tutsi, que afirman que tuvieron que tomar las armas para proteger los derechos del grupo minoritario. Aunque la violencia no afecta a todo el país, el origen del conflicto y las condiciones de su desenlace sí, ya que se ha acusado a Ruanda de utilizar la guerra para saquear las riquezas minerales de la nación congoleña.

7 | YEMEN

“Una de las peores catástrofes humanitarias de la historia reciente”: así califica Naciones Unidas al conflicto que asola Yemen desde 2014. En total, se estima que la guerra, que comenzó tras el golpe de estado contra el presidente Al-Hadi, ha provocado más de trescientas setenta y siete mil víctimas mortales, 4,5 millones de refugiados, la mayor epidemia de cólera del siglo y problemas de malnutrición y crecimiento de la mitad de los menores de cinco años.

8 | MYANMAR

En 2021, un golpe de estado llevó al poder a una junta militar, que mantiene al último gobierno democrático en prisión y a la población dividida. Desde entonces, se calcula que ha habido cincuenta mil fallecidos y más de tres millones de desplazados internos. Algunos expertos han indicado ya que se trata del conflicto activo más antiguo del planeta, ya que sus orígenes se remontan a 1948, cuando el país se independiza del Imperio británico.

9 | FRONTERA TAILANDIA Y CAMBOYA

En julio de 2025, una serie de enfrentamientos en la frontera por el control de varios templos desembocó en una verdadera crisis entre ambos países del sudeste asiático. Cuatro días después acordaron un alto el fuego incondicional, hasta la llegada del acuerdo de paz, que no llegaría hasta octubre de 2025. Apenas unas semanas después, la explosión de una mina en la zona en disputa ha reavivado los enfrentamientos. Según los datos oficiales, en los cuatro días del mes de julio que duró el conflicto hubo treinta y tres muertos.



Telmo Aldaz de la Quadra Salcedo
Aventurero

“Mi padre combatió en tres guerras y sobrevivió”

Telmo Aldaz.
Foto La Antorcha

La historia del padre de Telmo Aldaz parece sacada de un manual de la Europa convulsa del siglo XX: tres guerras, varios bandos, un puñado de fronteras y una vida que nunca dejó de moverse. Pero Telmo no la cuenta como una epopeya, sino como el legado complejo que marcó a su familia y que su padre narraba con la serenidad de quien sabe que la guerra jamás es un triunfo. En esta entrevista, Aldaz recupera esos recuerdos, aclara mitos y silencios, y reflexiona sobre cómo honrar a quienes vivieron antes que nosotros sin convertir su pasado en trincheras nuevas. Aquí, la memoria se vuelve una forma de comprender lo que nos precede.

POR **AMANCIO BRECHT** | PERIODISTA

En primer lugar, ¿cómo fue la participación de tu padre en la Guerra Civil y cómo se produjo ese cambio de bando que aparece en su historia?

Mi padre tenía casi treinta años más que mi madre cuando se casaron, y había combatido en tres guerras. Luchó en la guerra de España, lo que para nosotros fue la Santa Cruzada contra ese genocidio de católicos, por el que luchó mucha gente. Mi padre salió con los requetés, en el bando nacional, junto a mi tío Juan, su gemelo, pero acabó haciendo la guerra del otro lado. Acabó en la 43.^a División del Ejército del Este como comandante. Perdieron la guerra, se fueron a Francia y los metieron en un campo de concentración. Pasó el tiempo y después participó en la Segunda Guerra Mundial, tanto en el frente europeo como en el Pacífico. Más tarde estuvo también en Corea; posteriormente se hizo marino, volvió a España, conoció a mi madre, se casaron, y aquí estamos nosotros.

¿Cómo relataba tu padre esa primera experiencia en la guerra?

Nosotros lo veíamos siendo muy pequeños, en los montes de Navarra, con una madre que era una arqueóloga fantástica y con un padre que todavía estaba muy fuerte y que jamás nos habló de la guerra como algo bueno. No nos hablaba mucho del tema por respeto a los muertos y mártires que hubo en la familia de mi madre. Nos decía que la guerra es lo último a lo que puede llegar un ser humano: es lo que saca lo peor de la gente y, a veces, también lo mejor, pero desde luego es algo que, si se puede evitar, no hay que repetir. No nos hablaba desde un punto de vista de venganza ni de crueldad. Quería transmitirlo a la mente de unos niños de la manera más didáctica posible, no como una revancha, sino al contrario: conociendo lo que había ocurrido para intentar mejorar lo que él había visto.

Mi abuela era de una familia carlista. Mi abuelo era republicano, católico y de derechas, pero republicano y, cuando se produce el alzamiento, se va a Francia. Mi padre y su hermano se alistaron en el requeté y salen con todos los voluntarios. Hasta toman un pueblo y les dan la medalla al valor. Mientras, mi abuela en Pamplona, yendo por la calle vio un “paseillo”: alguien que mató a otra persona. Al parecer, era un cargo militar –jamás nos dijeron nombres– y metieron presa a mi abuela junto con sus dos hijas porque era el único testigo. La acusan de comunista por ser mi abuelo republicano, aunque era católico y de derechas, pero no monárquico, y porque mi tío y mi padre, en el año 31, habían ido a representar a Pamplona en las Olimpiadas Republicanas porque eran muy buenos nadadores.

“ Mi padre nos decía que la guerra es lo último a lo que puede llegar un ser humano: saca lo peor de la gente y, a veces, también lo mejor, pero si se puede evitar, no hay que repetirla ”

No conformes con eso, mi tío José Luis (tío de mi madre) le dice a mi padre en el tercio que habían recibido órdenes de, en un avance, matarlos mediante

fuego amigo, algo que iba en contra de los ideales del requeté. Para evitarlo, mi tío los llevó en un jeep al otro lado, donde estaban las tropas republicanas. Como eran licenciados, sabían francés, y eran muy buenos esquiadores, el ejército republicano los manda a Suiza a comprar equipamiento de montaña para sus tropas. Ellos querían irse a Cuba, porque tenían allí un bisabuelo, pero no les dejaron. Regresan a España y combaten el resto de la guerra en la 43.ª División del Ejército del Este de la República como comandantes, con los alpinos. Nos contaron que fue una guerra dura, en un bando dividido donde el POUM, la CNT, la FAI mataban a todos y se mataban entre ellos. De aquello le quedó un horror al comunismo porque lo había vivido.

Pierden la guerra y se van por Andorra; en Francia los internan en un campo de concentración en Toulouse. Allí se hace amigo de unos partisanos de la primera hornada. Estos primeros partisanos de la resistencia francesa contra la invasión alemana —los que más bajas tuvieron— luego se hicieron comunistas. Mi padre se alista con ellos y lo lanzan en la batalla de Narvik, en Noruega. Ahí empieza toda la Segunda Guerra Mundial alistado con ellos. No sé en qué momento se alista en los esquiadores del ejército americano, cuando ya se incorpora Estados Unidos. Hacen todo el frente europeo y, en un momento dado, lo mandan al Pacífico a la marina norteamericana. Allí se hace marino, se saca todos los títulos y está en Pearl Harbor. Siempre nos lo transmitió como una aventura. Mi padre, cuando nacimos, tenía sesenta años y nos lo iba contando como si fuese una película.

Después de eso estuvo en Corea, todavía como militar americano. Luego pasó a la marina civil y tuvo barcos de pesca tanto en el Pacífico como en el

Atlántico. Su último puesto fue en una sección del lago Michigan. Cuando se helaba, volvía a España a cazar, porque era amigo de Carlos Etayo, que hizo la guerra con el requeté, y de Amadeo Marco, que luego fue presidente de la Diputación. A partir del año 56 se permitió volver a los combatientes republicanos que no tenían delitos de sangre y por eso podía venir porque no estaba en la causa general. Fue en uno de esos viajes a España para cazar cuando conoció a mi madre, de una familia navarra. Mi abuelo, De la Quadra-Salcedo, era vizcaíno y de sus catorce hermanos, siete combatieron en la cruzada, en el bando nacional, y murieron cinco de ellos. Yo recomiendo el libro *Requetés* de Pablo Larraz, con entrevistas a excombatientes de la guerra civil, y todos coinciden en lo que decía mi padre: no eran militares y salieron a defender la fe, sin odio realmente, y muchos no volvieron. Mi tío Juan, hermano de mi padre, acabó dando clases de español en la universidad de Nueva York, y desgraciadamente murió de una tuberculosis, secuela de la guerra.

“ En mi familia hubo personas en bandos contrarios que supieron perdonarse sin rencillas; uno de los grandes pecados ha sido reavivar ese odio sacando de nuevo a los muertos ”

Mi abuela materna perdió a su marido, Estanislao, con treinta y pocos años en el frente de Levante. Quedó viuda con cinco hijos. Mi padre había luchado con los republicanos, así que aquello para la familia de mi madre fue duro. Pero nos ha dado una lección porque personas que estuvieron en bandos contrarios supieron dejarlo aparcado, se perdonaron a su manera, sin rencillas y con respeto. En mi familia no he visto odio ni rencor. Y uno de los grandes pecados ha sido reavivar ese odio, sacando los muertos.

¿Crees que esas tres guerras dejaron una huella profunda en tu padre?

Había un estrés postraumático muy fuerte y también una prevención muy clara a la hora de transmitir que no había que volver a aquello nunca. Era una persona pacífica. Tenía un carácter fuerte porque, al final, el entorno moldea al ser humano, pero sí es verdad que tenía un poso de precaución muy marcado.

En la forma en que relatas la historia de tu padre se percibe un sentimiento de homenaje a las generaciones anteriores y a quienes combatieron. ¿Cómo crees que debería ser una relación sana con el pasado y con esos antepasados que lucharon, sobrevivieron y nos dejaron un ejemplo?

Es muy paradójico. Siempre me ha parecido que el gobierno es de la mayoría, pero siempre es la mayoría de los vivos. ¿Por qué esa democracia no sirve también para nuestros antepasados? El respeto por lo que hizo mi padre y por lo que hicieron mis abuelos es fundamental. Lo hicieron por algo; eran personas que nos dejaron algo. Creo que es muy importante honrar a los antepasados, tenerlos en cuenta, conocer su historia y aprender de ella. La tradición es un sabio de diez mil años, porque es la que te ha ido diciendo: no vayas por aquí, no hagas esto, haz esto otro. Yo creo que hay que escuchar, respetar y honrar a quienes nos precedieron. ■



PUEDES VER LA COMPLETA
AQUÍ LA ENTREVISTA A
TELMO ALDAZ



Vito Alfieri

fabricante de armas arrepentido

“Para limpiar Ucrania de minas harán falta veinte años”



Vito Alfieri.
Foto cedida

El italiano que pasó de “hombre de guerra” al activista más comprometido por la paz lamenta que se sigan empleando minas antipersona, un arma –dice– que sólo responde al deseo de odio y de venganza

POR **GUILLERMO ALTARRIBA** | PERIODISTA

6.274. Cuatro cifras sobre el papel que apenas pueden contener el dolor que acarrear: 6.274 es el número total de personas que perdieron la vida en 2024 por causa de las minas antipersona, según publicó recientemente la campaña internacional para la prohibición de estas armas de guerra. 6.274 personas, que supone la cifra más alta desde el año 2020 y de las cuales el 90% fueron víctimas civiles. Casi la mitad eran niños.

Son cifras que conoce demasiado bien Vito Alfieri Fontana, que desde los años 70 fue el cerebro de la empresa Tecnovar Italiana, una empresa que fundó su padre y que estaba dedicada a la producción de minas. Durante años, Alfieri se entregó a la tarea, hasta el día en que su hijo, que entonces tenía ocho años, lo puso frente al espejo: “Papá, ¿fabricas armas? Entonces eres un asesino”.

Aquella constatación se sumó al hecho de entrar en contacto con personas como la coordinadora italiana de la Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Antipersona, Nicoletta Dentico, o con el obispo Tonino Bello, presidente del movimiento Pax Christi. Todo ello hizo que Alfieri, como san Pablo, diese un giro de 180° a su vida: cerró su empresa, y el fabricante de minas se convirtió en uno de los desminadores más comprometidos.

Han pasado más de treinta años desde aquella conversión: tres décadas dedicadas incansablemente a promover la paz y a desminar territorios como los Balcanes. El año pasado, Alfieri publicó un libro crudo y honesto junto a Antonio Sanfrancesco en el que recapitula su historia. Pocos meses después, el libro llegó a España con el título *Yo era un hombre de guerra* (Albada Editorial).

Su sinopsis oficial adelanta que sus páginas contienen el repaso “sin

rodeos” a las “dos vidas” del italiano: “De productor de instrumentos de guerra vendidos por todo el mundo a operador humanitario”. Una tensión que Alfieri también explica en esta entrevista concedida a *La Antorcha*, que agradecemos profundamente, en la que aborda cuestiones como su ‘conversión’, el futuro de la guerra o por qué no era suficiente con decir “lo siento”.

Ud. entró a trabajar en 1977 en la empresa que fundó su padre, y lo dejó en 1993. ¿Por qué tomó la decisión?

Cuando empecé a trabajar en la fábrica, nadie se planteaba el problema de las minas antipersona: era un arma como cualquier otra, dedicada a la defensa de las propias posiciones y utilizada por ejércitos “normales”. Sin embargo, con las guerras de Vietnam, Afganistán, Croacia, Bosnia, Kosovo y Angola, el uso de esas armas se transformó en un medio casi exclusivo de ofensa y venganza.

Para mí diseñar y fabricar minas antipersona significaba formar parte de esos sentimientos de odio. Varias organizaciones se pusieron en contacto conmigo para preguntarme por qué seguía con ese tipo de producción. Tuve que elegir entre seguir ganando dinero con unas armas que en el 95% de su vida operativa afectaban a civiles indefensos o hacer otra cosa.

“ Quien fabrica armas sabe que mata; con las minas antipersona no basta con decir “lo siento”

Y pasó a hacer otra cosa: se adhirió al movimiento desminador, en lugares como Kosovo, Serbia y Bosnia. ¿No era suficiente con decir “lo siento”?

En el caso de las minas antipersona, no creo que baste con mostrar un poco de dolor, ni con decir “yo no soy responsable” o mostrar una solidaridad conmovedora. Mira: quien diseña armas, sabe que mata, y se esfuerza por hacerlo de la mejor manera posible. Quizás esto es algo que se pueda hacer con armas que se utilizan voluntariamente... pero si lo haces con armas como las minas –que tras un conflicto permanecen durante años, a la espera de inocentes a los que hacer daño– debes sentirte cómplice. En mi opinión, no basta con decir que lo sientes.

No, y de hecho Ud. se involucró a fondo. En 1997 participó en el encuentro que sentó las bases para la aprobación de la Convención de Ottawa. Tras haber conocido este mundo desde dentro, ¿cómo vivió aquellos procesos?

No fue fácil acercarme al mundo de las “personas que nacieron buenas”. La presidenta de la campaña internacional para la prohibición de las minas antipersona, Jody Williams, aceptó que yo colaborase con ellos en la redacción de algunos artículos que se incluirían en la convención internacional contra las minas antipersona que las diplomacias internacionales estaban elaborando en la conferencia diplomática que señalas [la primera Conferencia de Examen de la Convención sobre Minas Antipersona, celebrada en Oslo en 1997].

De hecho, mis conocimientos técnicos ayudaron a especificar mejor las cuestiones técnicas relativas a lo que debía considerarse una mina y lo que no. ¿Cómo lo viví? En ese momento sufrí el resentimiento de mis antiguos colegas y la

desconfianza del mundo humanitario que debería haberme acogido, pero no podía ser de otra manera.

Antes ha dicho que hoy estas minas se usan casi de forma exclusiva como herramientas de venganza contra la población civil del adversario. ¿Por qué los gobiernos siguen usando estas armas, que en 2024 provocaron casi seis mil trescientas muertes?

En 2024 hay que tener en cuenta el creciente número de incidentes en Ucrania, Palestina y Siria. Pero lo repito: se prefiere usar estas minas por odio, y solo por odio. Y no se tiene el valor de decirlo.

“*Diseñar minas antipersona era participar del odio: sabía que el 95% de sus víctimas serían civiles indefensos*”

Ahora que cita la guerra de Ucrania, uno de los conflictos donde más preocupa el uso de minas antipersona. ¿Cuánto costaría –en tiempo, dinero y recursos– desminar el país? ¿Tiene datos de otros conflictos, como Palestina?

En Ucrania se necesitará que diez mil desminadores debidamente equipados trabajen durante veinte años para desminar el país, invirtiendo unos doscientos millones de euros al año. De este modo, se lograría reducir casi a cero el número de víctimas civiles y limpiar casi el 90% de las zonas minadas.



Vito Alfieri.
Foto cedida

En el caso de Palestina, no es posible hacer previsiones, ya que el uso predominante de trampas explosivas –a menudo impredecibles– dificultará mucho la descontaminación. En el resto del mundo, allí donde los conflictos ya han terminado, las operaciones de desminado humanitario continúan con normalidad.

El 1 de enero de 2024, Ud. fue elegido por el papa Francisco para presentar la Jornada Mundial de la Paz. El papa León XIV también ha hablado con contundencia sobre esta cuestión, reclamando una paz “desarmada y desarmante”. ¿Cree que se escuchan estas llamadas de la Iglesia católica, o que es una voz que clama en el desierto?

Al darme la oportunidad de presentar su documento para la Jornada Mundial de la Paz, el papa Francisco me hizo el regalo más grande e inesperado que pudiera imaginar, ¡imagínense ustedes en mi lugar! Creo que decir “no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti” es una exhortación sencilla que todo el mundo debería entender.

Y perdone, pero la voz de la Iglesia no es una que clame en el desierto: es el grito de millones de personas que la Iglesia lleva a los oídos de los poderosos de la tierra. Pensemos en ello: el 0,5% de la humanidad planea, lleva a cabo, arma y combate las guerras, y el 99,5% restante las sufre.

La guerra del futuro cercano vendrá marcada por elementos como las armas autónomas, los drones o la IA. ¿Le preocupa esta derivada?

Las armas autónomas no son más que minas dotadas de capacidad de movimiento y programadas con instrucciones para atacar “selectivamente” al enemigo. Son solo palabras: al final, la única instrucción que darán será el odio.

Una última pregunta: hace un año decía en una entrevista que no había conocido a ningún otro arrepentido en su gremio. ¿Y ahora, tras la publicación del libro?

A ninguno. ■

Mártires, cruzados... y familias

POR **PABLO J. GINÉS** | PERIODISTA

El cristianismo, que proclama "bienaventurados los constructores de la paz", ha tenido que coexistir con la guerra, muy a su pesar, a veces con soldados, a veces con mártires, siempre con familias, que son las que traen vida.



La última oración de los mártires cristianos de Jean-Léon Gérôme, 1883. Museo Walters de Arte, Baltimore

En 1 Macabeos 2 nos encontramos un primer choque entre la actitud del mártir y la del "luchador justo". Unos paganos atacan a unos mil judíos atrincherados en una ciudad. Como es sábado, se niegan a luchar y los paganos los matan a todos. El líder judío Matatías y los héroes Macabeos se dicen, al conocer el caso: "Si todos hacemos lo mismo que nuestros hermanos y no luchamos contra los gentiles por nuestra vida y nuestras leyes, pronto nos exterminarán de la tierra". Deciden que ellos no atacarán en sábado, pero sí se defenderán si son atacados. Es la norma que ha prevalecido en el judaísmo. Unos fueron mártires, otros soldados.

Jesús no usó espada, y cuando la usó Pedro, lo regañó. Con un milagro, devolvió la oreja cortada a Malco. Su ejemplo es el de la entrega hasta la muerte y la promesa de la resurrección. De los doce apóstoles, todos, menos san Juan murieron mártires. Los primeros cristianos evitaban ser soldados. Tertuliano y Orígenes critican que es un oficio donde se derrama sangre y se hacen sacrificios a los dioses. Un ejemplo es san Maximiliano de Tebesta, norteafricano hijo de militar, decapitado en 295 por negarse a seguir en el ejército.

El poder de la familia cristiana

La guerra no difundió el cristianismo en sus primeros siete siglos. Fueron los misioneros, los mártires y, sobre todo, las familias. Los mártires causan admiración, pero las madres tienen hijos. Rodney Stark, en *La expansión del cristianismo*, detalla que los cristianos no abortaban, no casaban a las niñas pequeñas, no abandonaban a sus bebés y enfermos, cuidaban unos de otros, tenían hijos... por natalidad y demografía, se extendieron en el Imperio.

Los pueblos bárbaros y su violencia fueron un reto duro. Por lo general, los primeros misioneros o conversos morían

mártires. Pero hubo excepciones. San John Henry Newman destaca que la conversión de los reinos anglosajones, hacia el año 600, fue "pacífica y sin sangre", es decir, sin mártires ni persecuciones. Etelberto, rey de Kent, aceptó el evangelio por influencias de su esposa cristiana y franca, Berta. Las esposas cristianas de reyes bárbaros cristianizaron Europa: Clotilde, Ethemberga, Teodolinda, Ludmila, Olga, Eduvigis...

Caballeros valientes y familias en barcos

San Luis, rey de Francia, hijo de Blanca de Castilla, fue a Tierra Santa y luchó en dos cruzadas con poco éxito. Prisionero de los musulmanes en la cruzada de 1250, pagó de su bolsillo su rescate y el de todos sus hombres. También compró y liberó esclavos musulmanes. Animó a muchos a hacerse cristianos y marchar con él a Francia. ¡Llevó a Francia a mil exmusulmanes! Cuenta William Chester Jordan, en su libro *The Apple of His Eye*, que en Francia les buscó cónyuges cristianos. También les consiguió alojamiento, ropas de invierno (que eran caras), les designó unos oficiales protectores y les fue bastante bien. Como cruzado, fue un caballero intachable, pero quizá dio más fruto cristiano fundando esas familias.

El samurai japonés san Justo Ukon Takayama también apostó por las familias. Se hizo católico de adolescente, con su padre, un señor feudal, en 1564. Hizo construir la primera iglesia de Kyoto. Con veintiséis años se encontró un ejército ante su castillo pidiéndole entregar a un poderoso invitado (que además tenía a su hermana de rehén). Buscando evitar muertes, se afeitó la cabeza y se vistió de monje budista. Este ritual expresaba humildad y rechazo a la violencia. Luego se entregó como rehén al asediante. Éste, impresionado, le premió con confianza y títulos. Más tarde mostró su valor en combate.



Estatua de san
Justo Ukon
Takayama en
Manila, Filipinas

“ Los mártires causan admiración, pero las madres tienen hijos: fue la familia, más que la espada, quien hizo crecer al cristianismo ”

En 1614 se prohibió totalmente el cristianismo en Japón. Takayama, con más de sesenta años, dijo: "No voy a luchar con armas o espadas, tendré paciencia y fe según enseña mi señor y salvador, Jesucristo". En un barco con cien cristianos japoneses y su familia, se exiliaron a Manila. "Dios dice que quien toma la espada

se arruina con ella. Formad familias en Filipinas y regresad a Japón como enviados para la paz", dijo a sus fieles. Pensaba que en unos años, esas familias, más fuertes, volverían a Japón para evangelizarlo. No pudo ser. No podía saber que el país se cerraría por completo durante doscientos cincuenta años. En Filipinas los españoles lo trataron con honores, pero murió en cuarenta días. Una escultura en Manila lo recuerda. El catolicismo japonés cuenta con unos cuarenta santos y cuatrocientos beatos mártires. Pero Takayama no murió mártir: fue un político y militar que apostó por la paz y la familia.

Constructores de la paz

El beato Max Josef Metzger, sacerdote alemán, fue uno de los primeros pacifistas modernos. En la Primera Guerra Mundial fue capellán militar voluntario, con veintisiete años. Por su valor recibió la Cruz de Hierro en 1915, pero la brutalidad de las trincheras lo convenció: debía volcarse en prevenir más guerras. Creó la Unión por la Paz de los Católicos Alemanes, quizá el primer movimiento pacifista cristiano de la Europa moderna. "Dios no quiere la guerra", insistía. En 1920 se apoyó en Benedicto XV y su encíclica *Pacem Dei munus pulcherrimum* sobre la paz. La difundió con tesón. En 1929, en La Haya, en un encuentro pionero sobre objeción de conciencia militar, avisó: "La guerra que va a llegar será una guerra que superará todo lo que la invención humana sea capaz de imaginar".

En 1943 la Gestapo lo detuvo. Lo juzgó el juez más despiadado y cruel del Tercer Reich, Roland Freisler, el mismo que ya había hecho ejecutar a Sophie Scholl y a los jóvenes cristianos de la Rosa Blanca unos meses antes: ellos habían repartido unos folletos criticando la guerra y a Hitler en nombre de sus valores cristianos. En el

juicio, Metzger dijo que la paz y el amor era lo que el pueblo alemán necesitaba. El juez Freisler respondió irritado: "Su mundo es incompatible con nuestro mundo, usted no tiene cabida en nuestro país". Tras seis meses de cárcel, lo guillotinaron. "Ofrezco mi vida por la paz del mundo y por la unidad de la Iglesia", se lee en su tumba.



Beato Max
Josef Metzger

Quizá ese ofrecimiento tuvo una respuesta meses después, en el invierno de 1944. Marthe Dortel-Claudot, francesa que había escondido a judíos y prófugos de los alemanes, iba a misa con frecuencia y leía a Teresa de Ávila. Su cura la animó a rezar por los alemanes. ¡Eran el enemigo! Pero escribió en su diario: "Cristo dio su vida por ellos y por nosotros". En enero sintió que Dios pedía oración "para que los alemanes puedan ser sanados de la moral y desastre espiritual causado por doce años de gobierno nazi". El grupo nació con "una viuda de guerra y una hija cuyo padre ha

sido deportado a Alemania". En marzo se les sumó el obispo de Montauban, Pierre Marie Théas, el mismo que confesó a Manuel Azaña en su lecho de muerte en 1940. Théas había escondido a judíos y criticado a los nazis, y pasó diez meses duros detenido en un campo de concentración alemán en 1944, rezando por sus captores. Théas declaró a Marthe su "secretaria para iniciar una cruzada de oración". Lo llamaron Movimiento Pax Christi.

"Cumplimos la alegría cristiana. Esto no nos impide llamar mal lo que está mal. Rechazamos todos los sistemas que no están de acuerdo con el Evangelio. Nuestros corazones están inspirados por un sentimiento de amor que incluye a nuestros enemigos y perdona las ofensas, un amor que quiere curar al pueblo alemán y salvarle de más mal", escribió Marthe.

Junto con unos benedictinos, convocaron a una "cruzada de oración por la paz" en 1946 en la basílica de Vézelay, donde ochocientos años antes Bernardo de Claraval convocó la séptima cruzada. Ahora era una cruzada de paz, no de armas. Llegaron catorce cruces de madera de Inglaterra, Países Bajos, Bélgica, Italia, zonas de Francia... y los prisioneros alemanes quisieron entregar la suya propia, y sumarse. Aún se guardan en Vezelay con la frase "Cruzada por la Paz Alemania 1946". El nuncio Roncalii (futuro San Juan XXIII) propuso que en nuevas citas se llamara "cruzada de oración por las naciones". La peregrinación por la paz de 1948 en Lourdes atrajo dieciocho mil participantes de doce países que tres años antes combatían entre ellos. No hubo otro Versalles de humillación contra los vencidos. Los políticos de la reconstrucción, inspirados en una reconciliación cristiana (Robert Schuman, Jean Monnet, Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi, Paul Henri Spaak) reconstruyeron paz sin venganza. ■

La guerra en la Biblia



POR **ÁNGEL BARAHONA** | CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA

Las guerras que asolan el planeta nos interrogan de manera inapelable. ¿Dicen algo o tienen algo que decir las Sagradas Escrituras al respecto? La pregunta va más allá de la conceptualización del término “guerra”. La intención es profunda. Se trata de dirimir si esta está incluida en una teología de la historia, leída desde el paradigma judeocristiano o no hay ninguna razón que la haga integrable en el supuesto sentido que la Biblia parece otorgarle.

En el ensañamiento que se ilustra en los diferentes pasajes bíblicos que recogen guerras, y que confirman Von Rad, Léon-Dufour, Häring, Löfink, Treballe, Girard, Dupuy, Alison y tantos otros, se puede ver cómo se maldice al enemigo, se hace pasar a cuchillo a toda una tribu (como la familia de Akán en Josué capítulo 7), no se perdona una sola criatura viva, se cubre de sal el campo tras la batalla para que no vuelva a crecer vida, que nadie recuerde lo que pasó y se disponga a preparar la venganza. Todo ello forma parte de las leyes contemporáneas de la guerra, siguiendo la enseñanza del Levítico (26, 1-40) y del Deuteronomio (20, 10-17), y a imitación de la Torá, el Corán y los grandes relatos de las ideologías de siempre. Se trata de una pedagogía cruel a los ojos de nuestros contemporáneos más buenistas, pero no a los del pueblo derivado de Isaac o

de Ismael, de entonces y el actual, que siguen rigiéndose por estos principios.

Podemos dar un paso más y hacer una lectura de la Biblia nueva. La comunidad israelita proyecta sobre YHWH todo lo que ha aprendido en contacto con los pueblos con los que convive. Sus leyes de la guerra son las leyes de egipcios, cananeos, jebuseos, hititas, etc... La anficiónía tribal es la necesidad de mantenerse unánimes frente a los enemigos, y esta se crea derramando la sangre de otros, los que no son de los nuestros y anclando la comunión sobre principios fuertes. La comunidad y sus relatores cuentan luego la historia como entienden que ha sucedido atribuyendo a Dios (detrás del cual se enmascara a la comunidad) las victorias y a los idólatras, que no respetan las normas internas de la comunidad, las derrotas. Ese Dios presente actuando en la historia *está con nosotros*. No hay un solo pueblo que no se apoye en sus dioses, que no piense que los dioses están de su lado. Otros lo llaman destinos, razones, motivos, etc... Hoy en día, sus fantasmas o ideologías sustitutorias sirven para justificar las victorias en sus batallas y desviar la atención sobre los verdaderos culpables de las derrotas. La crueldad es un designio de la justicia de Dios que ha decidido tomar partido por su pueblo. Desde este punto de vista la crueldad está justificada: no es

nuestra, ni nos es imputable, es *destino*. El eximente moral que nos capacita para cometer las mayores atrocidades imaginables es porque son queridas por dioses celosos o amantes de sus pueblos, sus fieles adoradores. Su acción de castigo está por encima de lo moral. Es el resultado de un pacto roto por algunos desalmados que tienen la culpa de nuestra desgracia. Quienes no han respetado la alianza que los líderes carismáticos hicieron con sus dioses deben pagar las consecuencias, porque las guerras no se pueden perder. En los productos sustitutos de la religión, que suponen las políticas e ideologías actuales, las ideas que alientan y sostienen el ritual guerrero no han cambiado mucho. No se trata más que de sostener en el poder a las élites aristocráticas que viven del conflicto y que arrastran las masas fanáticas a sumarse al odio y la envidia que les mantiene despertando el resentimiento contra las otras élites que aspiran a gobernar.

“*Tenemos la posibilidad de conversión, ese es el anuncio de la Buena Noticia, pero cuelga de nuestro lado el dar el paso*”

El objetivo bíblico no es la paz, sino la superación de la idolatría. La idolatría está expresada en la copia de los modos de vida rivales, vecinos, en la ambición territorial, en la riqueza, en el poder, el prestigio,

pero su justificación solo hace que recoger todos los pecados capitales: la soberbia, la lujuria, la ambición desmesurada, el orgullo prometeico, la envidia, el ser dios de sí mismos, en definitiva. Son las causas de las guerras, se dé la razón que se dé que la justifique, por eso la solución no es más que la conversión. La conversión requiere un cambio total de paradigma. Ya no se puede seguir justificando la culpa de nadie. Todos estamos involucrados en la vorágine guerrera, nadie puede determinar dónde empezó, qué la suscitó, y los argumentos son aducidos desde una narración legendaria o una historización improbable en el tiempo o con datos que son muy cuestionables. Entra en juego la imaginación, el orgullo herido, el prestigio, la soberbia, la psicopolítica, revestida de historia, razones de peso económico o territorial que esconden tras su mentira la verdadera y única razón: la envidia original. Todos necesitan creerse la mentira para justificar la escalada. Todos saben que es un escenario teatral, pero todos se lo ocultan a sí mismos, porque de repente han encontrado en el enemigo construido el sentido de su vida. Además cuando se abre el telón ya no hay vuelta atrás. Pero hablar de eso no cabe en esta reducida columna. El Nuevo Testamento desvela estos mecanismos mentirosos. Dios no está involucrado en nuestros avatares. Contempla con tristeza, si se puede hablar de tristeza en Dios, que nuestra libertad choca con sus planes para una humanidad reconciliada, pero está atado de manos –perdón por el lenguaje antropomórfico– por su compromiso con nuestra dignidad intocable de criaturas libres, creadas a su imagen y semejanza. Tenemos la posibilidad de conversión, ese es el anuncio de la Buena Noticia, pero cuelga de nuestro lado el dar el paso. El Sermón del Monte muestra el modo que va más allá de cualquier ley basada en la reciprocidad o el cálculo. ■

De veterano a peregrino

Exmarines estadounidenses buscan combatir el trauma de la guerra en el Camino de Santiago

POR **CLARA GONZÁLEZ** | PERIODISTA



Veteranos de las fuerzas armadas de EEUU posan durante el Camino de Santiago. warriorsontheway.org

Elaine era enfermera de vuelo de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Tras veinticinco años de servicio a su país, sintió que necesitaba “limpiar su mente, su corazón y su alma”. Con este objetivo fue como llegó hasta Astorga (León), donde empezó un viaje hasta la tumba del apóstol Santiago. Fue un periplo de más de doscientos cincuenta kilómetros hasta la

ciudad compostelana en el que, según ella misma cuenta, “anduvimos juntos, pero al mismo tiempo era mi camino individual”.

Esta enfermera retirada ha viajado hasta España para aliviar las heridas invisibles de la guerra junto a la asociación Warriors on the Way (traducido literalmente como Guerreros en el Camino), fundada para ayudar a veteranos de guerra a abordar

el estrés postraumático. Su guía ha sido el padre Steve Rindahl, antes paracaidista y ahora sacerdote, también fundador de la iniciativa desde 2016, cuando él mismo hizo el Camino de Santiago y decidió ayudar a otros veteranos a recorrer esa misma senda de esperanza.

La asociación financia cada año, gracias a donaciones, la peregrinación de un pequeño grupo de estadounidenses. Según recoge la Agencia Efe, el padre Rindahl asegura que el programa reduce en torno a un 70 % los síntomas del estrés postraumático. No se trata de esperar milagros, afirma, sino de poner al servicio de los veteranos un conjunto de realidades que funcionan juntas: “La naturaleza, el ejercicio, la comunidad, la espiritualidad positiva... La belleza del Camino es que todo esto sucede al mismo tiempo”.

Además del acompañamiento pastoral, el equipo incluye a una psicóloga clínica que trabaja con los peregrinos técnicas de terapia comportamental. “Somos dos caras de una misma moneda de sanación”, explica el sacerdote. “Casi todos necesitan un poco de ambas”.

Desde que comenzaron las expediciones, unos noventa veteranos han participado en esta iniciativa. El padre Steve

recuerda a algunos con especial gratitud. Uno de ellos, atormentado durante años por pesadillas recurrentes, logró dormir del tirón por primera vez tras su peregrinación. Otro, médico de los marines, llevaba sobre los hombros una carga y portó una piedra por cada compañero que no pudo salvar. Las dejó a los pies de la Cruz de Ferro, como tantos peregrinos a lo largo de la historia. “Caminaba literalmente encorvado por el peso”, relata el sacerdote. “Cuando dejó las piedras, empezó a andar derecho”.

En la última expedición participó también Brian Minietta, militar en activo con más de veintidós años de servicio, cuatro de ellos en combate. “He vivido momentos difíciles y he acompañado a gente en situaciones muy duras”, confiesa. Por eso buscaba un espacio para reflexionar sobre lo vivido, “dejarlo ir” y abrirse a la sanación. Ese espacio lo encontró entre Astorga y Santiago. Hoy se siente “más ligero” y unido a cuatro veteranos que, solo dos semanas atrás, eran completos desconocidos. “Para sanar hemos tenido que ser vulnerables, caminar juntos, abrirnos”, afirma. “Ha sido una experiencia notable”. Sobre qué dirá a sus compañeros cuando regrese, lo tiene claro: “Lo recomiendo”. ■



(Izquierda) Steve Rindahl de sacerdote y (derecha) de militar. warriorsontheway.org



Jorge Fernández Díaz

Exministro del Interior y autor de 'El tiempo de María'

“Este es el plan de la Virgen para evitar la III Guerra Mundial”

POR JOSEMA VISIERS | PERIODISTA

Jorge Fernández Díaz es ingeniero industrial y ha dedicado gran parte de su vida a la política en el Partido Popular, con una etapa como ministro del Interior durante el Gobierno de Mariano Rajoy. Desde que dejó la actividad política en 2019, colabora con distintos medios y promueve activamente la devoción a la Santísima Virgen. Es autor del reciente volumen *El tiempo de María* (Nueva Eva), dedicado a las apariciones marianas en España, Francia y Portugal.

¿Qué dice la Virgen acerca del origen de la guerra?

El 13 de julio de 1917 la Virgen María dijo a los tres pastorcillos en la Cova de Iría que la guerra entonces en curso —la que hoy conocemos como la Primera Guerra Mundial— acabaría pronto. Pero añadió una advertencia decisiva: las guerras son consecuencia de los pecados de los hombres y, si no había conversión, vendría otra guerra mayor. La historia confirmó estas palabras. Tras el final del conflicto no se produjo una conversión general; por el contrario, el periodo posterior fue conocido como “los felices años veinte”. Poco después estalló la Segunda Guerra Mundial.

Este mensaje introduce una clave fundamental: la guerra no es solo un fenómeno político, económico o estratégico, sino también espiritual. No surge únicamente de decisiones de gobiernos o de tensiones internacionales, sino de un deterioro moral profundo que acaba proyectándose en la historia.

¿Cuál es el papel de las mariofanías a lo largo de la historia?

Cuando Dios ve que la humanidad avanza por un camino de perdición, envía a su Madre como mensajera para advertir y llamar a la conversión. A lo largo de la historia se han producido momentos que actúan como verdaderos “parteaguas”, marcando un antes y un después: la caída del Imperio romano de Occidente en el siglo V, la Revolución francesa a finales del siglo XVIII o la Revolución bolchevique de 1917.

La Revolución francesa supuso el paso de una sociedad teocéntrica —la cristiandad— a una sociedad antropocéntrica en la que Dios queda desplazado, negado o incluso combatido. En un contexto así, la salvación se vuelve más difícil y la Virgen, como Madre de la humanidad, multiplica sus venidas. Se estima que cerca del 80% de las apariciones marianas reconocidas o documentadas se han producido en los dos últimos siglos.

De la misma manera que la primera venida de Jesucristo se realizó por medio de María, engendrado en su seno virginal, la tradición cristiana sostiene que la segunda venida estará precedida por una acción especial de la Virgen para preparar a la humanidad. En este sentido, el papa Pío XII habló ya en el siglo XIX de una auténtica “Era de María”, iniciada con las apariciones de la Medalla Milagrosa en la Rue du Bac de París en 1830.

¿Qué relación hay entre las apariciones marianas y los conflictos bélicos?

La Virgen María se manifiesta especialmente en momentos en los que existe un riesgo real de destrucción masiva de vidas humanas. La historia ofrece numerosos ejemplos de esta relación.

En 1830, en la Rue du Bac de París, la Virgen anunció convulsiones y derramamiento de sangre en Francia. Cuarenta años después estalló la guerra franco-prusiana. Poco después, en 1846, en La Salette, profetizó, entre otras cosas, la pérdida de los Estados Pontificios, que se consumó en 1870 con la caída de Roma.

“ En los designios de Dios, Rusia y su conversión juegan un papel muy singular para la paz del mundo ”



Otra aparición reconocida es la de Nuestra Señora de la Esperanza de Pontmain, en 1871. El ejército prusiano tenía preparada la invasión de Francia, pero la Virgen se apareció a unos niños, les pidió oración y la invasión fue inesperadamente suspendida.

En el siglo XX destaca de manera singular Fátima, en 1917. En plena Primera Guerra Mundial, la Virgen anunció su final próximo —que llegó en 1918— y advirtió de una guerra aún mayor si no había conversión. Esa guerra fue la Segunda Guerra Mundial.

En España pueden citarse las apariciones de Ezkioga en 1931, coincidiendo con la proclamación de la Segunda República y el inicio de la persecución religiosa. En sus mensajes se aludió a una guerra futura, que se materializó en la Guerra Civil de 1936.

En 1981 se produjeron tres marifanías especialmente significativas: El Escorial (Prado Nuevo), Medjugorje y Kibeho. En las tres se habló de la guerra. En España fue evitada; en Medjugorje, donde la Virgen se presentó como Reina de la Paz, diez años después estalló la guerra de los Balcanes; en Kibeho se anunció un derramamiento de sangre que se cumplió trágicamente en el genocidio de Ruanda, donde murió más de un millón de personas.

¿Qué remedios propone la Virgen para acabar con las guerras?

El primer remedio es siempre la conversión personal y colectiva. Pero en Fátima la Virgen propuso además un medio concreto para evitar una guerra mayor: la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón por parte del Papa, en comunión con todos los obispos del

mundo. Esta petición se explicitó el 13 de junio de 1929, cuando la Virgen se apareció a sor Lucía en Tuy y afirmó que había llegado el momento.

Junto a la consagración, pidió la difusión de la devoción al Inmaculado Corazón de María como camino de conversión y de paz. No era la primera vez que Dios ofrecía un remedio semejante: un siglo antes de la Revolución francesa, el Sagrado Corazón había pedido a santa Margarita María de Alacoque la consagración de Francia.

En aquella ocasión se estableció la práctica de los nueve primeros viernes de mes. En el siglo XX, ante el peligro del comunismo, la Virgen propuso un camino más accesible: la devoción de los cinco primeros sábados de mes, con la promesa de gracias especiales para la salvación de las almas y para favorecer la paz. Es, en cierto modo, una simplificación del remedio, adaptada a la debilidad humana.

Otro medio fundamental es el rezo del santo rosario. En todas las apariciones marianas la Virgen insiste en esta oración, cuya eficacia histórica ya se manifestó en la victoria de Lepanto en 1571. Desde entonces, todos los papas han recomendado el rosario como un arma espiritual decisiva para la paz.

¿Qué papel juega Rusia en los mensajes marianos?

Rusia ocupa un lugar central en el mensaje de Fátima. La Virgen pidió su consagración para evitar una guerra mayor y para impedir la expansión de sus errores por el mundo. Tres meses después, en octubre de 1917, estalló la Revolución bolchevique. Los “errores de Rusia” se concretaron históricamente en el comunismo, que se difundió por gran parte del planeta.

El mensaje de Fátima permaneció abierto durante décadas. Un momento clave

fue el atentado contra Juan Pablo II el 13 de mayo de 1981, aniversario de la primera aparición. El propio Papa afirmó que aquel hecho no fue casual y que sirvió para que la Iglesia volviera a mirar seriamente a Fátima. El 25 de marzo de 1984, Juan Pablo II realizó una consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, con la imagen de la Virgen de Fátima presente en Roma. Aunque no mencionó explícitamente a Rusia, la intención estaba claramente dirigida a ella. A partir de entonces se produjeron acontecimientos históricos de enorme relevancia: la llegada de Gorbachov al poder, la perestroika, la distensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética, el tratado de desarme nuclear de 1987 y, de manera simbólica, la caída pacífica del Muro de Berlín en 1989.

Finalmente, el 8 de diciembre de 1991, fiesta de la Inmaculada Concepción, la Unión Soviética se disolvió sin guerra ni violencia. Desde una mirada de fe, este proceso está profundamente vinculado al mensaje de Fátima y a los remedios propuestos por la Virgen.

Por eso, cuando se habla de Rusia en los mensajes marianos, se habla de un eje central: advertencia, consagración y conversión. Cuando esos remedios comenzaron a aplicarse, la historia cambió sin necesidad de una nueva guerra mundial. ■

PUEDES VER EN ESTE QR LA ENTREVISTA COMPLETA



Santa Teresita en las trincheras



POR **PABLO H. VELASCO QUINTANA** | EDITOR DE LA ANTORCHA, DECANO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO



Soldados de la Primera Guerra Mundial rezan agradecidos ante la tumba de Teresita de Lisieux, que aún no era santa.
Archivo Carmelo de Lisieux

En el Carmelo Lisieux, el convento donde vivió como carmelita santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz desde 1888 a 1897, hay una capilla que reproduce una escena de la Primera Guerra Mundial. Alrededor hay multitud de exvotos (placas, cascos y otros objetos) que recuerdan multitud de favores concedidos a los soldados franceses por la intercesión de la santa.

Santa Teresita, con ese diminutivo con el que popular e injustamente (por su grandeza) se la conoce, no fue canonizada hasta 1925. De hecho, en los años de la guerra (1914-1918) ni siquiera era venerable (esta fase llegó en 1921), pero los *Poilus*, en las trincheras, en vez de acudir a una Juana de Arco, más relacionada con las hazañas bélicas, dirigieron sus súplicas a la santa de Lisieux, a la pequeña Thérèse, la que pasó su vida anónima y breve en aquel Carmelo.

Muchos de ellos, ante la masacre sin fin, ante la sensación de inminente



Retrato de Santa Teresita de Lisieux. Archivo Carmelo de Lisieux

apocalipsis, quisieron dar testimonio de ese encuentro inesperado con la salvación, y quisieron expresar su gratitud escribiendo al Carmelo de Lisieux. Allí se custodian más de dos mil documentos, con cartas autógrafas recibidas a lo largo de la Gran Guerra. También se conservan cascos, condecoraciones, proyectiles... todos ellos convertidos en exvotos. Un monumento singular, un símbolo de esperanza en un mundo hundido.

► Quiénes son los *Poilus*

Poilus es el apodo con el que se conoce a los soldados franceses. *Poilus* se traduce como "hombres peludos", quizá porque en combate no tenían tiempo para afeitarse.

También tiene otra acepción: valentía. Balzac lo utilizó para referirse a los *grogards*, la vieja guardia de Napoleón. Después de la batalla del Marne, en 1914, la palabra se popularizó.

► Qué es un exvoto

El antropólogo Honorio Velasco define el exvoto como una ofrenda que proviene de una situación específica de crisis o peligro, diferenciándola de otras ofrendas religiosas. Según Velasco, "el voto proviene de una situación de desastre, de riesgo inminente, de enfermedad incurable, de peligro de muerte, en que invocando

el auxilio divino, el previamente fiel o el desde entonces 'de-voto' se compromete a una ofrenda".

No estamos por tanto ante cualquier ofrenda, sino que tienen su origen en una situación límite, surgen en un contexto de desastre, suponen la materialización de una promesa, y cumplen una función de agradecimiento.

No te conozco pero...

7 de septiembre, batalla del Marne, el 2º batallón del Regimiento de Infantería recibió la orden de apoyar a otros dos batallones y atacar el pueblo situado a medio camino entre Montceaux-lès-Provins y Esternay. Nos cubrimos detrás de un pequeño abedular. Para llegar al pueblo, había que cruzar una zona descubierta formada por dos grandes campos de alfalfa.

La operación era complicada porque estábamos siendo barridos por el fuego de las ametralladoras y los proyectiles enemigos. Vimos cómo una patrulla entera acababa de ser tiroteada sin que uno solo se levantara. La 1ª sección de la 8ª compañía de la que formaba parte, nos desplegamos inmediatamente pero el enemigo nos regaba copiosamente con sus proyectiles. Las explosiones, los silbidos de las balas, el tac tac de las ametralladoras eran tales que teníamos que gritarnos para oírnos. Solo habíamos cruzado unos sesenta metros y ya un buen tercio de nuestros hombres estaban fuera de combate.

El teniente había caído en el primer momento, el suboficial y el sargento mayor poco después, y ya no podíamos avanzar. Nos mantuvimos esperando la llegada de nuestra artillería, apretados contra el suelo.

Después de quince minutos empezamos a escuchar pasar por encima de nuestras cabezas a los nuestros. A mi derecha, mi compañero yacía muerto con una bala en la cabeza. A la izquierda, otro con la pierna rota por un proyectil. Los minutos en tales circunstancias parecen horas.

Sin dudar de que iba a llegar mi turno, rehice mentalmente mi acto de contrición y fue entonces cuando recordé a la hermana pequeña Thérèse, de la que mi madre me había dado una reliquia que llevaba conmigo. Me puse a encomendarme diciendo: "Pequeña hermana Thérèse, no te conozco, pero mamá te suele rezar y te quiere. Si me sacas de aquí, iré en peregrinación a Lisieux y haré todo lo posible para difundir tu nombre en mi círculo de amigos y familiares".

Luego volví a disparar esperando el golpe y... no vino. Después, una nueva batería demolió las casas donde los alemanes se habían atrincherado. Nos apoderamos del pueblo y el enemigo se apresuró a huir.

Desde entonces me he encontrado en muchos momentos muy complicados, sin embargo, ninguno lo fue tanto como el del 7 de septiembre debido al terreno descubierta donde luchamos. Le debo la vida a la protección de la "hermana pequeña" a la que he seguido invocando desde entonces en todos los momentos difíciles. No hace falta añadir que en cuanto tuve permiso por enfermedad, fui a Lisieux para agradecer a la hermana pequeña, pedirle ayuda para más adelante y envié reliquias a todos mis compañeros en el frente. Fueron recibidas con gratitud.

Vi una claridad radiante y una hermosa corona

16 de septiembre de 1916.
Reverenda Madre Priora,

Mientras espero poder ir a Lisieux para agradecer a la hermana Teresa del Niño Jesús, me permito escribirle lo que ha hecho por mí:

Fui herido el 25 de septiembre por una bala explosiva que pasó a unos milímetros de la arteria carótida. Caí inconsciente. Enseguida volví en mí en medio de un dolor cruel. Me encomendé a la hermana Thérèse, y me sentí inmediatamente aliviado, hasta el punto de poder caminar hasta el puesto de primeros auxilios.

El tren sanitario me llevó hasta Amiens. La gravedad de mi estado no permitía un viaje más largo. Ingresado inmediatamente en el hospital, empecé a sufrir horriblemente de nuevo, y de nuevo invoqué a la hermana Teresa. En la noche del 8 al 9 de octubre, vi una claridad radiante y una hermosa corona. En ese momento mi sufrimiento cesó, y mi curación comenzó.

Le ruego, Reverenda Madre, que acoja favorablemente este testimonio con mi gran agradecimiento a la hermana Teresa.

Louis Picard
Sanitario de la 129ª de Infantería

La bicicleta robada

Desde el frente. 4 de junio de 1916
Señora Reverenda Madre,

Desde hace veintiún meses estoy en el campo de batalla. Siempre he tenido una gran confianza en la santa hermana Teresa del Niño Jesús, a quien siempre me he encomendado. Hasta ahora no me había visto obligado a recurrir mucho a ella, pero el mes pasado, al estar bajo un violento bombardeo, me encomendé especialmente y reclamé su protección. Era el 5 de mayo por la tarde, un proyectil de gran calibre cayó sobre mi refugio e inutilizó mi rifle. No sufrí ninguna herida, pero el refugio fue completamente demolido. Fue realmente milagroso.

El 21 de mayo me robaron una bicicleta que pertenecía a los oficiales y que tenía que devolver a toda costa. Busqué en vano toda la noche. Entonces me encomendé a la hermana Thérèse y a la mañana siguiente, apareció la bicicleta.

Por eso, mi Reverenda Madre, quiero decirle cuánto confío en mi hermana Teresa del Niño Jesús. Por favor, acepte, mi Reverenda Madre, el homenaje de mis respetuosos sentimientos.

Émile Tusseau

Vi a la hermana Teresa como un ángel

Contrexéville, 23 de diciembre de 1917
Hospital n° 9, litera n° 69.

Al párroco de la parroquia de Contrexéville (Vosgos).

Desde marzo de 1916 tengo devoción por la sierva de Dios Teresa del Niño Jesús. Me gustaría exponer este hecho. Les ruego que lo envíen al monasterio de carmelitas de Lisieux.

El 3 de octubre de 1917, mi regimiento fue designado para tomar posesión del sector del bosque de Courrières y Bezonvaux. Desde esa fecha, hasta el 13 de octubre de 1917, estuvimos expuestos a diario a intensos bombardeos y emisiones de gases, de los que siempre me salvé. En otros batallones eran frecuentes los ataques rápidos y violentos de los enemigos, los "golpes de mano". Le dije a mi teniente: "Debemos estar preparados porque antes o después vamos a sufrir uno nosotros" Y esto es lo que sucedió:

El 14 de octubre, alrededor de las tres y media de la mañana, estaba en mi lugar habitual, cuando de repente me deslumbró una gran claridad plateada, y cuál no fue mi asombro, cuando, ante mis ojos, vi a la hermana Teresa como un ángel. Iba de izquierda a derecha, sosteniendo un sable muy corto en la mano. La seguí y me encontré frente a un pantano que hacía una defensa natural detrás de nuestras líneas. Me froté los ojos, me pellizqué y me dije a mí mismo: "Sin embargo, no duermes. ¿Qué significa eso?". Volví a mi puesto. Entonces entendí que era una advertencia del cielo. No perdí ni un minuto: pasé una inspección rápida de mi puesto, preparé mis granadas. Mi reloj señalaba las cuatro de la mañana. Justo la hora en la que se dice que los boches suelen dar sus "golpes de mano". No les digo nada a mis hombres, excepto que estén atentos. Al llegar al pantano vi deslizarse una sombra, luego dos, luego tres, en fila india. Primero creí que era la patrulla de relevo e inmediatamente hice una advertencia en árabe que significa: "¿Quién va allí?". Como respuesta recibí el estallido de una granada, que, afortunadamente, cayó más allá.

"Aquí están los boches", grité. ¡Bombardead, granaderos! Inmediatamente lancé tres granadas, luego vi a un alemán hacia mí. No lo dudé, y con un golpe automático, lo maté y cayó a mis pies. A partir de entonces, hubo un gran intercambio de granadas y casi un cuerpo a cuerpo. No pierdo el ánimo, arreo a mis hombres, y, herido, ordeno más fuerte: "¡Bombardead!". No hubo réplica del lado enemigo. Todo había vuelto a la tranquilidad. Me despertó el jefe de mi sección que llegó como refuerzo. Nos evacuaron a los heridos.

No quiero olvidarme de agradecer a mi protectora, que, desde diciembre de 1916, siempre me ha preservado, y cuya advertencia celestial fue para nosotros la salvación.

Esta declaración está certificada por el abajo firmante, que recomienda a todos sus compañeros la mayor confianza en la sierva de Dios, Teresa del Niño Jesús.

A. DIEZ,
Sargento en 6° regimiento, en Tlemcen (Argelia).

Oración en medio del océano

Desde el frente, el 10 de septiembre de 1918
A la Señora Superiora, del monasterio de las Carmelitas de Lisieux.

Este es un pequeño soldado de la quinta de 1918 quien se atreve a escribirle, para anunciarle que, por segunda vez, ha recibido gracias de la hermana Teresa del Niño Jesús. Soy de la isla de la Reunión, hijo único de una viuda, que, desde muy joven, me inculcó sólidos principios religiosos.

A los diecinueve años, fui arrancado de su afecto y tuve que dejar mi país natal para servir a Francia. Me embarqué en el transatlántico Yarra, y después de veinticinco días de travesía, nuestro barco se encontró cobardemente torpedeado por un submarino alemán, en el Mediterráneo, el 29 de mayo de 1917.

Salté por la borda, pero mientras nadaba en esa agua helada, pronto sentí que mis fuerzas fallaban y con angustia contemplé una muerte inminente.

Entonces, en mi angustia, me dirigí a la hermana Teresa. Rápidamente, recité una pequeña oración en medio del océano, rogando por mi salvación. Tan pronto como terminó esta oración, ¡Qué gran alegría fue ver un bote que se dirigía hacia mí! Reuní toda mi energía para mantenerme en la superficie del agua, y unos segundos después, fui rescatado por valientes marineros que me habían visto ir a la deriva.

Al desembarcar en Marsella, solo tenía un pensamiento, ir a misa y comulgar allí para agradecer a la hermana Thérèse haber intercedido por mí.

¡Es imposible para mí decir cuánto confío en esta gran santa, mi patrona!
Recibe, mi hermana superiora, mis saludos más respetuosos.
Maurice Potier, del 412° de Infantería, 10ª compañía. ■

La guerra que se gana por dentro

María, el pecado y la batalla invisible del corazón



POR **CARLA RESTOY** | MISIONERA DIGITAL

La escena ocurre a las cinco y media de la tarde. Es domingo y estoy en el Museo del Prado. Afuera, Madrid sigue su ritmo de siempre: terrazas llenas, prisas, ruido, conversaciones superpuestas, una ciudad que no se detiene porque ha aprendido a sobrevivir sin detenerse nunca. Dentro, en cambio, el tiempo parece plegarse sobre sí mismo. Hay un silencio especial, un

silencio que no es vacío, sino custodia. No es ausencia de sonido, es presencia de algo que reclama atención. Camino despacio, sin un itinerario demasiado claro, dejando que las salas me conduzcan. En los museos —como en la vida— solo ve de verdad quien acepta demorarse.

Las primeras obras con las que me encuentro no engañan: la guerra aparece

pronto. Batallas históricas, cuerpos en tensión, caballos desbocados, miradas duras, espadas alzadas. El arte occidental ha sabido representar siempre la lucha del hombre. La guerra es visible, exterior, ruidosa. Aquí el conflicto no se disimula: hay enemigos claros, hay choque frontal, hay victoria o derrota. El hombre sale al campo abierto, se expone, arriesga, defiende lo que considera suyo. El combate ocurre fuera, con agresividad, y todos lo ven. La historia humana, colgada en estas paredes, parece decir que la batalla es siempre algo que se libra de cara al mundo, a plena luz, con sangre, con ruido y con épica.

No es una casualidad. El hombre ha sido, desde siempre, iniciador del don hacia fuera. Sale, funda, conquista, protege, delimita. Trabaja la tierra, levanta murallas, cierra la puerta cuando cae la noche. Su cuerpo mismo está orientado a ese gesto: ir hacia delante, exponerse, arriesgar. La guerra exterior es, en cierto modo, una prolongación trágica de esa vocación.

Avanzo unos pasos más y, casi sin transición, aparece ella. Una Virgen con el Niño. El contraste es desconcertante. Del movimiento al reposo. Del ruido a la quietud. María está sentada, firme, estable. El Niño descansa en su regazo con una serenidad que desconcierta. No parece frágil, pero tampoco agresivo. Ella no está en guardia, no empuña nada, no lleva armadura, no parece preparada para luchar. Y, sin embargo, la impresión es clara: aquí hay una fortaleza más sólida que todas las armas colgadas alrededor.

No es una fortaleza que intimide. No conquista por miedo. No impone. Sostiene. Custodia. Permanece. Y algo en el interior se rebela contra la lógica aprendida: ¿y si esta quietud fuera más decisiva que toda la violencia representada en las salas anteriores?

Empiezo a comprender que el museo no está ordenado solo por escuelas o cronologías, sino que refleja una intuición profunda que atraviesa toda la tradición cristiana: la historia humana siempre ha tenido guerras hacia fuera, pero la historia de la salvación se decide, sobre todo, hacia dentro.

Quizá por eso durante siglos la Iglesia no tuvo miedo de representar a María como vencedora. Inmaculadas que pisan la serpiente, Vírgenes coronadas con el enemigo bajo los pies, incluso imágenes populares en las que la Madre parece golpear al demonio sin contemplaciones. No se trata de violencia simbólica ni de exceso piadoso: es catequesis visual. La guerra existe, el enemigo es real y la victoria no es negociable. María no vence porque salga al campo de batalla con espada, sino porque el mal nunca logra entrar en ella. Y eso, para el demonio, es un golpe directo.

“ La historia humana siempre ha tenido guerras hacia fuera, pero la historia de la salvación se decide hacia dentro ”

La mujer no va contigo, hombre, al campo de batalla. No empuña la espada a tu lado ni ocupa tu lugar en la trinchera. Tú sales porque ella te custodia en su corazón. Te lleva dentro. Antes de que luches fuera, alguien ha luchado por ti dentro. Antes de que enfrentes el mal visible, alguien ha hecho posible que la vida llegue hasta ahí.

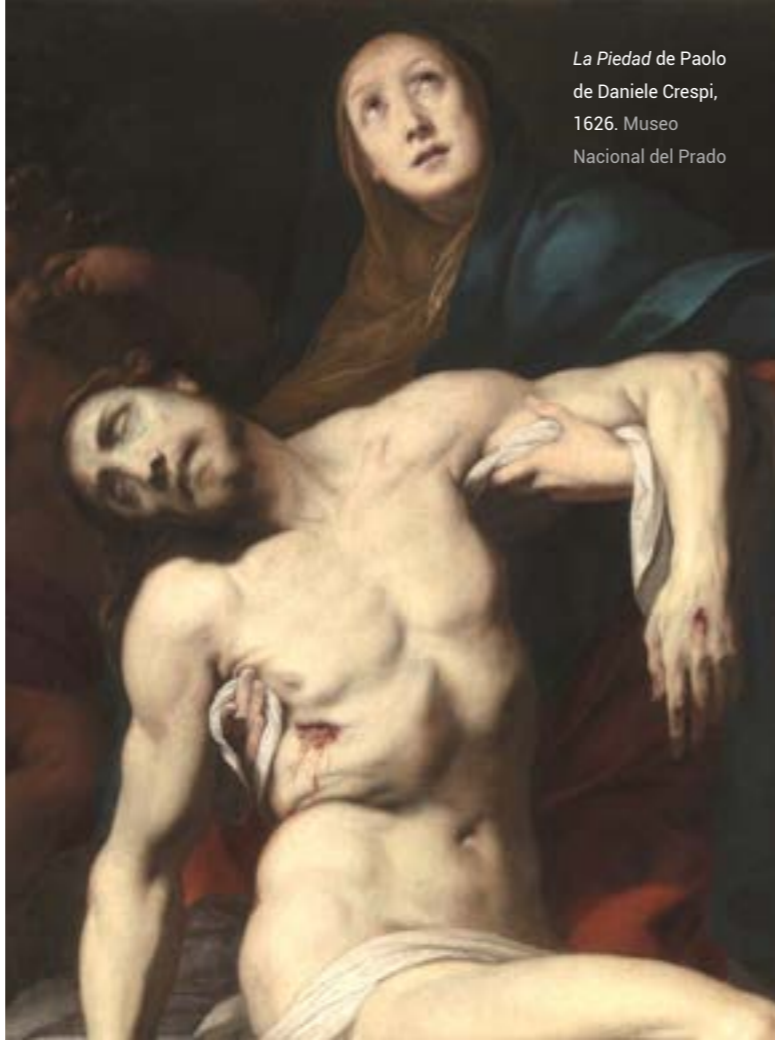
Y alguien te espera de regreso, no como premio, sino como hogar y refugio.

Esta verdad, tan elemental, hoy resulta profundamente incómoda. Porque vivimos en una cultura que ha decidido sospechar de todo lo que no es visible, cuantificable, exhibible. Y la custodia interior no se ve. No genera titulares. No produce épica inmediata. Pero sin ella, ninguna batalla exterior tiene sentido.

Hay algo claro en nuestro tiempo: existe un clima permanente de conflicto. Lo político se vive como guerra. Lo cultural se formula en términos de enfrentamiento. Lo personal se experimenta como lucha constante. Y, sin embargo, a diferencia de otras épocas históricas, hoy apenas se habla del pecado. Se habla de errores, de disfunciones, de heridas, de condicionantes. Pero no de pecado. Y no es casual. La guerra es espiritual.

El demonio no necesita que neguemos a Dios; le basta con que dejemos de nombrar el pecado. Porque un mal sin nombre no puede ser reconocido ni combatido. Un mal diluido en explicaciones sociológicas, psicológicas o estructurales deja de ser responsabilidad personal y, por tanto, deja de ser campo de conversión. El demonio ha aprendido que no hace falta prohibir la fe; basta con vaciarla de su lenguaje más incómodo.

Hoy casi todo se explica, se justifica o se reinterpreta. Ya no se peca: se “gestionan mal las emociones”, se “replican patrones”, se “sufren contextos”. El lenguaje del pecado ha desaparecido del discurso público y, en gran medida, también del religioso. Y, sin embargo, el mal no ha desaparecido. Solo se ha vuelto más invisible, más íntimo, más difícil de señalar y más difícil de combatir. Se ha escondido en el interior, donde ya no parece que necesite combatirse y está siempre justificado.



En este contexto, María resulta profundamente subversiva. Porque ella no combate el pecado negándolo, ni psicologizándolo, ni dialogando con él. Lo combate desactivándolo. No entra en su lógica. No acepta sus reglas. No lo enfrenta frontalmente, porque sabe que el pecado se alimenta del enfrentamiento. Lo vence por inanición.

Sigo caminando. Aparecen Anunciaciones. En muchas de ellas, María está leyendo. O escuchando. O simplemente siendo interrumpida. No hay épica. No hay ruido. Y, sin embargo, aquí comienza la guerra decisiva. Porque cuando el ángel entra en escena, no inaugura un momento tierno, sino un combate real. La pregunta no es épica ni sentimental. Es radicalmente trascendental: ¿habrá un lugar en el mundo donde Dios pueda habitar sin imponerse?

“ El demonio no necesita que neguemos a Dios; le basta con que dejemos de nombrar el pecado ”

El pecado original consistió precisamente en cerrar ese lugar. En expulsar a Dios del interior del hombre. En sustituir la confianza por la sospecha, la acogida y el don por la apropiación. El demonio prometió libertad y produjo ruptura. Prometió autonomía y sembró soledad. Prometió conocimiento y trajo soberbia y vergüenza: quiebre de la identidad filial.

María vence ese movimiento no enfrentándolo frontalmente, sino invirtiéndolo. Donde el pecado cerró, ella abre. Donde el pecado se apropió, ella recibe. Donde el pecado quiso ser dios, ella deja que Dios sea Dios dentro de ella. Su “hágase” no es una sumisión pasiva, sino un acto de resistencia radical frente al pecado original.

Aquí el mal queda desarmado.

Lucifer —el portador de luz que quiso ser luz por sí mismo— cae precisamente por rechazar esta lógica. Quiere salir, imponerse, brillar hacia fuera, afirmarse sin recibir. María vence desde dentro. No apropiándose de la luz, sino dejándose habitar por ella. No imponiendo su voluntad, sino ofreciendo su libertad. Su vientre se convierte así en el primer lugar donde el pecado es derrotado, no por violencia, sino por una gran fortaleza: una obediencia fecunda.

Las Inmaculadas que pisan la serpiente no contradicen esta lógica interior, la confirman. El pie que aplasta no es el gesto de quien combate como el mundo combate, sino la consecuencia visible de una batalla ganada antes, en el interior. La serpiente está bajo los pies porque nunca estuvo en el corazón. El famoso “puñetazo” mariano al demonio no es un arrebato de fuerza, sino el resultado de una fidelidad sin fisuras. María hiere al mal donde más duele: dejándolo sin acceso.

El vientre de María es el primer templo donde la guerra empieza a ganarse. Antes de que haya predicación, milagros o cruz, hay interioridad habitada. Dios no entra en la historia conquistando, sino pidiendo permiso. No toma: recibe. No irrumpe: es llevado. Esta es la derrota más humillante para el demonio, que siempre ha apostado por la ruptura, la dispersión y la intemperie.

Sigo avanzando. Aparecen Natividades. El Niño nace envuelto, sostenido, alimentado. María no protege la vida blindándola, sino nutriéndola. El pecado promete libertad rompiendo vínculos; María responde mostrando que la verdadera libertad nace de pertenecer. El mal ofrece autonomía; ella ofrece hogar. Y así lo combate: acogiendo el vínculo, permitiendo que ese Dios-niño dependiente crezca y se desarrolle, dándose.

Aquí la guerra adopta una forma aún más silenciosa. El pecado quiere romper la relación entre dependencia y amor. Quiere convencernos de que necesitar es humillante. María muestra lo contrario: que la dependencia acogida es el lugar donde la vida madura.

Esto ilumina de forma directa la experiencia femenina. Durante décadas se ha dicho a la mujer que su cuerpo

es un problema, que su capacidad de engendrar limita su libertad, que cuidar y nutrir a otros es una forma de pérdida de sí, que debe ponerse en guerra contra su propia condición. Se le ha pedido que sea autosuficiente, blindada, independiente de todo vínculo que pueda hacerla vulnerable. María dice exactamente lo contrario. Y no lo dice con palabras, sino viviéndolo, desde una existencia atravesada por el riesgo, la precariedad y el dolor.

El feminismo dominante ha llamado liberación a esta ruptura interior. Ha convencido a la mujer de que para ser fuerte debe desconfiar de su propio cuerpo, sospechar de su capacidad de dar vida y vivir toda dependencia como amenaza. En nombre de la autonomía, la ha dejado sola. En nombre de la igualdad, la ha arrancado de su singularidad. El resultado no es una mujer más libre, sino una mujer cansada, fragmentada y obligada a sostenerse a sí misma como si no necesitara a nadie.

El demonio odia esta lógica. Por eso no quiere que se hable de pecado, pero tampoco de maternidad entendida en profundidad. Prefiere reducirla a elección privada o a carga social. Porque sabe que donde se custodia la vida, su poder se debilita. Sabe que la maternidad — biológica o espiritual— es una forma de guerra que no puede ganar. Porque como dice Chesterton “el verdadero soldado no lucha porque odia lo que tiene delante, sino porque ama lo que tiene detrás”.

Por eso también se ha insistido tanto en presentar la maternidad como un obstáculo para la realización personal, como una concesión tolerable solo si no altera demasiado la carrera, el deseo o el proyecto individual. El mensaje es claro: dar vida está bien, siempre que no implique entrega real. María desmonta esta mentira de raíz, porque muestra que la plenitud no nace de protegerse de la vida, sino de donarse a ella.

“ *La maternidad —biológica o espiritual— es una forma de guerra que el mal no puede ganar* ”

Aparece ahora la Huida a Egipto. El pecado ya no es abstracto, lo espiritual se concreta: tiene rostro político, violento, asesino. Un poder que mata niños para conservar su trono. María no discute con eso. No lo enfrenta en su terreno. Huye. Protege. Custodia la vida atravesando la intemperie. El combate no consiste aquí en derrotar al enemigo de primeras, sino en poner todos los medios para impedir que destruya lo esencial.

Esto no es cobardía. Es inteligencia espiritual. Don de discernimiento. Comprender que hay batallas que se ganan no exponiendo la vida, sino preservándola. Y esta lógica vuelve a ser profundamente actual. En un mundo que confunde visibilidad con valor, María enseña que hay victorias silenciosas que sostienen la historia.

El pecado contemporáneo sigue siendo ruptura: del vínculo, de la familia, del sentido, de la identidad, del cuerpo. Y la mujer lo combate cuando recoge, consuela, abraza, hace hogar, va al templo, custodia el corazón del hombre cuando este sale al mundo. No como un papel secundario, sino como un frente decisivo.

Sigo avanzando. La Piedad de Crespi. El cuerpo muerto del Hijo vuelve al regazo de la Madre. El pecado parece haber ganado.



La Dolorosa de Paolo de San Leocadio, 1447. Museo Nacional del Prado

La muerte ha hecho su trabajo. El demonio, que siempre apuesta por la desesperación, cree haber vencido. Y, sin embargo, María no se rompe. No huye. No negocia con la desesperanza. Permanece. Mira al cielo, al Padre. Guarda incluso la muerte dentro de una esperanza que todavía no ve.

Aquí se entiende algo fundamental: el pecado necesita aislamiento. Necesita ruptura. Necesita que el hombre quede solo frente a su culpa o su fracaso. María responde con presencia. Permanece rota, pero permanece. Y eso ya es victoria.

Finalmente, llego a las salas altas. La Coronación de la Virgen de Velázquez. Todo se eleva: la luz, el trono, la gloria. Pero ahora se entiende que la corona no es un premio externo, sino el reconocimiento de una batalla librada hacia dentro. María es coronada no porque haya conquistado

territorios terrestres, sino porque ha sido fiel al proteger lo más importante de Dios: acogiendo, engendrando, nutriendo, custodiando, permaneciendo. Ha restaurado el vínculo. Ha vuelto a hacer hogar para Dios y para los hombres.

Aquí se cierra el recorrido. La guerra no se gana solo fuera. Se gana dentro. En el corazón. En el vientre. En la fidelidad silenciosa. La mujer, cuando vive su vocación de albergar y sostener vida — en la maternidad biológica o en tantas otras formas—, está librando la batalla más decisiva de todas.

Quizá por eso la figura de María resulta hoy tan incómoda: no encaja en el molde de una mujer empoderada a base de negarse, sino en el de una mujer plenamente fuerte porque sabe a quién pertenece y para quién vive.

Hoy seguimos hablando de paz mientras evitamos hablar de pecado. Pero sin nombrar el pecado no hay conversión, y sin conversión no hay victoria. María nos invita, precisamente, a no banalizar el mal. Nos enseña que se vence dejando que Dios ocupe el lugar que el pecado quiso usurpar, dando ese “hágase” que nace desde las entrañas. Así es como ella le pega un puñetazo al demonio.

La tradición cristiana nunca fue ingenua: supo que esta guerra no se gana con neutralidad ni con pactos. Por eso llamó a María “terrible como ejército en orden de batalla”. No porque ataque, sino porque permanece. No porque grite, sino porque no cede.

Porque estamos en guerra. Pero no se gana gritando más fuerte. Se gana albergando la vida que el pecado no puede soportar.

Y María, la mujer, silenciosa y firme, sigue luchando y venciendo así. ■



Padre Valentín Aparicio.
Foto La Antorcha

Padre Valentín Aparicio
Sacerdote

“Muchos verán al Anticristo como un líder político capaz de traer paz y progreso”

POR **SANTIAGO MARTÍNEZ** | PERIODISTA

¿Sería directamente de qué guerras nos habla la Biblia en sus diferentes libros? Bueno, sobre todo en el Apocalipsis, pero en las Cartas de San Juan también

En el libro del Apocalipsis se nos habla de diversas batallas. Por ejemplo, está la gran batalla de Armagedón, que literalmente significa Armeguidón, es decir, la montaña de Meguido. Se trata del valle de Yisrael, que es el que está justo enfrente de Nazaret. Y ahí se nos dice que habrá una gran conflagración entre el bien y el mal. Todas las naciones, todos los poderes fácticos, políticos e ideológicos aliados contra Jesucristo y el cristianismo, que es lo que vemos hoy día en nuestra sociedad. Por otro lado, tenemos la batalla de Gog y Magog, como una especie de último desencadenamiento o asalto del mal contra la Iglesia, pero precisamente un último desencadenamiento que pondrá a la Iglesia contra las cuerdas, porque los cristianos eran sitiados en la Ciudad Santa como una pequeña familia.

El Apocalipsis habla de estas dos batallas y, en medio, un periodo donde la Iglesia reina, donde la vida de gracia, sobre todo la vida de la humanidad en comunión con Dios y viviendo de los sacramentos, será bastante generalizada. San Agustín interpretó esto como el periodo de la Iglesia tras la conversión de los cristianos en el Imperio romano y la persecución de Gog y Magog como una especie de último desencadenamiento del mal.

En el Apocalipsis lo que pasa es que existen dos planos. Uno, el plano que está viviendo el propio san Juan, el de las persecuciones de los emperadores romanos contra el cristianismo, que comienzan con Nerón y continúan con Domiciano. El propio san Juan se encuentra desterrado en la isla de Patmos. Los cristianos eran crucificados, echados a las bestias o quemados vivos en las calles de Roma para servir como iluminación pública de

Entre imágenes de batallas, símbolos enigmáticos y advertencias sobre el misterio del mal, el Apocalipsis sigue siendo uno de los textos más incomprensibles de la Biblia. El padre Valentín Aparicio, sacerdote diocesano de Toledo, vicerrector del Seminario Mayor, profesor de Sagrada Escritura y divulgador bíblico (@curadetoledo), propone en esta conversación una lectura serena: qué significan realmente Armagedón, Gog y Magog, cómo entender hoy la figura del Anticristo y por qué este libro, lejos de alimentar lecturas catastrofistas, ofrece claves para interpretar nuestra historia y conservar la esperanza.



la ciudad durante las noches. San Juan ve en estas persecuciones una imagen de lo que la Iglesia va a vivir a lo largo de su historia. Por tanto, el libro del Apocalipsis no sólo nos habla del fin del mundo, sino que nos da una catequesis acerca de cómo el misterio del mal, así lo llama san Pablo, está actuando en la historia. Ahora bien, también en este sentido san Pablo nos habla de que al final habrá un gran desencadenamiento del mal.

En el capítulo veinte del Apocalipsis se nos dice que habrá una infestación o plaga de demonios en la humanidad. Comentando eso, santo Tomás de Aquino dice que llegará un momento en que el pecado, que siempre había existido en

la historia, adquirirá unas proporciones jamás vistas, hasta tal punto que se publicitará el pecado, se hará apología del pecado, ostentación de él. Como en muchos programas hoy día de la televisión, la gente presumirá del pecado y dice santo Tomás de Aquino que eso caracterizará los momentos inminentes al fin, algo que nosotros podemos ver.

¿Podemos concretar en qué consiste esa figura del Anticristo? ¿Qué notas puede tener? ¿Cómo se va a mostrar?

Sobre cómo interpretar al Anticristo han surgido muchísimas opiniones en la historia de la Iglesia. De ahí que no podamos ser dogmáticos, no podamos establecer una

línea clara, porque entre los propios grandes teólogos hay cierta discrepancia. Por eso es mucho más interesante ver en qué puntos están todos de acuerdo. En primer lugar, el anticristo no tendrá un rostro horrible, una especie de mirada que espante a la humanidad, sino todo lo contrario. Atraerá a toda la humanidad, obrando signos y prodigios. Así dice san Juan en el Apocalipsis, que oprimirá el falso profeta, es decir, la segunda bestia venida de la tierra. Intentará instaurar una religiosidad nueva. Se trata de un poder religioso corrupto, que ofrecerá a la humanidad la solución a todos sus problemas. Toda la modernidad filosófica trae como dogma fundamental el mito del progreso. Una humanidad sin Dios es una humanidad que está progresando hacia cimas de bienestar jamás vistas antes. Bueno, se trata de seducir a los hombres con un cebo, así actúa el Anticristo.

Por otro lado, tenemos la *new age*, es decir, técnicas pseudoterapéuticas acompañadas a través del *reiki*, yoga o la espiritualidad oriental, que te prometen un bienestar espiritual, pero sin cruz, sin Cristo, sin sacramentos. Si antes el nacimiento de Cristo había marcado un antes y un después, dividiendo la historia de la humanidad en antes de Cristo y después de Cristo, ahora tenemos una *new age*, una nueva era, donde a través de estas técnicas de relajación recibo lo que antes me daban los sacramentos de la Iglesia, que han sido sustituidos, pero por supuesto sin ninguna referencia a Dios, sino sólo una armonía que me conecta con la energía del universo. Lo propio del Anticristo, según la Segunda carta a los tesalonicenses de san Pablo, será inducir a la humanidad a una religiosidad sin Dios, donde la humanidad se da culto a sí misma. El Anticristo, dice san Pablo, llega a sentarse incluso en el lugar de Dios, reclamando para sí mismo el culto que antes se le debía a Dios.

“ Armagedón y Gog y Magog muestran dos asaltos del mal: uno histórico y otro final, pero ambos bajo la mirada victoriosa de Dios ”

Por otro lado, el Anticristo obra prodigios. ¿De qué manera? Logrando una especie de concepción pseudomesiánica. Él se presenta como un falso mesías. ¿Qué es lo propio del Mesías en el Antiguo Testamento? El que redime. El Anticristo logrará la redención de la humanidad a través de técnicas que no son religiosas. Es decir, la redención de la humanidad a través de la política, a través de la diplomacia, a través de la guerra controlada. El hombre ya no necesita de Dios. Somos autosuficientes. Por tanto, la humanidad se salva a sí misma a través de la educación, el desarrollo y el progreso.

El Anticristo se presentará como un pseudomesías. De ahí que muchos lo identifiquen con cierta figura, líder carismático político que logrará llevar a la humanidad a un periodo de relativa paz y progreso jamás visto antes, y toda la humanidad se dirigirá a él como salvador. Precisamente a través de esto puede lograr acaparar la atención, engatusarnos a todos y comenzar a perseguir a la Iglesia, única instancia crítica. De hecho, el Anticristo, todo este tipo de ideología, ya actúa en la iglesia. En la medida en que muchos cristianos no creen con firmeza en la divinidad de Cristo, que Cristo es la

segunda persona de la Santísima Trinidad, encarnado, hecho hombre, para salvarnos, esa es la estrategia del Anticristo. Porque san Juan, en sus cartas, dice que el Anticristo es aquel que niega el Logos hecho carne, es decir, Jesucristo hecho carne.

También el bien está actuando en medio de este mal. Entonces, ¿qué hace el bien durante esta época, este combate? ¿Se duerme, se deja ganar? El libro del Apocalipsis nos infunde mucha esperanza porque nos da un spoiler

Un spoiler es que al final de toda esta guerra tan dramática que os acabo de dibujar, el bien va a vencer. Por tanto, siéntete tranquilo porque estás en el bando vencedor. Es más, una vez que se pone en marcha el mal en la historia, Dios siempre concede a la humanidad en el libro del Apocalipsis reiteradas ofertas de arrepentimiento. Como si la misericordia de Dios persiguiera a ese hombre que es un hijo pródigo, ofreciéndole una posibilidad de volver a él mayor de la que hayamos visto jamás en la historia de la humanidad. De hecho, en el Apocalipsis se nos describen plagas, catástrofes naturales y todo siempre se interpreta con la misma óptica, pero los hombres prefirieron seguir blasfemando antes que convertirse a Dios. Como diciendo, todas las guerras, todas las catástrofes que vemos, bien naturales, bien provocadas por los hombres, en el fondo son toques de atención de la Providencia divina que hace toc toc y llama a tu corazón para decir: No pongas tu esperanza en este mundo que se termina, vuelve a mí, regresa a casa, regresa al Padre, a un Dios que te espera con los brazos abiertos para recibirte en su corazón, que te persigue con su misericordia.

Y no vemos a un Dios simplemente que castiga a la humanidad, sino una humanidad alejada de Dios a la cual Dios

en el libro del Apocalipsis da incontables oportunidades de arrepentimiento. De hecho, hoy día vivimos una explosión de retiros, una explosión de movimientos de espiritualidad, de acercamiento a la confesión, de fe eucarística, un *revival*, por decirlo de alguna forma, jamás visto en los últimos siglos. ¿Qué quiere decir esto? Que Dios ofrece su misericordia.

“ Vivimos una época en la que el pecado se exhibe con orgullo: santo Tomás ya lo describió como prelude de los momentos inminentes al fin ”

¿Se pueden identificar lugares concretos donde van a ocurrir esas batallas y sucesos, o es difícil?

El libro del Apocalipsis habla en clave y yo a veces me resisto a concretar los escenarios, porque el Magisterio de la Iglesia nunca lo ha dicho. Veo, más bien, un caldo de cultivo en el mundo presente apoyado, por ejemplo, en san Pío X, que veía, en la filosofía moderna la impostura del Anticristo. En Pío XI, que veía las persecuciones contra la Iglesia en el siglo XX, una especie de anticipo de la gran persecución final del Anticristo. La gran apostasía es la religión del Anticristo, es decir, hoy día se están dando ya

absolutamente todos y cada uno de los elementos que la Sagrada Escritura dice que precederán al fin.

Ahora, ¿cómo se van a desarrollar los acontecimientos? No lo sabemos. El Apocalipsis no es una especie de cronograma sobre el fin del mundo. Jerusalén se puede entender como la localización geográfica concreta dentro del estado de Israel, donde se va a librar la última batalla contra la Iglesia. Puede ser. Pero también Jerusalén, en la Sagrada Escritura, es símbolo de la Iglesia, la Nueva Jerusalén. Por tanto, más que una realidad geográfica, puede traducirse como el acoso generalizado a la Iglesia absolutamente en cinco continentes y en todos los lugares. Lo

que aparece es que la obra del Anticristo tendrá una dimensión universal.

Hoy escuchamos la misma música, vemos las mismas películas, las coordenadas de la filosofía posmoderna están extendidas y programadas en cada cabeza, aunque te vayas al último lugar de la selva. Porque donde llegue un teléfono móvil llegan las mismas ideas. Por primera vez en la historia de la humanidad, esta especie de *ecumene*, es decir, que todos los pueblos rinden el mismo culto y profesan el mismo credo, se está verificando. Por tanto, más allá de las interpretaciones geográficas, que pueden ser dudosas y muy conjeturales, yo acudiría a las cronológicas, que son totalmente ciertas. ■





Ilustración de Pedro Requejo para este número de *La Antorcha*. La guerra, nada más internacional que la Guerra ¿Cómo el aspecto más irracional del hombre que libera ira, siembra rencores y cosecha venganza ha acabado jalonando la Historia y cambiando destinos de pueblos y naciones?

“Oiréis hablar de guerras y calamidades”: Si así alertó Jesús sobre el final de los tiempos... **¿Estamos ante la batalla final?**

POR **JOSÉ ANTONIO MÉNDEZ** | PERIODISTA

Guerras en Oriente Próximo, amenazas nucleares, desastres naturales, líderes políticos con discursos mesiánicos, persecuciones a los hijos de la Iglesia, tecnologías convertidas en ídolos totémicos y un clima de inestabilidad global cuya fragilidad parece estar a punto de desencadenar la tragedia. Con este panorama, lo imprudente sería no preguntarse la cuestión que tantos creen intuir y ya dicen en alto cada vez más almas libres: ¿No estamos acaso asistiendo a los signos del final de los tiempos? ¿Somos nosotros la generación que verá el Apocalipsis?

Lejos de ser confabulaciones sectarias o miedos infundados, la sospecha apocalíptica sobre nuestros días se sostiene en las propias palabras de Jesús. Porque Él mismo habló con toda claridad de guerras, hambres, batallas espirituales y persecuciones en su discurso escatológico; el mismo en que también advirtió contra el miedo y las falsas alarmas.

Y Benedicto XVI, en el segundo volumen de *Jesús de Nazaret*, dedicó páginas decisivas a explicar cómo deben leerse esos pasajes.

El discurso apocalíptico de Jesús

Vayamos por partes. Jesús pronunció su discurso escatológico en Jerusalén

poco antes de la pasión, con el telón de fondo de la ciudad que le daba la espalda y el templo profanado por un sanedrín impío. No hablaba desde la serenidad de quien observa el mundo a prudente distancia, ni desde la soberbia intelectual de los ensayistas *bonvivants*, sino desde la dramática tensión de quien sabe que la violencia, la traición y la muerte están a punto de desatarse.

Sus palabras, recogidas por los tres Evangelios sinópticos (Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21), no prometen una historia tranquila: “Vais a oír hablar de guerras y noticias de guerra. (...) Se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá hambre, epidemias y terremotos en diversos lugares; todo esto será el comienzo de los dolores. Os entregarán al suplicio y os matarán, y por mi causa os odiarán todos los pueblos”.

El relato es estremecedor. La batalla final incluirá “una gran tribulación como jamás ha sucedido desde el principio del mundo hasta hoy, ni la volverá a haber”. Incluso “si no se acortan aquellos días, nadie podrá salvarse”, llega a advertir. “El sol se oscurecerá, la luna perderá su resplandor, las estrellas caerán del cielo y los astros se tambalearán”. Aquella guerra entre el bien y el mal no será sólo un acto espiritual, ni una percepción personal: será

una batalla sanguinolenta, física e incluso cósmica. Pero que no concederá al caos la última palabra.

Las antiguas profecías

Benedicto XVI subraya que Jesús introduce una advertencia decisiva y reiterada: “Mirad que no os alarméis”. En *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, explica que el Señor no ofrece un mapa cronológico del fin, ni un calendario apocalíptico, sino una lectura teológica de la historia, marcada por conflictos reales, pero sostenida por la fidelidad de Dios. Las guerras, las persecuciones y los desastres no son señales matemáticas del fin, sino constantes de una historia herida por el pecado, pero sostenida por la fidelidad de Dios. Por eso el cristiano no está llamado a calcular fechas ni a identificar acontecimientos concretos, sino a discernir espiritualmente los signos de los tiempos.

Y precisa que estos pasajes sobre la batalla final están “entretejidos con palabras del Antiguo Testamento, en particular del libro de Daniel, pero también de Ezequiel, de Isaías y de otros pasajes de la Escritura”.

De este modo, Jesús “no habla de las cosas futuras con palabras propias, sino que se refiere a ellas de manera nueva con antiguas palabras proféticas, lo que tiene un sentido más profundo”. En concreto, a través de esta mezcla de referencias, “Jesús no describe el fin del mundo, sino que lo anuncia con palabras que ya existen en el Antiguo Testamento”. Y este “hablar del futuro con palabras del pasado”, no se trata “de una nueva formulación de la descripción del porvenir, como sería de esperar de los adivinos, sino de insertar la visión del futuro en la Palabra de Dios, que ya se nos ha dado”, explicaba Ratzinger.

“ El Apocalipsis no busca alarmar, sino enseñar a discernir los signos de los tiempos sin perder la confianza en Dios ”

Daniel: imperios que caen, Dios permanece

Pero, ¿cuáles son esas antiguas profecías? En primer lugar, las del profeta Daniel, a quien Jesús cita expresamente al hablar de “la abominación de la desolación”.

El libro de Daniel nació en un contexto de brutal persecución por parte de Babilonia, durante el exilio de Israel. Pero, en contra de lo que pudiera ser lógico, sus visiones no describen batallas concretas, sino el drama permanente del poder cuando se absolutiza y deifica. Daniel ve surgir bestias monstruosas que interpreta como imperios opresores, pero también contempla su caída: “Vi que las bestias fueron despojadas de su poder” (Dn 7, 12). Su mensaje no es el miedo, sino la esperanza: “El Reino será dado al pueblo de los santos del Altísimo” (Dn 7, 27).

Para la tradición cristiana, Daniel enseña que ninguna potencia histórica, por violenta que sea, será definitiva. Todas pasan. Sólo Dios, y en Él sus hijos, permanece.

Isaías: el mundo que pierde su fundamento

También cita Jesús a Isaías, el gran profeta que utiliza un lenguaje cósmico para describir el juicio: “Se tambalea la tierra con violencia, tiembla la tierra con estruendo, se agita la tierra con estrépito. Se tambalea la tierra como un borracho, se agita como una choza.

Pesa sobre ella su pecado, se desplomará y no se alzarán más” (Is 24, 19-20). No es una crónica geológica, sino una imagen de un mundo que ha perdido su fundamento moral. Benedicto XVI recuerda que estos textos no buscan anunciar cataclismos físicos inmediatos, sino mostrar que cuando el hombre rompe la alianza con Dios, la creación entera se resiente. No proclaman el fin inmediato, sino la urgencia de la conversión.

Por eso Benedicto XVI recuerda que estos textos no buscan describir cataclismos físicos, sino mostrar que cuando el hombre rompe la alianza con Dios, la creación entera se resiente. El profeta no anuncia el fin inmediato, sino la necesidad de conversión.

Ezequiel, Gog y Magog: el mal organizado

Ezequiel habla de una coalición final encabezada por Gog, de la tierra de Magog, que se lanza contra el pueblo de Dios. La batalla parece total, pero el desenlace es revelador: no hay victoria humana. Es Dios quien interviene y derrota al enemigo, manifestando su santidad ante las naciones.

A lo largo de la historia, Gog y Magog han sido identificados con pueblos concretos —desde tribus de Asia Central hasta grandes potencias contemporáneas—, pero la Escritura los presenta como símbolos del mal que se organiza contra Dios. El Apocalipsis retomará estos nombres para expresar la misma verdad: al final, el mal se mostrará con claridad... y será vencido.

Armagedón: lugar histórico, símbolo teológico

El Apocalipsis sitúa la confrontación final “en el lugar llamado en hebreo Harmagedón”. La palabra procede de *Har Megiddo*, el Monte Meguido, en el norte de Israel. Se trata de un enclave real, escenario de numerosas batallas a lo largo de la historia: desde los enfrentamientos del Antiguo Oriente hasta campañas medievales y episodios de la Primera Guerra Mundial.

Pero, como ocurre con Gog y Magog, el lugar adquiere un valor simbólico. Armagedón no es solo un punto del mapa, sino la imagen de la historia humana convertida en campo de batalla espiritual. Allí donde el poder, la violencia y la idolatría se enfrentan a Dios, allí se libra la verdadera confrontación.

¿Estamos ante el final?

¿Significa todo esto que nuestra generación verá el Apocalipsis? El cristianismo responde con una paradoja: los últimos tiempos ya han comenzado, pero aún no se han consumado. Desde la Resurrección, vivimos en un tiempo de combate y de esperanza, no como una cuenta atrás, sino como un tiempo de testimonio.

Jesús no cierra su discurso con una profecía fechada, sino con una llamada a la vigilancia: “Velad, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor” (Mt 24, 42). En la misma línea, el Catecismo recuerda que el Reino no llegará por un triunfo histórico de la Iglesia, sino por la victoria definitiva de Dios sobre el mal. Por eso, las guerras y calamidades no anuncian automáticamente el fin, sino que revelan que la historia es un combate espiritual en el que el cristiano no vive pendiente del calendario del Apocalipsis, sino con la mirada fija en Cristo, confiado en que “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt 24, 35). ■

“ El Reino no llegará por un triunfo histórico de la Iglesia, sino por la victoria definitiva de Dios sobre el mal ”

El granjero que rechazó a Hitler, el catequista que defendía el matrimonio y otros...

Santos víctimas de la guerra

Franz Jägerstätter, Peter To Rot y tantos otros se mantuvieron fieles a Jesucristo en tiempos de guerra.

POR **LIAM BUENAVIDA** | PERIODISTA

Franz Jägerstätter tuvo una pesadilla que le cambió la vida. Era enero de 1938, meses antes de que Europa se sumiera en la sangrienta II Guerra Mundial, pero su sueño ya estaba teñido de horror. “Vi un tren –relata el propio Franz¹– al que todo el mundo quería subir, [y] de repente oí una voz que decía: “Ese tren viaja al infierno””.

Cuenta Franz –que no era ningún erudito, sino un honesto campesino de St. Radegund, en Austria– que al principio el sueño le resultaba un enigma, pero que más tarde comprendió su significado: “Se trataba del nacionalsocialismo, con todas sus diversas organizaciones”. No es raro, por tanto, que cuando en 1942 recibió la carta en la que el III Reich lo llamaba a filas él tuviese muy clara su respuesta... y lo que implicaba. “Ahora he firmado mi sentencia de muerte”, escribía entonces a su mujer, Franciska.

Franz se negó a vestir el uniforme de Hitler, y Hitler no se lo consintió.

El granjero estaba profundamente convencido de que, como católico, no podía servir a la ideología nazi y combatir en una guerra injusta. “¿No es más cristiano ofrecerse a uno mismo como víctima de inmediato que tener que asesinar primero a otros, que ciertamente tienen derecho a vivir y quieren hacerlo solo, para prolongar un poco la vida de uno?”², escribía desde la cárcel.

Además, según destaca la web de la Santa Sede, la coherencia de Franz no se debía a “prejuicios ideológicos” ni a “un pacifismo abstracto”, sino porque “manifestaba con sencillez y firmeza su fidelidad a los valores en los que creía”. Tras rechazar todos los intentos del régimen por hacerle entrar en razón –también se ofreció a servir como paramédico en el campo de batalla, pero fue ignorado–, Franz fue guillotinado en la prisión de Brandenburgo el 9 de agosto de 1943, dejando a su mujer viuda y a sus tres hijas, huérfanas.

¹ Lo recoge Erna Putz en *Franz Jägerstätter: Letters and Writings from Prison* (Orbis Books, 2009).

² Citado en un artículo de Manfred Scheuer publicado en la revista alemana *Stimmen der Zeit*, en octubre de 2007.



“*Jägerstätter se negó a vestir el uniforme de Hitler por fidelidad a su conciencia cristiana, sabiendo que su decisión le costaría la vida*”

Escena de *Vida oculta*, de Terrence Malick, donde el protagonista se resiste a prestar juramento a Hitler. Studio Babelsberg, Medienboard Berlin-Brandenburg

Franz Jägerstätter fue beatificado por Benedicto XVI en 2007, y en 2019 el genial cineasta estadounidense Terrence Malick le dedicó una película, *Vida oculta*. La película concluye con una cita de George Eliot que merece la pena reproducir entera: “Pero el efecto de su ser en los que tuvo a su alrededor fue incalculablemente expansivo, porque el creciente bien del mundo depende en parte de hechos sin historia, y que las cosas no sean tan malas para ti y para mí como pudieran haber sido se debe en parte a los muchos que vivieron fielmente una vida oculta, y descansan en tumbas no visitadas”.

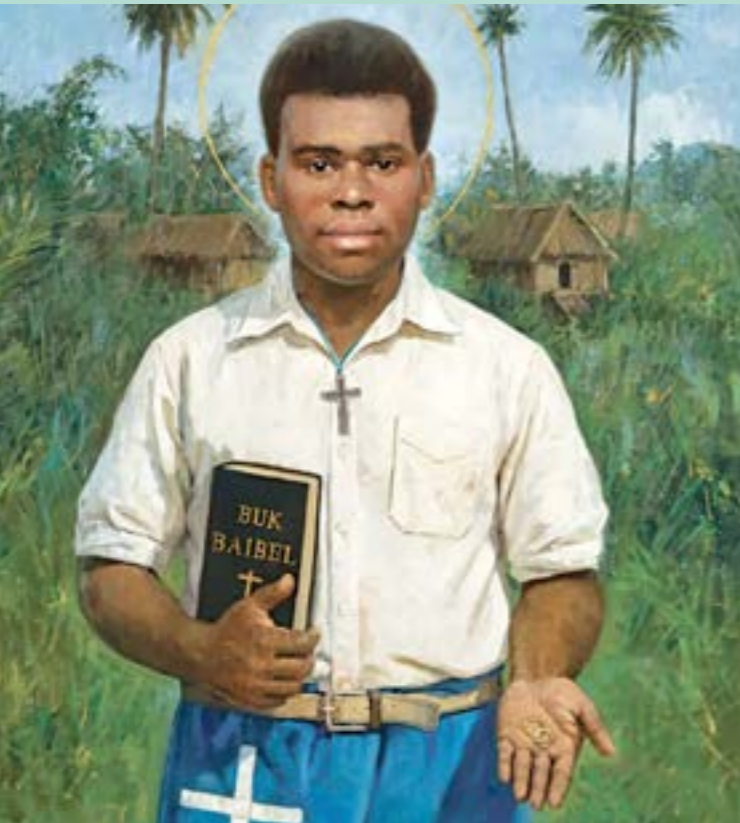
Santos en tiempos de guerra

La vida y muerte de Franz Jägerstätter resulta una respuesta contundente a la pregunta: “¿Se puede alcanzar el cielo cuando lo ocultan las bombas?”. Otros artículos en este número de *La Antorcha* recuerdan el papel de los santos guerreros, pero aquí nos centraremos en los santos que fueron víctimas de la guerra. Hombres y mujeres que, como Franz, mantuvieron su esperanza en Cristo hasta el final, incluso en medio de los conflictos armados más cruentos de la historia.

Así, el horror de la II Guerra Mundial fue, paradójicamente, terreno fértil para que floreciese el heroísmo. Son archiconocidos, por ejemplo, los casos de san Maximiliano Kolbe o santa Edith Stein –a quien otro santo, Juan Pablo II, nombró copatrona de Europa en 1999–, pero hay muchas otras “vidas ocultas” que la Iglesia nos presenta como modelos. Una de ellas es la de san Peter To Rot, asesinado en 1945 en un campo de concentración por defender el matrimonio frente a la poligamia.

Peter es uno de los nombres más recientes en ingresar en el santoral: fue canonizado por el Papa León XIV en octubre de 2025. Nació en Rakunai, en Papúa Nueva Guinea, y desde muy joven destacó como líder entre los catequistas de la isla. Con veinticuatro años se casó con su mujer, Paula, con quien tuvo tres hijos, pero su vida, como la de todo su pueblo, cambió cuando los japoneses ocuparon la isla en 1942.

Tras un período de indiferencia, los ocupantes prohibieron poco después los servicios religiosos, pero Peter y los suyos siguieron celebrándolos en la clandestinidad. Los japoneses también volvieron a permitir en la isla la poligamia, que había quedado prohibida con la llegada del cristianismo a Papúa, buscando congraciarse con jefes locales resentidos con la monogamia.



Retrato por encargo de la Postulación de la Causa del primer santo de Papúa Nueva Guinea, San Peter To Rot, de Raul Bersosa

“*Canonizado por León XIV, San Peter To Rot se negó a aceptar la poligamia impuesta por los ocupantes japoneses y siguió defendiendo el matrimonio cristiano en la clandestinidad*”

³ Recogido en un artículo de Aciprensa, *Conoce al Beato Peter To Rot, asesinado en la II Guerra Mundial por defender el matrimonio*, publicado en julio de 2021.

⁴ Lo explica en *Ecclesia* la responsable de comunicación de ACN, Raquel Martín. El informe completo está disponible en línea.

Peter no claudicó y defendió en público el matrimonio católico: "Los japoneses no pueden evitar que amemos a Dios y obedezcamos sus leyes; debemos ser fuertes y debemos negarnos a ceder ante ellos", decía³. Tras ser delatado, fue detenido por los japoneses, encerrado y, posteriormente, condenado a un campo de concentración. Allí, en julio de 1945, fue envenenado por sus captores.

Guerras de ayer y hoy

Más allá de la II Guerra Mundial, la crueldad y la injusticia de la espada ha alumbrado santos en todas las épocas: de los mártires de Sagaste –cuarenta soldados cristianos condenados a morir de frío en un lago helado por no renunciar a su fe, en el siglo IV– a los católicos asesinados en México durante la Cristiada.

En España, en el siglo XX, más de dos mil doscientas cincuenta personas han sido ya beatificadas por martirio, la mayoría vinculadas a la persecución religiosa entre 1936 y 1939, antes y durante la guerra civil. Se estima que en torno a este conflicto fueron asesinados unos seis mil ochocientos treinta y dos miembros del clero, una cifra que superaría los diez mil cadáveres si se cuentan los seglares comprometidos, como los miembros de Acción Católica.

Nada de lo expuesto hasta ahora ha terminado. Una de las principales conclusiones del último informe sobre libertad religiosa en el mundo elaborado por Ayuda a la Iglesia Necesitada (ACN) es que “las guerras fulminan la libertad religiosa”. Según calcula esta entidad⁴, más de cien de los ciento noventa y tres países reconocidos actualmente sufren una situación de guerra. “Los conflictos en Ucrania, Sudán, Myanmar, Gaza y Nagorno-Karabakh –concluyen– han provocado desplazamientos masivos, el cierre de iglesias y ataques dirigidos contra las comunidades religiosas”. ■



San Expedito (s. III): Un centurión siempre pronto a seguir a Cristo

Aunque rodeada más de leyenda que de documentación histórica, la figura de san Expedito ha sido venerada por la Iglesia como la de un centurión del ejército romano destinado en Armenia, y convertido al cristianismo en el contexto de las persecuciones imperiales de finales del siglo III. Su nombre latino, *Expeditus*, aludía originalmente a los soldados “ligeros”, sin cargas innecesarias, siempre listos para la acción. La hagiografía cristiana transformó ese dato militar en una catequesis espiritual. La leyenda cuenta que, en el momento de decidirse por Cristo, Expedito fue tentado por el demonio a aplazar su conversión. El tentador se le apareció en forma de cuervo, repitiendo una sola palabra: *cras* (“mañana”). Expedito, consciente de que retrasar la entrega a Dios era ya una forma de negarla, aplastó al cuervo y respondió con firmeza: *hodie* (“hoy”). Esa escena, recogida en la iconografía tradicional, convirtió a san Expedito en símbolo del cristiano que no negocia ni posterga su fidelidad, aunque esta pueda conducirle al martirio. La verdad no conoce rebajas, ni demoras.

Aunque su culto fue retirado del martirologio oficial en 1906 por falta de datos históricos precisos sobre su vida, la Iglesia reconoce que su testimonio tradicional inspira a los fieles a responder sin vacilación a Dios, incluso en medio de ambientes hostiles.

Santos forjados en la guerra

POR **ÁLVARO FÁÑEZ** | PERIODISTA

A veces, las “armas de Dios”, el “escudo de la fe” o “la espada del Espíritu”, de las que habla san Pablo en su carta a los Efesios, llegan al corazón después de haber empuñado, en un campo de batalla, las armas de acero o fuego concebidas para segar la vida ajena. O, incluso, de haber padecido por ellas la persecución o el tormento.

San Ignacio de Loyola, san Francisco de Asís, santa Juana de Arco, san Maximiliano Kolbe, san Pablo Miki... A lo largo de la historia de la Iglesia, han sido numerosos los santos que han tenido un pasado militar, y tantos otros para quienes el encuentro con Cristo en el terreno de la vida les sucedió tras haber bajado al fango de las trincheras y de la violencia.

Estas seis historias, algo menos conocidas, son ejemplo de cómo la guerra puede ir más allá del combate físico para convertirse en una batalla espiritual por la fidelidad a Cristo Jesús, el Señor, vencedor de toda cruz e incluso de la muerte.



San Martín de Tours (s. IV): El legionario que partió su capa con Dios

Martín nació en el seno de una familia militar, en el corazón del Imperio romano, y también él sirvió como soldado en las legiones. Sin embargo, su encuentro con un mendigo desamparado a orillas de Amiens cambió el rumbo de su vida... y de la Iglesia occidental. Según la tradicional narración hagiográfica, Martín volvía de una campaña cuando se topó con un pobre moribundo. Como la mitad de sus propiedades pertenecían a Roma, partió su capa con su espada, y le cedió su parte al mendigo para poder abrigarse.

Aquella noche, en sueños, recibió una visión de Jesucristo vestido con ese trozo de manto. Este encuentro marcó su conversión al cristianismo, y poco después solicitó ser bautizado, abandonó el ejército y empezó a servir exclusivamente a Cristo. Con el tiempo se convirtió en monje y llegó a obispo, dedicando su vida a la evangelización de las Galias y a la atención de los pobres. Su ejemplo primero, y su devoción después, se expandieron por toda Europa. San Martín representa al soldado cuya fe supera cualquier lealtad terrena, la oportunidad de la conversión que siempre brinda Dios, y que la mayor victoria no es otra que la de entregarle a Él el corazón para servir a los demás.



Mártires de Otranto (Italia, 1480): Sastres, agricultores y artesanos, fieles hasta la muerte

Entre los testimonios más conmovedores de fe forjada en la guerra se encuentra el de los ochocientos trece Mártires de Otranto, reconocidos por Benedicto XVI y canonizados por el papa Francisco el 12 de mayo de 2013.

En 1480, durante el asedio a esta ciudad del sur de Italia por las fuerzas otomanas del visir Gedik Ahmed Bajá, la población cristiana —principalmente los varones mayores de quince años— fue hecha prisionera y obligada a elegir entre abjurar de su fe o morir.

Quienes habían empuñado las armas para defender sus hogares comenzaron a animarse mutuamente a no desfallecer. Herreros, zapateros, hortelanos, comerciantes, e incluso jóvenes y adolescentes miraron con valentía a sus captores y afirmaron que permanecerían fieles a Cristo, aceptando la decapitación antes que renegar de su bautismo. No se resignaron a ser asesinados: entregaron libremente su vida para no convertirse al islam.

El primero en morir fue Antonio Primaldo, anciano y sastre, cuya exhortación sostuvo a los demás. Su sacrificio representa una de las páginas más dramáticas y luminosas de la Iglesia: hombres sencillos que, derrotados en la batalla terrena, vencieron en la gran guerra espiritual que conduce al cielo.



San José Sánchez del Río (México, 1928): Valentía adolescente en la Guerra Cristera

Con solo catorce años, San José Sánchez del Río se convirtió en uno de los símbolos más extraordinarios de la defensa de la fe y de la libertad religiosa durante la Guerra Cristera, desencadenada en México entre 1926 y 1929. Natural de Sahuayo, Michoacán, Joselito insistió a sus padres para unirse a los cristeros, milicias populares que resistían la persecución anticatólica del presidente Plutarco Elías Calles, quien había proscrito la fe católica y tratado de imponer una Iglesia sometida al Estado.

Por su corta edad, los milicianos dudaron en aceptarlo, pero una vez integrado sirvió con valentía en los campamentos: cuidaba los caballos, preparaba alimentos y alentaba espiritualmente a sus compañeros. En una acción decisiva, cedió su propio caballo a su general para facilitar su huida, quedando él expuesto al peligro.

Capturado por las fuerzas federales, fue cruelmente torturado no para delatar a otros, sino para hacerlo renegar de su fe. José resistió hasta el final y proclamó, con voz firme y entre lágrimas, el grito cristero: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”. Fue ejecutado el 10 de febrero de 1928, tras terribles sufrimientos. En 2016 fue canonizado en la plaza de San Pedro. Hoy es modelo de valentía y coherencia cristiana frente a la violencia.



Beato Franz Jägerstätter (Austria, 1943): Fe y conciencia frente al totalitarismo

Franz Jägerstätter, campesino austríaco llamado a filas durante la Segunda Guerra Mundial, ofreció un testimonio excepcional de fe y resistencia no violenta. Cuando la Alemania nazi anexionó Austria en 1938, fue el único vecino de su pueblo que votó en contra del Anschluss. Guiado por su conciencia cristiana, percibió que aquel régimen encarnaba un mal radical al que no podía someterse.

En 1943, en plena guerra, se negó tanto a combatir como a apoyar militarmente al Tercer Reich. Al igual que los primeros cristianos que rehusaban rendir culto al César, rechazó firmar el juramento de fidelidad al Führer, convencido de que solo debía doblar la rodilla ante Jesucristo. Se ofreció, en cambio, a servir como paramédico para atender a los heridos, consciente de que muchos jóvenes morían en el frente obligados a luchar por una causa que no compartían.

Su objeción de conciencia, fundada explícitamente en su fe católica, le costó el arresto, un juicio sumario y la muerte por guillotina. Su fidelidad hasta el final demuestra que el verdadero valor cristiano no se mide por las armas, sino por la obediencia a Dios por encima de cualquier ley humana injusta. Hoy, el beato Franz Jägerstätter es referencia y patrono moral de quienes, por motivos de conciencia religiosa, se niegan a participar en actos contrarios al Evangelio. ■



¿Cómo puede ser que el Dios del Antiguo Testamento sea el mismo que el del Nuevo Testamento?

Muchos pasajes de la Antigua Alianza rechinan a nuestros oídos por su violencia y falta de compasión. La clave para comprenderlos es la pedagogía que Dios ha usado con la humanidad hasta llegar al día de hoy.

POR **JUAN LUIS VÁZQUEZ DÍAZ-MAYORDOMO** | PERIODISTA

“No hay que hablar precipitadamente de un cierto endulzamiento progresivo de los hombres en el curso de la historia sagrada”, escribe Paul Beauchamp al principio de su obra *Los salmos noche y día*. Estas palabras sirven para enmarcar la perplejidad que causan en ocasiones determinados pasajes de la Biblia, sobre todo los del Antiguo Testamento, cuando se leen a la luz del Nuevo.

Para muchos, el Dios de la antigua alianza sería un Dios muy duro con los hombres, colérico e incluso cruel, capaz de exterminar naciones enteras para conseguir su propósito, y también de castigar a los suyos cuando no se someten a sus planes. En contrapartida, Jesús habría venido para aplacar a un Dios sediento de sangre, que solo en el último momento retiraría su mano para

dar su merecido a sus criaturas. Habría así, un Dios “malo” —el del AT— y un Dios “bueno” —el de Jesús— dependiendo de la página por la que uno abriera su ejemplar de la Biblia.

Si fuera así, habría que pasar de puntillas sobre determinadas expresiones y acciones de Jesús en el Evangelio, atribuibles más al Dios en su imagen más antigua que al de su versión más actualizada. Expresiones como “Ay de vosotros” o “sepulcros blanqueados” pronunciadas por Jesucristo no cuadrarían con esa actualización divina, como tampoco el episodio de Jesús armado con un látigo y recriminando con violencia la labor de los mercaderes del templo. Hay quien lo ha llamado “ira santa”, pero ¿sería posible adornar de santidad lo que en un hombre sería visto como debilidad al haberse dejado llevar por el pecado?

Una revelación progresiva

¿Es posible entender todo esto bien? Para hacerlo, hay que considerar el concepto de “revelación progresiva”, por el que Dios se hace patente a los hombres no de una sola vez y para siempre, sino a través de miles de años a lo largo de la historia, a generaciones distintas con modos de vivir y de leer los acontecimientos también distintos. Igual que Jesús dijo a los apóstoles: “Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora”, lo mismo sucede con la comprensión de Dios a lo largo de los siglos.

Las tribus que surgieron de Jacob habrían sido incapaces de valorar la Torá, al igual que David fue incapaz de valorar los dones que Dios le dio, al igual que los apóstoles fueron muchas veces incapaces de comprender en su totalidad la majestad de Aquel con quien convivían todos los días..., y al igual que muchas veces nosotros no valoramos en ocasiones dones como el mismo sacramento de la eucaristía y nos acercamos a la comunión distraídos.

Se trata de una pedagogía —otra palabra clave para la comprensión de este asunto— que Dios va llevando tanto con la humanidad entera como con el pueblo elegido, al igual que con cada una de sus criaturas, incluidos nosotros. Lo que no se puede hacer es caer en el moralismo de que el Dios del Antiguo Testamento es violento y el del Nuevo Testamento es pacífico, porque hay violencia en los dos y misericordia en los dos sitios también.

“Hay que evitar una visión simplista, porque muchas veces podemos entender un gesto de amor recio como si fuera violencia cuando en realidad no es así”, señala Luis Sánchez Navarro, catedrático de Nuevo Testamento en la Universidad San Dámaso. Para explicarlo, hace la siguiente comparación: “Cuando el pueblo se rebela contra la ley de Dios y no quiere

oír las palabras de los profetas, es necesario que estos digan palabras fuertes que a veces suenan como una amenaza. Sin embargo, su intención no es que esas palabras se hagan realidad, sino precisamente lo contrario: que no se tengan que cumplir”.

En este sentido se entienden expresiones como la de “Dios clemente y misericordioso, rico en piedad, que se arrepiente de sus amenazas”, y otras por el estilo que aparecen en las Escrituras. “De alguna manera, Dios amenaza para poderse arrepentir”, dice Sánchez Navarro; es decir, “pronuncia advertencias no con la intención de cumplirlas, sino con la intención de que no sea necesario cumplirlas, un poco al estilo de lo que hacen los padres con los hijos pequeños”.

“La cruz es la clave definitiva: en Cristo todo lo antiguo encuentra su sentido y lo que parecía oscuro queda iluminado”

Como un padre con sus hijos

En esta pedagogía de Dios con el pueblo de Israel como si fuera un padre con su hijo comprende incluso aquellos hechos bíblicos que cuentan por ejemplo el exterminio de pueblos cananeos a manos de Israel. El profesor de San Dámaso explica que “cuando estos acontecimientos se pusieron por escrito hacía ya mucho tiempo que esos pueblos habían dejado de existir, e Israel ya estaba instalado en la tierra prometida. La intención para el autor sagrado es simbólica,

porque lo que quiere es consignar el rechazo radical a la idolatría que suponía el contacto con aquellos pueblos”.

Lo que hay detrás siempre es “una lectura de la historia en clave teológica”, para subrayar “lo que nunca hay que hacer: entrar en alianza con los dioses paganos y con el paganismo”. Es en esta misma clave cómo los hechos antiguos se pueden llevar a la vida espiritual personal en el combate entre el pecado y la gracia: “Es como cuando habla san Pablo de la armadura del cristiano en su Carta a los Efesios: el creyente lleva unas armas consigo no para matar a nadie, sino para combatir el pecado con la fe, la paciencia, la esperanza, la palabra de Dios...”.

La cruz para entenderlo todo

Hay una clave más, en la que culmina todo ese proceso de figuras históricas que al fin y al cabo son imperfectas porque apuntan a un cumplimiento en Cristo. “El tema de la violencia hay que leerlo a partir de la cruz, que es la palabra definitiva”, cuenta Luis Sánchez Navarro. Desde esta perspectiva, toda la violencia del Antiguo Testamento se estrella en la cruz, y todo el horror se disipa en la mansedumbre del Cordero clavado al madero. “En Cristo se manifiesta el sentido de lo antiguo, de muchos acontecimientos cuyo sentido no parecía claro, porque se mezclaban muchas pasiones humanas y circunstancias muchas veces desordenadas”, explica el profesor de la Universidad San Dámaso.

De este modo, al leer desde el Nuevo Testamento las palabras del Antiguo, “uno se da cuenta de que junto a las amenazas aparecen las promesas de salvación. Hay toda una pedagogía detrás que apunta a Cristo”. Por eso, “con el Evangelio sucede como con las buenas películas. En estas el final te da la clave para la lectura de todo lo anterior. Y hasta que no llegas al final, no entiendes el principio”. ■



El “enfado” de Jesús en el Templo

Una de las mayores perplejidades de la vida de Jesús entre los suyos fue el episodio de los mercaderes en el templo de Jerusalén, lo que se ha dado en llamar “ira santa”. Lejos de entenderlo como un arrebató de furor, Luis Sánchez Navarro pone el foco en la pregunta de los judíos al Señor: “¿Qué signos nos muestras para obrar así?”.

“Al leer este pasaje te das cuenta de que los dirigentes y sacerdotes no se indignan contra Jesús por lo que ha hecho. Aquí hay que acudir al libro del profeta Zacarías, uno de los últimos del Antiguo Testamento. En su último versículo, hablando de los tiempos futuros, dice: “Aquel día no quedará ni un comerciante en el templo del Señor del universo”. Lo que tenemos aquí entonces no es un pronto ni un arrebató de ira, sino un signo mesiánico”, explica el experto. Lo que sucede aquí es “un gesto profético que habla de la purificación escatológica del Templo por parte del Mesías. No es que Jesús se enfade, es algo mucho más profundo: estamos hablando de que han llegado los últimos tiempos y hay que purificar el templo porque ya está aquí el Mesías”.

PREMIO ACdP DE NOVELA JOSÉ MARÍA PEMÁN

2025



Bases
DEL
CONCURSO



Silenciados por su Fe

La Persecución a los Cristianos

► DIMENSIÓN DEL PROBLEMA



1 de cada 7

cristianos sufre persecución en el mundo



1 de cada 5

cristianos es perseguido en África



2 de cada 5

cristianos son perseguidos en Asia



1 de cada 16

cristianos es perseguido en Hispanoamérica

+ 388 millones

de cristianos sufren altos niveles de persecución y discriminación debido a su fe



4849

Cristianos asesinados



3632

Iglesias y propiedades cristianas atacadas



4712

Cristianos detenidos

"Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia".

Artículo 18 de la Declaración de los Derechos Humanos



31 países

La libertad religiosa no está garantizada por ley



34 países

No se permite cambiar de religión



53 países

La presión social causa discriminación o persecución pese a leyes neutrales

64,7% países

de la población mundial vive en países con violaciones graves o muy graves de la libertad religiosa

24 PAÍSES sufren persecución

38 PAÍSES sufren discriminación

44 países

Han registrado muertes por motivos religiosos

29 países

Han registrado secuestros o detenciones forzadas por motivos religiosos

21 países

Se utilizan las redes sociales para propagar odio contra minorías religiosas

► PAÍSES CON PERSECUCIÓN EXTREMA

La Lista Mundial de la Persecución es elaborada por los analistas de Puertas Abiertas utilizando datos reales obtenidos por expertos sobre el terreno en 150 países:

- | | | | |
|--------------------|------------|----------------|------------------|
| 1. Corea del Norte | 4. Sudán | 8. Pakistán | 12. India |
| 2. Somalia | 5. Eritrea | 9. Libia | 13. Arabia Saudí |
| 3. Yemen | 6. Siria | 10. Irán | 14. Myanmar |
| | 7. Nigeria | 11. Afganistán | 15. Malí |

Reflexiones de los Evangelios



Cristo ante Pilatos
de Luca Giordano,
1655-1675. Museo
Nacional del Prado

Los sacerdotes Antonio María Doménech, Declan Huerta, Isidro Molina y Raúl del Olmo comentan cinco pasajes del Evangelio relacionados con la guerra.

Por la longitud de las lecturas de estos Evangelios reproducimos únicamente un fragmento. Te invitamos a leer el pasaje completo antes de leer estas reflexiones.

La realeza que no combate: Cristo ante Pilato

Lectura del santo evangelio según san Juan 18, 36



POR **P. ISIDRO MOLINA**

"Jesús le contestó: Mi reino no es de este mundo, si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado por mi para que no cayera. Pero mi reino no es de aquí."

En este diálogo entre Pilato y Jesús en el contexto de la pasión, se da una gran paradoja, donde Pilato no parece entender la condena que los judíos le piden que aplique a Jesús por declararse rey, es decir el Mesías de Dios, su Hijo, Dios y hombre verdadero. Auténtico escándalo para los judíos y motivo de burla irónica para un romano o un griego. Pilato lo interroga, y recibe esta respuesta del Señor: "para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad". El desenlace ya lo sabemos.

Pero qué hay detrás de esta respuesta, "mi reino no es de este mundo". Ríos de tinta se han vertido sobre el reinado de Cristo y sus múltiples interpretaciones. Sabemos por el Evangelio que Jesús rechazó el título de rey cuando se entendía en sentido político. Pero es cierto que ante la pregunta de Pilato: "¿Tú eres rey?", Jesús respondió: "Tú lo dices, soy rey". Aunque antes hubiera declarado que su reino no es de este mundo.

El reinado de Cristo y su realeza le vienen por la revelación y actuación que le da Dios Padre que gobierna todas las cosas con amor y justicia. Aquí tenemos que contemplar el origen de la revelación trinitaria. El libro del Génesis nos dice que Dios creó al mundo de la nada, en una creación muy particular, en un diálogo con su Espíritu sobre las aguas, durante siete días creó libremente todo lo que existe, terminado en Adán y Eva. El desarrollo del libro de los orígenes nos va narrando una

historia de paternidad, de sponsalidad y de fraternidad, donde el personaje principal es Dios. No hay más ley que el mandato originario de no comer del árbol prohibido que es muy pronto desobedecido, pero se reconoce un sagrado orden que viene del Creador, que es Padre, y que no deja de ser traicionado continuamente por todos los descendientes de Adán y Eva incluidos, a causa del engaño originario de la serpiente. Y no se nos ahorra nada, los patriarcas no son santos y vemos todas sus limitaciones en el relato de traiciones, mentiras, asesinatos... Queda claro el castigo de la expulsión del paraíso, su salida y se intuye un camino de regreso.

Pero detengámonos en el segundo relato de la creación. Episodio magnífico.

Se vuelve a contar la creación. La repetición de las cosas importantes es un continuo en la Biblia, tres veces se cuenta la conversión de Pablo, son innumerables las del Éxodo, cuatro Evangelios de la vida del Señor. Repeticiones donde siempre añade algo, no es mecánico.

Repetición para gustar internamente, para saborear como dice S. Ignacio en los *Ejercicios Espirituales*. En Gn 2 se habla del jardín y no del cosmos. Es una visión del hombre que domina la tierra.

Claves de este relato:

-La relación del hombre con la tierra.
En hebreo se ve, Adán (hombre) y Adama

(tierra) comparten la misma raíz. Más aún Adama es femenino como en castellano. Porque Adán es hecho de la tierra, está relacionado con ella, pertenece a la tierra. Y esto es importante porque este relato tiene en mente la tierra prometida. La imagen de que Dios plasma al hombre y lo planta en el Edén es como lo saca de Egipto y lo planta en la tierra prometida. Se concibe la creación a partir de lo que se está recibiendo de Dios.

La tierra es donde construimos casas, trabajamos el campo, es el ecosistema de relaciones donde se nos llama a la felicidad, la tierra es muy importante.

-Relación del hombre con el animal.

Adán pone nombre a los animales, es una forma de dominar. Nombrar es poder encajar. Hay aspectos del animal que están en el hombre, la velocidad del leopardo, la belleza del pavo real, la fortaleza del león, en los animales hay rasgos del hombre, pero el hombre no puede confundirse con el animal, tiene que dominarlo. Lo que no puede pasar es que el animal domine al hombre, como la serpiente que es capaz de dominar al hombre. Lo que no puede pasar es que la animalidad domine al hombre, que nos dejemos secuestrar y raptar nuestra dignidad.

La relación del hombre y el animal, por eso el hombre pone nombre, y es casi una prueba. Antes se le da a la mujer. Y luego crea los animales. Y Adán pasa la prueba. El hombre pone nombre y supera la prueba, luego sucumbirá al engaño y sometimiento de la serpiente.

-La relación hombre mujer. La central del relato. Adán y Eva. El hombre no encontró ayuda adecuada. Pero ha sido muy mal interpretada porque ayuda es de un superior a un inferior. Dios que presta ayuda a un inferior el hombre, se ha interpretado muchas veces como que la mujer es inferior, pero en todo caso sería al revés.

Pero no hay aquí interpretación machista. Es una ayuda como algo que está enfrente de él, que es semejante pero diferente. Tiene que mirarla para aprender y viceversa. Si nos fijamos el hombre/ varón no pone nombre a la mujer. El hombre reconoce a la mujer, no le pone nombre, no domina a la mujer, "será llamada mujer" que es una pasiva divina, el nombre se lo pone Dios. En hebreo es todavía más hermoso, es un juego de palabras que se pierde en la traducción.

Varón: "Ish" varona: "Ishya". Pero en castellano suena muy mal varona para mantener este juego. La unidad en la diferencia, los rabinos dicen que lo que les diferencia por ese "YA", que es n nombre reducido de Yahvé, lo que los une y vincula en Dios que está en medio de ellos.

"Ser llamados a una sola carne" no es tanto que también la unión marital, ni la unión afectiva, ni un solo corazón, sino una FAMILIA, son una sola carne en el hijo que los crea como familia. La familia recoge todo esto.

Interesante, que el hombre empieza a hablar cuando se encuentra con la mujer, antes puso nombre a los animales, pero no se menciona. Hay una relación entre la palabra y la diferencia sexual. La palabra brota cuando se encuentra con la belleza de la mujer.

Relación hombre tierra, hombre animal, hombre mujer y, por último:

-La relación hombre Dios. El relato recoge el primer mandamiento. "No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal". Pero hay que entenderlo. En el v. 9 se habla de dos árboles de la vida donde pueden comer junto con todos los demás, pero no del árbol de conocimiento que se interpreta como que el hombre decide lo que está bien o está mal. Se invita a la obediencia para comer. En los relatos babilónicos los hombres roban del árbol de la vida donde salen las medicinas. Aquí no

es así, Dios regala al hombre el árbol de la vida. Pero al mismo tiempo para ayudarlo en el camino para que sepa quién es él y quién es Dios le manda no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Es este equilibrio entre el don de Dios que siempre nos antecede y la ley de Dios que nos indica el camino que se nos muestra en el Gn.

"El día que comas morirás" pero veremos como Dios en su infinita misericordia no lo mata al instante, no provoca la muerte, sino que el perdón y la misericordia se abren camino en la historia del hombre.

El Libro del Génesis continuará narrándonos la historia de la descendencia de Adán y Eva, es una historia de familia de generaciones.

El segundo libro del Pentateuco, el Éxodo, es sin embargo un libro más político. Donde se nos cuenta la historia de Moisés y del pueblo judío sometido a esclavitud por los egipcios. De como Moisés escuchando a Dios libera por medio de Él al pueblo de la promesa.

Durante cuarenta años, el pueblo caminó por el desierto hacia la tierra prometida. El cuarenta es un número importante en la revelación. cuarenta días estuvo lloviendo en Gn con Noé, cuarenta días estuvo Moisés en el Sinaí para recibir la Ley, cuarenta años estuvo Israel en el desierto, cuarenta días estuvo Cristo también en el desierto para ser tentado. Es un número que evoca simbólicamente un tiempo de transición, de preparación para aprender a recibir, en este caso la tierra donde habitar con Dios.

Es el libro de Josué el que nos cuenta la entrada en la tierra prometida donde el don se convierte en tarea de recuperar lo perdido bajo la forma de la guerra.

Toda la Ley dada a Moisés será para el pueblo de Israel aprender a vivir

con Dios en medio de ellos, de ahí toda la liturgia del templo a la sinagoga. Se va revelando en los profetas, otra promesa, la llegada del Mesías.

La encarnación del Hijo de Dios, tiene la forma de la discreción, nacimiento en una cuadra a las afueras de Belén, la ciudad del Pan, su vida oculta, treinta años, en Nazareth, y solo tres años de vida pública. Es como si nos dijera el Señor que sus cosas pasan por lo pequeño y requieren atención como los Magos de Oriente que, mirando el firmamento, deducen por observación y gracia que algo grande acontece en la tierra de los hebreos. Los obsequios de los Magos que nos hacen ver que reconocen a un rey (oro), al que hay que adorar porque es Dios y hombre (incienso) y que sufrirá por nosotros y nuestra salvación (mirra).

A lo largo de los Evangelios se nos revelará que Él es el Mesías, el rey de los judíos, el Hijo de Dios. Esta es la acusación que lo llevará a la cruz.

"En Mt 25, 31-36 se insiste precisamente en la realeza universal de Cristo juez, con la estupenda parábola del juicio final, que san Mateo colocó inmediatamente antes del relato de la pasión. Las imágenes son sencillas, el lenguaje es popular, pero el mensaje es sumamente importante: es la verdad sobre nuestro destino último y sobre el criterio con el que seremos juzgados. "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis" (Mt 25, 35), etc. ¿Quién no conoce esta página? Forma parte de nuestra civilización. Ha marcado la historia de los pueblos de cultura cristiana: la jerarquía de valores, las instituciones, las múltiples obras benéficas y sociales. En efecto, el reino de Cristo no es de este mundo, pero lleva a cumplimiento todo el bien que, gracias a Dios, existe en el hombre y en la historia. Si ponemos en práctica el amor a nuestro prójimo, según

el mensaje evangélico, entonces dejamos espacio al señorío de Dios, y su reino se realiza en medio de nosotros. En cambio, si cada uno piensa sólo en sus propios intereses, el mundo no puede menos que ir hacia la ruina.” Benedicto XVI, Ángelus del 23 de noviembre de 2008.

Volviendo a la pregunta de Pilato a Jesús durante el juicio: “¿Tú eres rey?“, Jesús afirma claramente que lo es, pero no de este mundo. Deja claro que su realeza no tiene nada que ver con los reinos de la tierra. Ya en sus tentaciones del desierto, rechaza la de Satanás cuando este le ofrece entregarle todos los reinos de la tierra si se postra ante él y lo adora. Jesús ve en tal ofrecimiento una tentación opuesta a la voluntad del Padre.

A lo largo de la historia de la Iglesia, el intento de «manipular» la realeza de Cristo con pretensiones políticas ha sido una tentación que revive de tiempo en tiempo. También se ha identificado a la Iglesia como el reino de Cristo, su aspecto temporal como institución humana a veces muy pesada en sus instituciones, cancillerías, tribunales... Muchos se han planteado una Iglesia sin Iglesia, espiritualizada, desencarnada. Esta dualidad no se daba en la antigüedad, lo que se daba era el contraste de los dos poderes, el temporal y el espiritual siempre en tensión. A lo largo de la historia de la Iglesia se ha dado exceso de Iglesia clericalizada, también Iglesia identificada o muy asimilada con el poder temporal que quizá sea el riesgo de nuestros días, como con el Antiguo Régimen, hoy con las agendas de turno. Volver al origen es el consejo de Cristo, Mt 19, 8 “pues en el principio no fue así”.

Jesús, como él mismo dice, ha nacido y venido para ser rey, pero su realeza es la del «testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). De ahí que defina a los súbditos de su reino con estas palabras: «Todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18, 37). Este criterio de

discernimiento para saber si pertenecemos al reino de Cristo es decisivo. Y es evidente que en tiempos en que se rechaza tanto la verdad en sí misma como la verdad cristiana (que, dicho de paso, son inseparables) es un obstáculo difícil de superar para pertenecer al reino de Cristo, que se sustenta en la verdad y florece en la justicia, la paz y la caridad. Hoy hay un reino que sí se expande en todos los ámbitos de la vida social: es el reino de la mentira. Se ha institucionalizado de tal manera que constituye el «poder» por excelencia. También Jesús conoció este reino cuando en sus debates públicos con las autoridades religiosas de Israel define a Satanás con estas palabras: «Cuando dice la mentira, habla de lo suyo porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44). Y Jesús entiende su propio ministerio y, especialmente, su muerte como una lucha contra él: «ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera» (Jn 8, 31).

Cuando los cristianos confesamos la fe en la realeza de Cristo afirmamos la verdad de su persona y de su enseñanza y participamos de su poder. Y estamos persuadidos de que esta verdad es para todo hombre que quiera acogerla como venida de Dios. De ahí que, durante el juicio ante Pilato, un asunto importante es el origen de Jesús: «¿De dónde eres tú?» (Jn 19, 2). Jesús viene de arriba, de lo alto, de Dios. Su palabra está refrendada por el Padre. Quienes lo acogen, acogen a quien lo ha enviado. Esta es la clave para entender la realeza de Cristo y la decisión de Cristo por la verdad. Por eso hay que saber discernir cuándo la verdad está en peligro, cuándo se la niega ostensible o sutilmente, y cuándo se la manipula hasta el punto de identificarse con ella como categoría de conducta política. *Amicus Plato sed magis amica veritas* (Platón es un amigo, pero la verdad es aún más amiga), dice un adagio latino que hoy por desgracia resulta obsoleto. ■

Perseguidos por el bien

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 11-12



POR **P. ANTONIO MARÍA DOMÉNECH**

“Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.”

A veces, ante las reflexiones evangélicas, no debemos olvidar lo evidente, ni darlo por supuesto. Cuando decimos “nadie tiene Amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn. 15,13), es imprescindible considerar que para vivirlo bien, lo primero que hace falta es TENER AMIGOS. Aquí sucede lo mismo. No es sencillo que nos persigan y calumnien. No suele ocurrir. En general, sí. Por supuesto. Con la marginación de la Fe, la ridiculización en los medios de comunicación, etc. Pero, ¿en particular? Lo primero que hace falta para alegrarnos y regocijarnos es que nos insulten, persigan o calumnien. Pienso que, cuando sucede, hay que verlo como una oportunidad, como una ocasión, en la que, lo primero que debemos hacer es levantar el corazón a Dios y rezar por aquellos que lo hacen. La calumnia que más duele no suele venir de las instancias políticas, ni siquiera en el ámbito profesional. La persecución que más duele es la de los tuyos. Aquellas persecuciones que aparecen en el ámbito de la parroquia, de la diócesis, de los grupos de evangelización, cualesquiera que sean. No hay que olvidar que el diablo es el padre de la mentira y de la división.

Si te ha ocurrido alguna vez, si te está ocurriendo, no se trata de alejarte; se trata, quizás, de tener paciencia, de esperar que pase la tormenta, de acercarte más al Señor y pedirle a Él ponga la solución. Eso no sería quietismo sino confianza. Cuando nos dice que no preparemos nuestra defensa porque el Espíritu hablará por nosotros, no lo dice como un refrán espiritual bienintencionado. Lo dice porque cumple su palabra. Quizás se resuelven las cosas más lentamente de lo que nos gustaría, pero es común en la vida de los santos que, cuando los han perseguido, siempre ha sacado Dios, en su infinita Providencia, bienes de los males, y siempre acaba brillando la verdad.

Por ese motivo, desde estas líneas, te invito a rezar por todos aquellos sacerdotes, religiosos, laicos, que son perseguidos de cualquier manera por hacer el bien. Que el Señor no aplique las palabras del profeta Isaías: “Ay de los que al bien llaman mal” (Is. 5, 20) y tenga misericordia de ellos, y que esas pequeñas trabas nunca frenen a aquellos que caminan en primera línea en la evangelización, predicando la verdad sin ceder a las presiones del mundo o del demonio. ■

El final de la historia no vendrá de la mano de una guerra

Lectura del santo evangelio según san Marcos 13, 7-8



POR **P. DECLAN HUERTA**

Cuando oigáis hablar de guerras y noticias de guerra, no os alarméis. Todo esto ha de suceder, pero no es todavía el final.

Jesús trató sobre muchos de los males del mundo de los hombres y, entre ellos, reservó palabras para la guerra. No rechazó el uso de un lenguaje marcial en determinados momentos de su enseñanza, y trató la guerra como una realidad que se haría presente en la existencia de los discípulos del futuro. Así, presenta la guerra como un hecho que nos acompañará tanto como la pobreza. Jesús mismo nos recuerda que ante las guerras o noticias de guerras no debemos alarmarnos; tienen que suceder. Casi podríamos decir que las tendremos siempre con nosotros – como los pobres –, pero Jesús mismo nos recuerda que no tendrán la última palabra. Sin desdramatizar su fuerza destructora, nos asegura que no provocarán el final de la humanidad. Fíados de su palabra, resulta un alivio.

Desde el ejercicio profético con el que habla a sus discípulos, nos muestra cómo la guerra revela también qué hay en el corazón del hombre. El conflicto de un pueblo contra otro o de un reino contra otro no deja de ser una manifestación aumentada de la división que augura entre los hombres: dos contra tres, padres contra hijos, nueras contra suegras y sus respectivas vueltas en forma de

venganza. No deja de ser también un alivio comprobar que esta suerte de males queda alineada con los desastres naturales como los terremotos o las hambrunas, adentrándose en ese espacio misterioso de las limitaciones naturales toleradas por la paciencia divina, incluso en la estructura misma de la creación, ya sea por la experiencia del límite físico, ya sea por la experiencia de la introducción del pecado en la creación misma y sus consecuencias.

Si Jesús es Señor de la historia, entonces es más fuerte que hasta los más fuertes de los conflictos vividos y por vivir del hombre. No es la preocupación última de Jesús respecto de sus discípulos. Tienen que suceder. Lo que le preocupa en verdad es que dejemos de confiar en su señorío, que no prestemos fe en que Él será, por medio de su Espíritu, nuestro defensor. Le preocupa que le demos al pecado, aunque lleve el nombre de guerra o persecución, una eficacia y una fuerza mayor que su cuidado providente. Le preocupa que en algún momento del camino dejemos de perseverar en la fe, de creer en Él. Nos ha hablado del más disparatado de los males del hombre, la guerra, porque también ahí será Él quien tenga la última palabra. ■

La batalla entre el espíritu y la “carne y la sangre”

Lectura del santo evangelio según san Lucas 12, 49-53



POR **P. RAÚL DEL OLMO**

“¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división”.

El sentido literal de estas palabras parece invitar a la guerra y hasta a la destrucción de la familia... Pero se trata una vez más de dejar de vivir de “la carne y la sangre” para acceder a la vida en “el espíritu”. El bautismo que tanto desea Nuestro Señor –a pesar del cruento precio que iba a pagar– es el bautismo en el Espíritu Santo que nos iba a suponer a todos los seres humanos la apertura del cielo y la amistad eterna con Él.

Ese bautismo exige una transformación que será un tema recurrente en el magisterio de san Pablo, “transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios”. Se trata de vivir desde la fe en Jesucristo, no desde la “carne y la sangre”. Esa transformación nos hace arrodillarnos ante un pedazo de pan ácimo consagrado, que se ve, se palpa y se gusta como pan, pero que –mediante los ojos de la fe– sabemos que es Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué? Porque la fe trae el cielo a la tierra y renovamos nuestra mente para vivir esa “vida en el Espíritu” y hacer real la transformación que la redención de Nuestro Señor supuso para toda la creación. Pedro caminó sobre las

aguas desafiando la ley de la gravedad (mientras le duró la fe), los enfermos sanan desafiando las leyes de la biología, los muertos resucitan, los demonios huyen, las personas se aman... Y todo porque hay cristianos con fe que ven el mundo como Cristo pidió que lo hiciésemos.

El choque de vivir con ojos de la fe y vivir con ojos de este mundo desata una reacción inevitable que el mal azuza: la humillación, la burla, la incomprensión y hasta la persecución. Ocurre no sólo entre paganos y creyentes sino en el seno de nuestra Iglesia donde posturas religiosas más racionales y frías miran con recelo a aquellos que tratan de vivir según el mensaje de Jesucristo. Es un combate inevitable y misterioso porque la fe es un don, pero como todo don está en semilla y requiere de nuestra libertad y asentimiento interior para hacerse realidad. Así de delicado es el Señor, y es la única manera de que lo inferior se pueda elevar a la vida plena de Cristo. Y la clave para vencer ese combate es el amor, paciente y anhelante –“cuánto deseo que ya esté ardiendo”– que sufre en espera hasta que el fuego del Espíritu alcance los corazones de aquellos que nos persiguen. ■

De la guerra justa, a la guerra sin sentido



POR **JAVIER BARRYCOA** | DOCTOR EN FILOSOFÍA Y PROFESOR
DE CIENCIAS POLÍTICAS EN LA UNIVERSIDAD CEU ABAT OLIBA

La guerra siempre ha sido un drama y una tragedia que apela a la naturaleza caída del hombre y cuyo primer efecto devastador fue el asesinato de Abel por parte de Caín. El inevitable desgarró de la guerra en la historia de la humanidad, no permite otorgar credenciales al *irenismo*, siempre condenado por la Iglesia. Con otras palabras la creencia de que la paz en el mundo se puede lograr por el mero esfuerzo humano, no es idea cristiana. La paz mundial y perpetua que soñaba Kant, como fruto de las leyes del progreso de la historia, fue negada por el Magisterio pontificio. Sólo Cristo podía traer la verdadera paz. Y así rezaba el lema pontifical de Pío XI: “La paz de Cristo en el Reino de Cristo”. La Iglesia, madre y

maestra, y que conoce mejor que nadie la naturaleza humana, quiso humanizar el hecho de la guerra entre los considerandos del derecho y la moral. La temperancia de la naturaleza humana dio lugar a aquellas teorías, tan fundamentales como olvidadas hoy en día, de la guerra justa.

El pensamiento católico no fue parco ni timorato a la hora de abordar semejante tema. De hecho, son cientos los textos veterotestamentarios que revelan la voluntad de Dios y la manifestación de su fuerza –incluso guerrera– ante las injusticias. Van, por ejemplo, desde la destrucción del ejército del faraón que persigue al pueblo de Israel a la guerra de los Macabeos. Ya en los santos padres, como san Agustín, encontramos

desarrollada la teoría del *bellum iustum* y este designa, en su *Contra Fausto*, que “el orden natural postula que la autoridad y la deliberación de aceptar la guerra pertenece al príncipe”. No son pocos los grandes teólogos como santo Tomás de Aquino o san Roberto Belarmino que establecieron cuándo y cómo era legítima la guerra justa, que abarcaba desde el derecho a la defensa, la venganza de las injurias, la restitución de derechos legítimos y una larga casuística. La Escuela de Salamanca, desde sus magistrales *Reelecciones de Indias* de Francisco de Vitoria, hasta los tratados de Suárez, acotaban y establecían los términos éticos de una guerra justa, al igual que los de la condena de la guerra injusta e incluso del derecho a la resistencia al poder tiránico.

Ante la inevitabilidad de la violencia, la Iglesia quiso debatir y establecer una dignidad moral en aquel terreno donde precisamente la propia inercia de la violencia podía llevar a la más cruel de las inmundicias. Frente al protestantismo que, en su versión revolucionaria animaba a sublevarse contra cualquier injusticia y desigualdad social; y que, en su versión dócil, llamaba a la sujeción a cualquier precio al poder tiránico, nuestro Jaime Balmes supo teorizar magistralmente cuál debía ser la correcta doctrina al respecto. Como colofón a muchos siglos de reflexión y ponderación, el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC) sintetizó las condiciones de la guerra justa: ella se ha de ordenar siempre a la búsqueda de la paz y la defensa legítima; hay que objetivar la causa; debe ser decidida por una autoridad legítima, con una intención recta (restaurar la paz) y siempre como último recurso: Además, se debe evaluar la probabilidad de éxito y que los males que se derivaran no sean peores que la guerra misma.

“ La Iglesia, madre y maestra, quiso humanizar el hecho de la guerra desde el derecho y la moral, dando lugar a la doctrina —hoy olvidada— de la guerra justa”

Los que piensan que la guerra en una anomalía, más que una constante en la historia, condenan sin paliativos dos figuras propiamente cristianas: el mártir y el cruzado. Bajo el paradigma del pacifismo y el falso ecumenismo, parece que la figura del mártir ya está en desuso. Poco recordamos aquella reflexión de Tertuliano que ponía el milagro de la supervivencia de la Iglesia en sus mártires. El martirio es una gracia, ciertamente. Y es cierto que la patristica reconocía el deber de huir del martirio si ciertas circunstancias lo aconsejaban. No buscar el martirio, no impidió que surgiera la figura de los confesores de la fe: aquellos que fueron torturados y mutilados por confesar la fe. En el Concilio de Nicea, el primer concilio tras las terribles persecuciones, provocó escenas dantescas al presentarse muchos padres conciliares, como san Espiridón, mostrando sus heridas y mutilaciones que habían sufrido en nombre de Cristo. La deformidad humana de la violencia, no obstante, mostraba la belleza de la fe no negada.

Pero el martirio tiene muchas dimensiones y alguna enlaza con la guerra justa. Santo Tomás de Aquino señala las derivadas de la virtud de la *piEDAD*, esto es el deber para con los padres. En esta virtud incluye, en las obligaciones del cuarto mandamiento, el deber para con la patria. En los distingos propios de la *Suma Teológica*, el Aquinate se pregunta si cuando un hombre muere por su patria, a eso se puede considerar martirio. Y sorprendentemente contesta que sí. El argumento es que aunque uno no muera explícitamente por la fe, pero sí por virtudes que a ella atañen, como la piedad, o la castidad entre otras, entonces estamos ante un martirio. No es de extrañar pues que, a partir del siglo IV, los grandes pensadores cristianos alabaran las virtudes de la milicia. En nuestros tiempos, allá por 1968, Mons. Guerra Campos dirigió un discurso desentrañando la alta moralidad del servicio de armas por una causa justa. Y así definía el alma del soldado cristiano: “este espíritu es manifestación del amor sacrificado hacia los demás; no de la blandenguería, no de la inhibición, no de la pasividad cobarde, aunque se vistan con los ropajes de la belleza evangélica. El amor cristiano no es un amor blando, sino fuerte: si el amor a los demás necesita el uso servicial de la fuerza, es el mismo amor evangélico el que reclama esa fuerza”. Estas palabras cobran más significación si tenemos en cuenta el *sesentayochismo* reinante y sus falsos cantos de sirena respecto a una paz mundial (a través de la lucha de clases, claro).

Por mucho que ciertas “primaveras” anunciaban que la Iglesia había de renegar de su pasado, lo cierto es que no puede olvidar su historia. En ella destaca la figura del cruzado. Mucho se ha denostado la

palabra cruzada y la figura del cruzado, pero ello no le resta grandeza. Igual que la Iglesia quiso establecer las normas mínimas para dignificar la inevitable violencia entre los pueblos, las órdenes militares tuvieron que someterse a la estricta observancia del papado y de las normas que dictaban su constitución. No sólo del papa, sino además debían ser supervisadas por la autoridad real. En ellas se conjugaron dos tipos de hombres: el monje y el caballero. Su sujeción a los votos, templaban las pasiones, Y ostentaban como broche de honor el servicio y cuidado de los peregrinos a Tierra Santa. Y. cómo no, aplicaron en su sentido pleno, el hecho de la guerra justa. Podemos entrar en estériles discusiones sobre la conveniencia o no de las cruzadas. Pero estas existieron y su espíritu pervivió hasta bien entrado el siglo XX, como demostraron los cristeros mejicanos. Chesterton, Belloc y tantos y tantos católicos de renombre, supieron ensalzar las virtudes del monje soldado, una figura que el mundo pálido de hoy no puede aspirar a comprender.

“ Las guerras contemporáneas ya no son trágicas, sino nihilistas: deshumanizadas, decididas en la sombra y ejecutadas sin honor, sin rostro y sin conciencia moral”

Existieron unos tiempos, repetimos, en que la inevitabilidad de la guerra no impedía que la Iglesia planteara reflexiones profundas sobre la honorabilidad de los combatientes, la comprensión de las desgracias de los enemigos, la clemencia para con los vencidos, la valoración de la justicia o injusticia que habían llevado al conflicto o la legalidad del mismo. Pero este “estar” ante la guerra, hoy es casi imposible. Con toda su crudeza, actualmente los conflictos armados esconden sus intereses reales; se revisten de causas legítimas, pero se desdibujan las motivaciones casi exclusivamente depredadoras. Si en los tratados medievales se exigía la legitimidad de un príncipe para declararla, hoy en día los conflictos bélicos se deciden en anónimas corporaciones, oscuros *think tanks* y descontrolados funcionarios de los estados profundos que rigen las grandes potencias mundiales. Los duelistas de antaño reivindicaban dirimir en lidia legítima posibles deshones. Hoy los pueblos no reivindican participar en conflictos que puedan considerar legítimos, sino que se ven arrastrados por estrategias geopolíticas innumerables e incomprensibles a las guerras que nunca podrán llegar a comprender.

Los códigos de honor que rigieron durante siglos en los campos de batalla, hoy han sido sustituidos por declaraciones y códigos de cómo deben ser las guerras “democráticas”. Pero evidentemente son reglas internacionales que, por definición, nadie piensa cumplir y todos quieren trampear. El enfrentamiento a muerte entre hombres, siempre tuvo mucho de horroroso y mucho de trágico. Pero es quizá en esos terribles momentos, cuando el hombre frente al hombre, se confronta con el drama de la humanidad y de la historia. Cuando más evidente en la manifestación del pecado del hombre en la guerra,

también más evidente es la necesidad de redención de nuestras miserias. No en vano, en algunas culturas, el enemigo que ha combatido valientemente es admirado, y muchas veces agasajado. Pero ¿cómo asomarse a este drama existencial si cuando el combatiente lo que tiene delante es un dron que te va a matar sin la menor conciencia de por qué te mata. Y al otro lado, un joven recluta, como quien tiene en sus manos un videojuego, decide eliminarte sin el menor asomo de conflicto moral. Las guerras siempre han sido terribles y por ende plenamente exponentes del drama humano, pero ahora son nihilistas y desencantadas. Decimos que la guerra es inhumana. En realidad, siempre fue la más clara expresión de la humanidad caída. Pero por primera vez en la historia, la guerra es desoladoramente “deshumana” y no acepta que nadie pretenda entenderla y condicionarla desde una perspectiva ética o religiosa. Las élites mundiales, en un fatídico momento, decidieron que la paz perpetua de Kant, debía ser sustituida por el “conflicto perpetuo” como motor de la economía y el poder. En este mundo, ya no caben las guerras justas, ni los mártires, ni los cruzados. ■





En buena guerra



POR **FABRICE HADJADJ** | ESCRITOR Y FILÓSOFO

Juego de niños

Ciertamente, el gran drama de la guerra es este: impedir a los niños jugar a la guerra. Mientras llueven balas y bombas, se vuelve mucho menos divertido empuñar una pistola de plástico y gritar con alegría: “¡Pum! ¡Estás muerto!”. En esas circunstancias, el niño que dispara está tentado de coger una pistola real y el niño que se derrumba está incómodo de hacerlo entre muertos de verdad.

Esto no se aplica sólo a los niños. También afecta a sus maestros. El aula ya no es un lugar seguro. La voz no puede hacerse oír por encima del ruido de

metrallas y explosiones. ¿Cómo, en tales condiciones, enseñar la *Ilíada*? También, los adultos cuentan y comentan contentos historias de guerras sangrientas, unas veces de pie en una cátedra alta y otras sentados en un sillón acogedor. A esto se le llama Humanidades.

¡Siempre y cuando la sangre siga fluyendo! Ficticiamente, por supuesto, no fácticamente. Para los muchachos que dejan cabalgar su imaginación en tiempos de paz, pocos juegos hay más ilusionantes que matar a los malos y cortar la cabeza de monstruos sin corazón. Para los profesores que desarrollan su razón en esos mismos

tiempos, pocas reflexiones hay más relevantes que meditar sobre la guerra y saborear el terror y la piedad provocados por las antiguas tragedias.

Dominar hasta el corazón

Sin embargo ¿qué significa ese entusiasmo? ¿Impulso a la ferocidad o deseo de justicia? ¿Voyerismo ante el horror o apertura hacia la compasión? El problema es que en realidad los malhechores nunca son el mal puro—que siempre tiene una existencia parásita—y el monstruo esconde un corazón bajo su dura piel, con una madre y, tal vez, hijos.

He aquí lo más problemático: la posible conversión del enemigo. Todo sería mucho más simple sin la conversión de Saulo de Tarso a san Pablo. Bastaría con apedrear a Saulo como apedreó a Esteban, y volver a casa con una conciencia tranquila, llegando a Damasco sin caer del caballo.

La mera intención de dominar al adversario nos devuelve al mismo problema. Para dominarlo totalmente, no basta con vencer su cuerpo, también hay que vencer su alma. Si lo dejas morir en su error u odio, quizá lo detenga de hacer daño, pero le doy la razón: hago que su odio y error sean inmutables para él, quedan fijados definitivamente en la muerte. Ahora bien ¿cómo se vence un alma? No hay otras armas que las del desarme: la inteligencia y el amor.

De repente, en el mismo momento que caigo en la cuenta de tal exigencia, veo la debilidad de mi rabia y de mi armamento material. Comprendo que también debo luchar contra mí mismo, contra mi apetencia de acabar con el adversario de una vez por todas con una simple bala en la cabeza o una franca puñalada en el corazón. Entonces empieza el combate espiritual, “más brutal que la batalla de los hombres”, dice Arthur Rimbaud al final de su *Temporada en el infierno*.

“ Para dominar totalmente al adversario, no basta con vencer su cuerpo: también hay que vencer su alma ”

Crisol de la virtud...

El mayor drama de la guerra es hacernos olvidar este combate espiritual. Cuando la pasión bárbara y el poder mecánico nos abruman. Cuando el enemigo ya no tiene rostro y el amigo ya no tiene entrañas. Pero este olvido, como saben, también existe en la comodidad. Un perfume suave puede tener efectos tan devastadores como el gas mostaza (aunque la devastación—hemos de resaltar esa diferencia—no sea la esencia del perfume). Los autores espirituales a menudo nos han advertido sobre los peligros de la seguridad. Antonio Machado sugirió que la España que bosteza es tan perjudicial como la España que muere. Hasta tal punto que a veces solo los estampidos de las armas nos despiertan y nos sacan de la dulzura de los anestésicos. Españolito, ¡ten miedo del sofá cama!

¿La guerra destruye necesariamente las virtudes? ¿No sería más bien el lugar de su forjadura? Werner Jaeger lo afirma en su libro *Paideia*. Presenta la *Ilíada* como el crisol de la mentalidad griega. La *areté*, que el latín tradujo como virtud, se asemeja al nombre de Ares, el dios de la guerra. Al inicio, se refiere a la excelencia en las batallas, de modo que el principio

de todos los valores es la valentía. Esta solo puede revelarse en la adversidad, a través de la resistencia a los asaltos que sufro, mas también a los que puedo hacer sufrir a otros. Paciencia y clemencia son las dos caras de su medalla.

El afán por la valentía derriba las murallas mejor que cualquier máquina de asedio. No se trata tanto de energía física como de una conciencia súbita que excede la relación de fuerzas entre las partes beligerantes. Porque la valentía puede encontrarse en el bando rival no menos que en el mío. El perfecto guerrero de la *Iliada* no es un griego. Es Héctor, el troyano. Así el enfrentamiento, que comienza con el odio, se continua en respeto. El choque de los dos ejércitos particulares excava un camino hacia el universal: la virtud, que no es propiedad de un pueblo, sino que se halla en ambos lados de la línea de frente.

“ El mayor drama de la guerra es hacernos olvidar el combate espiritual ”

... o cruz del arrepentimiento

En su ensayo *La Iliada* o el poema de la fuerza, tan breve y luminoso como el rayo de una banderilla, Simone Weil propone una lectura completamente

opuesta a la de Werner Jaeger. La guerra, con su mecánica de represalias, lleva irresistiblemente al ascenso a los extremos. La fuerza convierte a las personas en cosas. También transforma la compasión en compulsión de venganza sin vergüenza: abatidos, mis compañeros de armas no solo llaman a mis lágrimas, sino también a la sangre. Ojo por ojo, hasta la ceguera. Diente por diente, hasta que el duro mundo no sea más que mordedura.

El objetivo inicial pronto se pierde de vista. No basta con que Helena regrese a Esparta. Es menester borrar a Troya del mapa. Es preciso eliminar a los troyanos hasta el pequeño Astianacte. No hay nada mejor que el sentimiento de librar una guerra justa para llegar al exterminio total. En verdad, no son tanto los vencidos quienes se vuelven manipulables y desechables, sino los vencedores. Estos también se convierten en cosas, y más profundamente que aquellos, porque se trata de su propia voluntad, aunque sea en la ensordecedora embriaguez de la victoria. La furia nubla su juicio. El triunfo lo opaca por completo. Ya no responde: reacciona. Su pensamiento, en el mejor de los casos, se reduce a cuestiones de táctica.

¿Y qué al final? Un montón de cadáveres. Un río de sangre en el cual quienes no quisieron acercarse vivos se mezclan muertos. Y ese héroe solitario, cuyo trono es un treno, cuyo reino es una ruina. Es decir (o gemir), una inmensa piedad que lo envuelve todo. Y con esta piedad, la certeza de que el ganador es el primer perdedor y de que el hombre sin gracia, por muy fuerte que sea, pronto será aplastado por la piedra de su corazón. ¡Ojala entremos en la guerra espiritual, antes de que la material nos desnude hasta el hueso! ■

La Balsa de la Medusa,
de Théodore
Géricault, 1818-19.
Museo del Louvre

La guerra justa en tiempos de guerras híbridas



POR **RICARDO RUIZ DE LA SERNA** | PROFESOR DE HISTORIA DEL MUNDO ACTUAL DE LA UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO

Vivimos en un tiempo en que la guerra ya no es una excepción, sino un paisaje. Según el Uppsala Conflict Data Program (UCDP) en la actualidad hay más de cincuenta guerras activas en el mundo –en concreto cincuenta y nueve– lo que supone el número más alto desde 1946. El informe *Conflict Trends: A Global Overview, 1946–2023* de PRIO subraya que esos cincuenta y nueve conflictos se repartieron en treinta y cuatro países, que en su mayor parte están en Asia y África. Algunos otros informes elevan la cifra hasta sesenta y un conflictos. En todos ellos se considera guerra aquel conflicto en que mueren más de mil combatientes al año.

Algunas de estas guerras son conocidas por la opinión pública mundial y frecuentan las portadas de los periódicos y las tendencias de las redes sociales. Las de mayor intensidad han sido en los últimos años la de Ucrania –aunque convendría precisar que nos referimos a la invasión de 2022 toda vez que la guerra empezó

mucho antes– y la operación militar israelí de 2023 contra la infraestructura de Hamás en la Franja de Gaza después de los atentados terroristas de 7 de octubre de aquel año, que a su vez se enmarca en el conflicto palestino-israelí que se remonta a 1948 (algunos estudios sitúan su inicio incluso antes). Otras guerras que gozan de la atención del mundo –aunque en menor medida– son la de Sudán –librada desde abril de 2023 entre el Ejército sudanés y las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF) y que ha producido una catástrofe humanitaria de proporciones colosales– y la de Birmania, donde después del golpe de Estado de 2021 grupos opositores y étnicos combaten al ejército birmano.

Ciertas zonas del mundo concentran varias guerras. Por ejemplo, en el continente africano –además de la de Sudán– se combate en el Sahel (Burkina Faso, Mali, Níger), donde se registran enfrentamientos entre gobiernos, grupos yihadistas y milicias

locales, y en la República Democrática del Congo, que viene luchando desde hace años contra organizaciones yihadistas y grupos armados apoyados desde el extranjero. En el Oriente Próximo, la caída del régimen de Bashar el Asad no ha conducido a una pacificación del país y países como el Yemen y el Líbano se encuentran en una zona gris.

La guerra ha evolucionado desde el surgimiento del orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial y que ahora se está resquebrajando. La Guerra Fría supuso la lucha entre los dos grandes bloques políticos, económicos y militares —el estadounidense y el soviético— al tiempo que se destruían los grandes imperios europeos (el británico, el francés, el neerlandés, el belga, el portugués), se organizaban los Países No Alineados y resurgían grandes potencias como la India y China. Aquellas décadas de lucha entre los bloques vieron ya conflictos en que no se enfrentaban ejércitos regulares desplegados en el campo de batalla, sino también movimientos guerrilleros, organizaciones terroristas y grupos subversivos más o menos dirigidos por uno u otro bloque. Esta tendencia se ha intensificado con la entrada en escena de ejércitos privados organizados por compañías de seguridad, que a veces son simplemente pantallas del poder de los Estados.

“ Vivimos en un tiempo en que la guerra ya no es una excepción, sino un paisaje ”

Campo de refugiados en Chad en relación con la guerra en Sudán. Fotografía por Voice of America el 16 de mayo de 2023.

En los conflictos, al uso de las armas se suman la guerra económica, la propaganda y la ciencia y la tecnología. Desde la Guerra Fría, las Naciones Unidas y las organizaciones regionales brindan nuevos espacios de enfrentamiento en que ya no se combatía por la eliminación física del adversario, sino por su debilitamiento moral, su empobrecimiento económico o su fractura nacional. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas dispone del formidable poder de determinar amenazas a la paz o actos de agresión, Imponer sanciones y medidas coercitivas y, en fin, autorizar el uso de la fuerza, lo que implica hasta hoy la aprobación de operaciones militares o el despliegue de fuerzas para mantener o restaurar la paz internacional. La Asamblea General daría voz y voto a la mayoría de los países del mundo carentes del arma decisiva después de Hiroshima y Nagasaki: la bomba atómica.

Las guerras se han ido volviendo multifacéticas, poliédricas y vidriosas. En adelante, combinan acciones psicológicas, medidas económicas, ofensivas políticas o diplomáticas e incluso operaciones que, son pretexto de la defensa de los derechos humanos o el medio ambiente, servirían para desestabilizar al oponente creando una crisis humanitaria o un desastre ambiental. Ya no hay frentes de batalla definidos, ni vanguardia ni retaguardia. Incluso la distinción entre civiles y militares se ha



ido diluyendo toda vez que las sanciones económicas, la carestía de alimentos o la creación de un desequilibrio demográfico mediante la inmigración o los refugiados afectan a toda la población de un país sea o no combatiente. El campo de batalla, por otra parte, también puede ser digital.

Así, las “operaciones en zona gris” o híbridas revisten, sin duda, las características de una guerra empezando por el número de muertos aunque rara vez impliquen a tropas uniformadas. Por ejemplo la guerra híbrida emprendida por Arzerbaiyán contra los armenios del territorio de Nagorno-Karabaj, que en armenio se llama Artsaj, ha supuesto la erradicación de la presencia armenia. Hay más de cien mil desplazados en la República de Armenia expulsados de la que ha sido tierra armenia desde hace más de veinticuatro siglos. Desde este punto de vista, se impone la atroz conclusión de que la “operación en zona gris” contra los armenios fue un éxito. Ahora se están borrando las huellas de más de dos mil cuatrocientos años de vida armenia en Nagorno-Karabaj. El proceso de reescritura de la historia y de reconstrucción de la memoria ya se está poniendo en marcha.

Es difícil enumerar en un artículo el número abrumador de problemas éticos que la guerra plantea hoy en día. Las esperanzas depositadas en las Naciones Unidas al terminar la Segunda Guerra Mundial han resultado algo frustradas. Uno de los aspectos más interesantes de la película *Hammarskjöld. Lucha por la paz* (Fly, 2023), es precisamente este: la muerte en acto de servicio del secretario general de Naciones Unidas en 1961 en circunstancias sospechosísimas revela la limitación que la organización sigue teniendo hoy. A la altura de 1961, la ONU ya contaba con más de quince años de vida y se había ido transformando a medida que los imperios europeos se iban desmoronando. La rivalidad entre el bloque occidental y el soviético se dejaba sentir en

los países que se iban independizando de las metrópolis del Viejo Continente.

Esta independencia, en muchos casos, fue entorpecida por las potencias coloniales, que se resistían a perder poder o, al menos, influencia y por los esfuerzos de la Casa Blanca y el Kremlin por atraerse a los Estados que se incorporaban a la comunidad internacional. Las dinámicas neocoloniales e intervencionistas de las grandes potencias en África, Asia y América no ha desaparecido. Por ejemplo, los Acuerdos de Washington por la Paz y la Prosperidad, suscritos el pasado 4 de diciembre de 2025 por los presidentes de la RDC —Félix Tshisekedi— y de Ruanda —Paul Kagame— pretenden la pacificación del este de la República Democrática del Congo mediante la desescalada del conflicto entre la RDC y Ruanda, la creación de mecanismos conjuntos de seguridad, la reconfiguración de la gobernanza de los minerales críticos congoleños; y la proyección de poder de Estados Unidos en un espacio estratégico frente a la influencia china. Hay una vinculación estrecha entre intervención estadounidense en la pacificación y obtención de ventajas en la explotación de los recursos nacionales.

Esta extensión de la guerra en sus distintas formas impone una reflexión acerca de su moralidad y de si existen todavía guerras justas de acuerdo con la doctrina clásica. Es sabido que la tradición cristiana parte de una primacía de la paz, que es “obra de la justicia y efecto de la caridad” (CIC 2304). Al mismo tiempo, reconoce que, ante una agresión injusta, la autoridad pública puede disponer de la fuerza armada como último recurso para la defensa del bien común. Así, “mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de la fuerza correspondiente, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa” (2038).



Familia palestina transportando agua tras la destrucción del sistema de abastecimiento. Fotografía por Fadi Thabet.

“Las guerras se han vuelto multifacéticas. Combinan acciones económicas, políticas o psicológicas que desestabilizan al oponente creando una crisis humanitaria”

El *Catecismo de la Iglesia Católica* resume la doctrina de la guerra justa en dos principios: la obligación grave de evitar la guerra por todos los medios razonables y la posibilidad de legítima defensa armada, pero dentro de condiciones muy estrictas:

— “Que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto.”

— “Que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces.”

— “Que se reúnan las condiciones serias de éxito.”

— “Que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar. El poder de los medios modernos de destrucción obliga

a una prudencia extrema en la apreciación de esta condición.”

Añade, además, en el párrafo 1308 dos líneas muy relevantes en el actual estado de las guerras en el mundo: “La apreciación de estas condiciones de legitimidad moral pertenece al juicio prudente de quienes están a cargo del bien común”. Esta formulación sistematiza una tradición que arranca de san Agustín y recibe su forma clásica en santo Tomás de Aquino, y que el magisterio reciente (Concilio Vaticano II, Juan Pablo II, Benedicto XVI) han venido interpretando en clave cada vez más restrictiva frente a las guerras contemporáneas. El Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes* 79) mantiene el principio de legítima defensa, pero recalca su carácter excepcional y condicionado: mientras falte una autoridad internacional eficaz, “no se puede negar a los gobiernos el derecho de legítima defensa”, una vez agotados los recursos pacíficos. En *Centesimus Annus*, S. Juan Pablo II el Grande recordaba su magisterio a propósito de la Guerra del Golfo (1991): “¡Nunca más la guerra!”. Hablando en 2003 a los miembros del Cuerpo Diplomático, Juan Pablo II valoraba la importancia de los instrumentos que, desde el final de la II Guerra Mundial, pretendían ser los mecanismos para la resolución de controversias entre los pueblos: “El derecho internacional, el diálogo leal, la solidaridad entre los Estados, el ejercicio tan noble de la diplomacia, son los medios dignos del hombre y las naciones para solucionar sus contiendas. Digo eso pensando en los tan numerosos conflictos que todavía aprisionan a nuestros hermanos, los hombres. En Navidad, Belén nos ha recordado la crisis no resuelta del Medio Oriente, donde dos pueblos, el israelí y el palestino, están llamados a vivir uno junto al otro, igualmente libres y soberanos y recíprocamente respetuosos”. La referencia al conflicto entre israelíes y palestinos resulta de una lacerante actualidad. No faltó, por cierto, en ese discurso

una referencia a la guerra económica, que suele revestir la forma de embargo o de otras sanciones y medidas económicas: “¿qué decir de la amenaza de una guerra que podría recaer sobre las poblaciones de Irak, tierra de los profetas, poblaciones ya extenuadas por más de doce años de embargo?”.

Benedicto XVI condenó, en su mensaje de XXXIX Jornada Mundial de la Paz (2006) la doctrina de seguridad mediante la amenaza de las armas nucleares: “¿Qué decir, además, de los gobiernos que se apoyan en las armas nucleares para garantizar la seguridad de su país? Junto con innumerables personas de buena voluntad, se puede afirmar que este planteamiento, además de funesto, es totalmente falaz. En efecto, en una guerra nuclear no habría vencedores, sino sólo víctimas”.

La pervivencia de conflictos desde los inicios de la Guerra Fría, la proliferación nuclear y las guerras económicas son sólo algunos de los ejemplos de cuán necesaria sigue siendo la reflexión sobre la guerra justa.

En especial, resulta de la máxima importancia de exigencia que “el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar”. Las sanciones económicas prolongadas pueden causar más muertes que las batallas. Sólo se han empleado armas nucleares en dos ocasiones y el horror de la guerra atómica no se ha borrado de la memoria, pero incluso algunos ensayos han causado víctimas; por ejemplo, las pruebas nucleares que Francia desarrolló en el desierto de Argelia entre 1960 y 1966.

En un tiempo en que las guerras ya no son fácilmente reconocibles – operaciones encubiertas, acciones de guerra psicológica, conflictos híbridos– la exigencia de justicia ha de extenderse, pues, a aspectos que superan los muertos y los heridos en combate y comprenden la ruina

económica, la destrucción ambiental o las fracturas políticas mediante la creación o el avivamiento de conflictos internos. Esto agrava la responsabilidad de aquellos que se dedican –o habrían de dedicarse– a la búsqueda del bien común empezando por los responsables políticos.

La capacidad destructiva de las armas de nuestro tiempo se ve acrecentada por los demás recursos para sumir a millones en la miseria, el hambre o la degradación del ecosistema donde viven. El proceso de toma de decisiones y la contemplación de la guerra a través de los medios y las redes han convertido el sufrimiento en una especie de espectáculo atroz integrado en la sociedad del entretenimiento. Las imágenes de las ciudades arrasadas por las bombas conmueven un instante antes de los anuncios. Así, junto a la responsabilidad de los “asesinos de despacho”, burócratas que firman las resoluciones que llevarán a la muerte a millones de personas, está la de aquellos que, en las sociedades democráticas, participan en la vida política y eligen a sus representantes. También a ellos les corresponde exigir que no se libren guerras injustas en su nombre. ■

“El derecho internacional y el diálogo leal son los medios dignos del hombre y las naciones para solucionar sus contiendas”

San Juan Pablo II

El amor en la guerra



POR **JULIO LLORENTE** | PERIODISTA Y EDITOR

¿Puede la guerra fundarse en el amor? La pregunta, que nuestros ancestros habrían juzgado razonable, resulta desafiante para el hombre contemporáneo, cuya sensibilidad es más mórbida. ¿No se excluyen amor y guerra como agua y aceite, como honestidad y política de partido? La conciliación de caridad y contienda sería un imposible metafísico, una aspiración quimérica, la fantasía nostálgica de hombres que añoran épocas más ardorosas. Pero el ideal de caballería pasó “como lluvia en la montaña, como viento en el prado”. El amor sólo podría alumbrar la guerra a condición de que nos refiriésemos a ese amor desordenado, autorreferencial, que san Agustín señaló como origen de la ciudad terrena. La inteligencia contemporánea dicta sentencia en este punto: el conflicto

es discordia; la discordia nace siempre, sin salvedades posibles, del odio. Tampoco debería extrañarnos la prosperidad de esta idea. El resultado de las guerras recientes ha sido, casi siempre, el exterminio.

Debo comenzar con una constatación. Los bienes de los que gozamos son frágiles, quebradizos; habitan, por así decirlo, un perpetuo peligro de extinción. El máspreciado de casi todos, la vida, no es mucho más vigoroso que una brizna de hierba. Las fuentes de nuestra alegría están amenazadas por fuerzas exteriores y por fuerzas interiores. El rasgo del mundo es la precariedad. Sobre nuestro hogar se cierne la sombra de un allanamiento, sobre nuestra patria la de una invasión. El amor exige la defensa; la defensa

puede exigir la fuerza. ¿No brotó de la *pietas* el ímpetu de nuestros héroes del 2 de mayo? ¿No surgió de la fe la violencia de Juana de Arco, santa por guerrera y guerrera por santa?

G.K. Chesterton afirmó, en memorable aforismo, que “el verdadero soldado no lucha por odio a lo que tiene delante, sino por amor a lo que tiene detrás”. El amor constituye, en verdad, el criterio para discriminar entre guerras, el elemento que determina la naturaleza de un conflicto. Justa es la guerra amorosa. El filósofo Higinio Marín sentencia: “Sólo tiene por qué luchar quien tiene por qué cantar”. El amor que no está dispuesto a la alabanza es rudo; el amor que no está dispuesto al sacrificio es melifluo. Las dos concreciones del amor son el canto y la contienda, la bendición y la espada. J.R.R. Tolkien, autor de *El señor de los anillos*, participa de esta idea: “Yo no amo la espada porque tiene filo, ni la flecha porque vuela, ni al guerrero porque ha ganado la gloria. Sólo amo lo que ellos defienden: la ciudad de los Hombres de Númenor”. La legitimidad de una guerra dependería de la disposición del alma. Igual que “dos amores hicieron dos ciudades”, dos amores hicieron dos conflictos.

“ El amor exige la defensa; la defensa puede exigir la fuerza ”

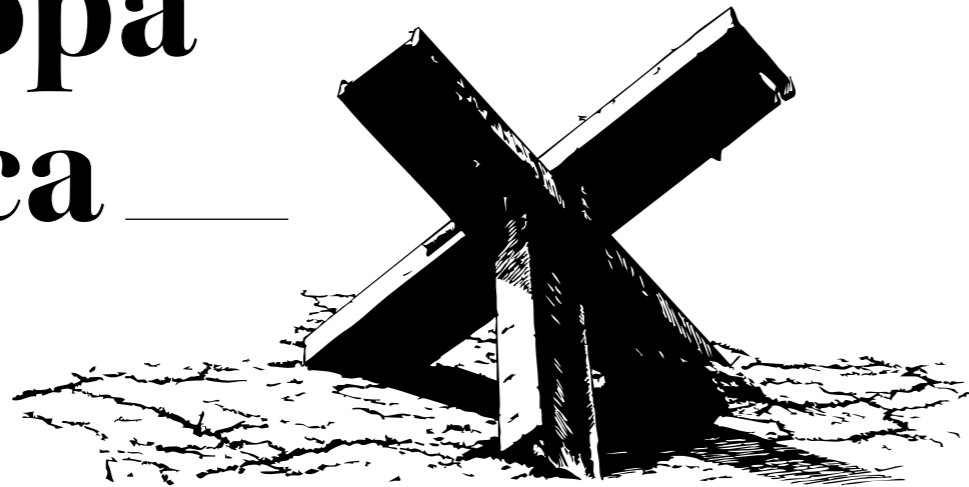
Pero nosotros estamos, asimismo, convocados a un amor más radical. Es juicioso venerar lo que uno conoce: los lugares de la infancia, el hogar, la patria

chica. No lo es, en cambio, estimar lo que se desconoce. Verdadero soldado es quien ama a sus enemigos. En este amor, por paradójico que resulte, por escandaloso que se nos antoje, se fundan todas las teorías sobre la guerra justa y todos los tratados de derecho internacional. Como nos enseña la historia, uno puede perpetrar atrocidades en nombre de su patria. Suponemos que Netanyahu ama la tierra de Sion. Deducimos que Hitler amó la nación de Wagner. No yerran estos en lo que aman, sino en lo que dejan de amar. Creen que su apego justifica el exterminio, que su causa bien merece una devastación.

¿No estamos, sin embargo, predicando un imposible? ¿Acaso no exige el amor al enemigo una deposición de las armas? ¿No nos afanamos estérilmente en ordenar el caos? En realidad, sólo replanteamos el debate: el conflicto es inevitable; la devastación no lo es. Quizá para Estados Unidos fuese indispensable doblegar a Japón, pero sólo un sádico afirmaría la pertinencia de la bomba atómica. Hay circunstancias que exigen el combate, amenazas que reclaman una espada blandida y un arco tensado. Pero ¿puede blandirse de cualquier manera, tensarse a cualquier precio? Contra los pacifistas, afirmamos que merece la pena empuñar el sable; contra los belicistas, añadimos que sólo por una causa justa. Tan pecaminoso es desproteger nuestros bienes como protegerlos sin ningún escrúpulo.

En plena apoteosis nuclear, sólo el amor puede evitar la degeneración del campo de batalla en campo de exterminio. Habrá algo noble en todas las espadas, como afirma el aedo, siempre y cuando sea amorosa la mano que las mueva. ■

La Europa bélica



POR **DAVID CERDÁ** | ECONOMISTA, DOCTOR EN FILOSOFÍA

Europa se agita de nuevo. No bajo el rugido de los cañones todavía, sino bajo el sonido anticipado de su eco ucraniano. Los ministros hablan en un tono calculado, como si la palabra “guerra” tuviera que pronunciarse *sottovoce* para no despertar a la bestia; pero la bestia nunca murió —el totalitarismo, la rapacidad comercial, la xenofobia—, tan solo esperaba que la frágil flor de la democracia se marchitara. La guerra en Europa ya no es una fantasía; tenemos que verbalizarlo para despertarnos.

Durante décadas, Europa creyó haber dejado atrás para siempre la violencia sistémica. Se soñó a sí misma como un oasis de acuerdos, comercio, ley y cultura y un modelo, en estos sentidos, para el mundo entero. Pero lo bélico no se disuelve en las buenas intenciones: solo se repliega, espera, muta. Ahora regresa, con un rostro más sofisticado —guerra híbrida— y el mismo corazón oscuro. Los presupuestos de defensa crecen, las industrias se reactivan, los discursos se endurecen. La maquinaria del miedo vuelve a engrasarse.

Nada más desconcertante que comprobar lo poco preparados que estamos para pensar la guerra; es como si se nos hubiera atrofiado el músculo que comprende lo trágico. En las aulas, las pantallas y otros foros se ha desdibujado el sentido de lo que significa una contienda. La guerra tras los videojuegos se nos aparece como un anacronismo; pero fue, es y será un espejo en el que se reflejan nuestras pasiones. La guerra es desgracia, sí, pero también es revelación; es una *heterotopía* que nos retrata sin adornos. Y hay en toda guerra una dimensión teológica: el combate no es solo por la tierra, sino por el alma. Europa, que tantas veces se alzó en nombre de ideales universales, ve cubrirse su cielo de nubes bélicas cuando se debate sobre su propio espíritu.

¿Podrá Europa esclarecer su idea de humanidad mientras se arma para sobrevivir? ¿Podrá defenderse sin corromperse, resistir sin imitar a sus enemigos? Eso es lo que se va a dilucidar en los próximos años. La guerra, monstruo antiguo, despoja a las sociedades de su hipocresía; a la fuerza, las endereza. Su mero fantasma nos obliga a confesar qué creemos realmente, qué estamos dispuestos a sacrificar y qué es lo que de verdad valoramos. Cada generación europea ha querido creer que la anterior fue la última en asomarse al abismo. Pero la paz no es un estado por defecto: es una conquista, vulnerable y provisoria. La política, cuando olvida su raigambre moral, tiende a degradarse hasta convertirse en su antesala.

En los laboratorios militares se diseñan hoy drones con precisión quirúrgica, algoritmos que deciden objetivos, estrategias para redistribuir los daños: queremos asepticar la batalla. Todo parece más limpio, más racional

y más ansiolítico. Pero la sangre que mana es la misma, y ninguna crueldad real puede ser estética. Necesitamos que los ciudadanos lo piensen y lo sientan. Las armas no bastarán para detener la barbarie si esta ya ha colonizado la sensibilidad y no hay espacio para que reflexionemos. Recordar que la fuerza no sustituye al derecho, que la victoria sin justicia es derrota y que el adversario también es un hombre: he ahí la tarea.

Cada guerra, antes de que silben las balas, se libra con palabras. Empieza cuando se le niega la voz al otro; después, se le niega la existencia. Estamos erigiendo muros internos con una irresponsabilidad pasmosa. Pero estamos a tiempo de detener esta inercia hacia la catástrofe. No se trata de negar la necesidad de defensa militar, sino de recordar que la defensa última es espiritual. No hay blindaje más poderoso que una conciencia ciudadana lúcida, y esto es lo que hace demasiado que descuidamos.

Europa se mira al espejo del siglo XXI y no sabe si reconocer o temer su reflejo. Aún puede elegir entre la furia y la razón, entre el miedo y la esperanza. Y tal vez en esa elección se dirima, una vez más, el destino del mundo. ■

“Recordar que la fuerza no sustituye al derecho, que la victoria sin justicia es derrota y que el adversario también es un hombre”



El arcángel Miguel
de Guido Reni,
1630-1634. Iglesia
de los capuchinos
en Roma

La Iglesia y el uso de la fuerza



POR **LUIS ZAYAS** | ECONOMISTA Y
DIRECTOR DE PROGRAMA EN RADIO MARÍA

La Iglesia enseña que la paz es la “suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia”¹. Corresponde a las autoridades promover el bien común cuyo fruto último es la paz, es decir, “la estabilidad y la seguridad de un orden justo”².

La Iglesia, promotora de la paz, como madre, maestra y gran conocedora de la naturaleza humana, evita caer en pacifismos ideológicos e irenismos. Sabe que la búsqueda y el mantenimiento del bien común y de la paz en la sociedad, se enfrenta a graves amenazas que,

dada su magnitud y gravedad, exigen ser enfrentadas con el uso de la fuerza. Sin embargo, consciente del riesgo que implica el uso de la fuerza, la Iglesia ha tratado siempre de limitar y humanizar su uso, así como de recomendar la misericordia y la clemencia a las autoridades.

El uso de la fuerza para la defensa del bien común la Iglesia lo circunscribe al ámbito de la legítima defensa y siempre como última ratio. Legítima defensa que no sólo es un derecho, sino que en ocasiones se convierte en un deber³.

A nivel social tres son los supuestos en los que podríamos encuadrar la legítima defensa de una sociedad: frente a sus propios miembros que atacan a otros o al bien común, y es la justicia penal; frente a la opresión de las autoridades, y es la resistencia incluso armada al poder tiránico; o frente a otras sociedades externas, y es la guerra⁴.

Tanto en el caso de la resistencia a la autoridad como en el caso de la guerra la Iglesia establece condiciones para que el uso de la fuerza sea legítimo y la sublevación o la guerra pueda calificarse de justa: 1) que se den violaciones ciertas, graves y prolongadas de los derechos fundamentales o que el agresor, en el caso de amenaza externa, esté causando un daño grave, cierto y duradero; 2) que se hayan agotado todos los otros recursos; 3) que no se provoquen desórdenes peores; 4) que haya esperanza fundada de éxito; 5) que sea imposible prever razonablemente soluciones mejores⁵.

En el caso de la resistencia a la autoridad es importante determinar la causa justa. Siguiendo a Álvaro d’Ors⁶ decimos que la finalidad esencial de la potestad es mantener un orden social. En este punto d’Ors diferencia entre un orden social injusto y un desorden social. Para d’Ors una autoridad pierde su legitimidad, deja de ser potestad cuando es incapaz o no quiere mantener un orden. Es el desorden social lo que convierte a la autoridad, en tirano y, por tanto, susceptible de sufrir una sublevación armada del pueblo en defensa propia. De acuerdo con este criterio Álvaro d’Ors fundamentará la legitimidad del alzamiento y posterior Cruzada de 1936 cuyo fin era restablecer el orden social que el Frente Popular no mantenía ni quería mantener⁷.

“ La Iglesia afirma que la paz es fruto del bien común y que el uso de la fuerza solo es legítimo como última ratio en defensa de un orden justo ”

La guerra justa, además de causa justa, exigirá intención recta, ser declarada por la autoridad legítima y proporcionalidad y moralidad en su desarrollo. El pensamiento católico ha desarrollado una serie de límites a la forma de hacer la guerra con el objeto de humanizarla, evitar injusticias y limitar al máximo los daños que toda guerra supone⁸.

El hecho de que el uso de la fuerza se legitime en la defensa del bien común y de la paz hace que el Magisterio católico tenga una valoración positiva de aquellos hombres, militares y policías, que asumen dicha función⁹. Si, además, tomamos en consideración que en el ejercicio de su vocación ponen en riesgo su vida en beneficio de sus compatriotas, pocas profesiones o vocaciones merecen un mayor reconocimiento moral y social. Profesión que por su alto valor moral exige a sus integrantes el cultivo de muchas virtudes personales: “lealtad, sacrificio, humildad, generosidad, alegría, liderazgo, compañerismo, obediencia, cuidado de las tradiciones y el recuerdo a los caídos en el seno de Dios en acto de servicio”¹⁰. Lo que nos lleva a concluir que el buen militar o policía no sólo es digno de respeto, sino que es un verdadero modelo para la sociedad. ■

1 Juan XXIII *Pacem in Terris*, 1

2 *Catecismo Iglesia Católica* 1909

3 *Catecismo Iglesia Católica* 2265 y 2321

4 Sandoval, Luis María, *Catequesis Política de la Iglesia*, Ed. Speiro p. 118

5 *Catecismo Iglesia Católica* 2243 y 2309

6 d’Ors, Álvaro, *La violencia y el orden*, Ed. Dyrsa pp. 62 y ss

7 D’Ors, Alvaro, op. cit. P. 65

8 Pascucci, Enrico, *Guerra, Moral y Derecho. Los límites de la guerra justa*. Ed ACTAS.

9 *Catecismo Iglesia Católica* 2310

10 Gatón Lasheras, Alberto, *Virtudes militares Alfa y Omega* del 16/12/25.

De la refundación de las Órdenes Religiosas Militares

POR **PADRE FEDERICO**

La esclavitud sigue existiendo. Y afecta de un modo radical a muchísimos cristianos que les tocó nacer en tierras islámicas.

En ciertas zonas islámicas, hay incontables esclavos cristianos en lugares que son como campos de concentración, donde muchas mujeres bautizadas son abusadas sexualmente siendo tratadas como objetos por musulmanes perversos.

Uno de mis ministerios apostólicos es redimir esclavos cristianos de las garras de mafias islámicas.

Quizá lo más chocante que me tocó vivir fue rescatar a seis familias, que incluían cinco madres jóvenes violadas hace diez años en un campo tenebroso.

Hay mucho más para contar pero lo dejamos para otra ocasión. Ahora digamos una palabra sobre el tema de este artículo: la importancia de asegurar la defensa armada de las poblaciones cristianas inermes.

I

Desde hace tiempo, estamos recibiendo consultas de algunos jóvenes generosos y llenos de valentía que quieren integrar milicias católicas para defender por las armas a las poblaciones católicas indefensas.

Son jóvenes que no pueden tolerar que no se tomen medidas eficaces para frenar el gran genocidio, el genocidio de los cristianos, que es el mayor genocidio jamás habido, una matanza incontable, inenarrable, que nos deja a todos estupefactos. De hecho, se calcula que, en el siglo XX, un cristiano era asesinado cada cinco minutos, lo cual convierte al siglo XX en el siglo con más mártires de la historia. En pleno siglo XXI, las cosas no mejoraron, sino que parecen empeorar. Basta considerar



Cruces de las principales órdenes militares españolas: Orden de Santiago, Orden de Alcántara y Orden de Calatrava y Orden de Montesa.

los grupos islámicos que, interpretando a su modo el Corán –un libro que contiene muchos pasajes sobre el exterminio de los cristianos–, permanentemente persiguen, asesinan, incendian y usurpan poblaciones enteras, violando y secuestrando a mujeres, matando ancianos y quemando iglesias.

Lamentablemente, cada vez son más los islámicos que arrasan poblaciones enteras, violando a mujeres y vendiendo niños. Lo van a seguir haciendo porque, según incontables musulmanes, el Corán los exhorta (o les permite) cometer estos crímenes abominables, que la progresía políticamente (eclesiástica o secular, poco importa) correcta trata de minimizar u ocultar. Por eso, mientras no se reforme el Corán (lo cual no será hecho hasta que se conviertan a Jesucristo), el islam seguirá siendo el azote de la Iglesia, de la cristiandad (o mejor dicho,

de las reliquias que aún quedan de la cristiandad) y de los cristianos.

La cristiandad, con los papas y los santos a la cabeza, no se chupaba el dedo. La cristiandad no fue la “civilización del amor sensiblero y la tolerancia pacifista”, sino la civilización de la *charitas*, la cual, como enseña santo Tomás de Aquino (el Doctor Angélico), dadas ciertas circunstancias extremas, no solo permite sino que exige la defensa armada. Por eso, cuando las hordas islámicas arrasaban y violaban a las cristianas, la cristiandad no dudó en salir a matar y morir en defensa de los inocentes bautizados. Y no solo no dudó en hacerlo sino que la Iglesia canonizó la justa, y aun santa, defensa armada, de todos los modos posibles: canonizando a guerreros y predicadores de cruzadas, analogando la muerte del héroe en guerra justa con la muerte del mártir, decretando cruzadas

e indulgenciando a los combatientes, exhortando a los varones a tomar las armas en defensa de Dios y los prójimos y hasta fundando, aprobando y bendiciendo órdenes religiosas cuyo carisma no era sino la más heroica lucha armada, orientada, como no podía ser de otra manera, a la defensa. Podríamos seguir escribiendo días enteros sobre este tópico, pero, por el momento, basta con unas líneas más.

En la época de la cristiandad, grupos de todo el mundo islámico secuestraban a mujeres (casadas, vírgenes, ...), las vendían (o regalaban) y las mujeres quedaban presas a perpetuidad en la casa de algún musulmán que la golpeaba, esclavizaba y violaba hasta que le llegaba la hora de la muerte. Y si la mujer era una niña, era pasible del mismo diabólico trato ya que en ciertas regiones, al invocar este o aquel hadiz, se aprobaba la pedofilia (lo cual aún hacen en algunos lugares islámicos). Por eso, la Virgen Santísima le pidió una noche (agosto de 1218) a san Pedro Nolasco y al rey Jaime de Aragón (que era muy amigo del santo) que fundasen una orden religiosa (la Orden de la Merced) consagrada a libertar cristianos esclavizados por los musulmanes. La cristiandad tuvo varias órdenes religiosas con tan heroico carisma. Son las llamadas órdenes redentoras de cautivos.

Ahora bien, la realidad es que pululan los grupos islámicos que siguen secuestrando, vendiendo y esclavizando a mujeres y niñas. Como prueba de esto, baste citar que, según denuncia la agencia Enlace Judío, en el 2015, el Ministerio de Derechos Humanos iraquí dijo en un comunicado que el grupo Estado Islámico (EI/ISIS) introdujo más de cien mujeres sirias a la venta en el mercado de la ciudad de Faluya, en la provincia de Anbar y que las mujeres cautivas se ofrecían a precios que oscilan entre \$ 500 y \$ 2,000 cada una, según informaron fuentes locales.

“ La cristiandad medieval sostuvo que, en circunstancias extremas, la defensa armada podía considerarse un acto de caridad orientado a proteger a los inocentes bautizados”

II

Hoy en día algunos eclesiásticos, lamentablemente, de puro bondadosos, caen en la sutil tentación del pacifismo, publicando comunicados condenando la eventual fundación de milicias defensivas cristianas. No lo hacen fundados en razones prudentiales (que podrían ser legítimas si, *v.gr.*, versasen sobre la desproporción de las miserables armas cristianas y el enorme aparato de guerra musulmán, o, según algunos, judeo-musulmán), sino en razones supuestamente doctrinales, morales y teológicas. En efecto, un jerarca eclesiástico hace poco decía lo siguiente: “no estamos de acuerdo con el nacimiento de una “brigada” cristiana. Porque la creación de una milicia armada marcada por una denominación cristiana contradice, en primerísimo lugar el espíritu cristiano, que se vuelca a los valores del amor, la paz, la tolerancia y el perdón”.

Una multitud de papas –con sus magníficas Bulas de Cruzada, que enardecieron a la cristiandad– y otros rotundos documentos fundados en la más sana teología, y santo Tomás de Aquino, el único teólogo explícitamente ensalzado por el Concilio Vaticano II, refutan de modo definitivo la infeliz afirmación de marras. No dudamos de la santidad de intenciones de quien hizo las declaraciones citadas, pero no podemos callar la verdad. Por eso, a continuación, citaremos unos pasajes olvidados de la *Summa Theologica*, la obra más célebre de santo Tomás. En esta obra, el Doctor Angélico explica que es laudable la fundación de órdenes religiosas dedicadas a la guerra santa defensiva. Es muy interesante ya que, no solo justifica la creación de brigadas cristianas, sino que dice que los religiosos pueden tomar las armas y que aun puede haber congregaciones religiosas cuyo fin específico sea la cruzada. A continuación, citamos algunos de estos pasajes imborrables del Aquinate, con la esperanza (esperanza contra toda esperanza) de que Dios le conceda a algún alma piadosa el carisma de fundar una nueva orden religiosa dedicada a la defensa armada de los pueblos católicos arrasados por hordas descendientes de Ismael. Citamos algunos pasajes:

“Está el hecho de que san Agustín dice en *Ad Bonifacium* : No creas que no puede agradar a Dios quien sirve en las armas. Entre ellos estaba el santo David, a quien Dios rindió un homenaje tan bello. Ahora bien: las órdenes religiosas han sido fundadas para que los hombres agraden a Dios. Luego no hay ningún inconveniente en que se funde una Orden religiosa dedicada a la vida militar” (STh, II-II, q. 188, a. 3, s.c.).

“Puede fundarse una Orden religiosa no sólo para las obras propias de la vida contemplativa, sino también para las de vida activa en lo que llevan consigo de ayuda al prójimo y servicio a Dios, no en lo que se



refiere a negocios mundanos. En cuanto al oficio militar, puede ir ordenado a la ayuda al prójimo no sólo en orden a las personas privadas, sino también para defensa de todo el estado. Por eso se dice de Judas Macabeo, en *1 Mac* 3,2-3, que combatía con alegría en las batallas de Israel y aumentó la gloria de su pueblo. Puede también ordenarse a la conservación del culto divino. Y por ello se añade, en el mismo pasaje (v.21), que Judas dijo: Luchamos por nuestras vidas y por nuestras leyes. Y más adelante, en 13,3, dice Simón: Ya sabéis lo que yo, mis hermanos y la casa de mi padre hemos luchado por nuestras leyes y por el santuario. Por consiguiente, puede fundarse lícitamente una Orden religiosa que se dedique a la vida militar, no con una finalidad temporal, sino para defensa del culto divino, del bien público o incluso de los pobres y oprimidos, según se dice en el salmo 81,4: Salvad al pobre, librad al indigente de las manos del pecador” (STh, II-II, q. 188, a. 3).

A estas enseñanzas tomistas, algún buenista podría objetar lo siguiente: “Toda Orden religiosa tiene como meta el estado de perfección. Pero es propio de la vida cristiana lo que el Señor dice en Mt 5,39: Yo os digo: no resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra. Ahora bien: todo esto está en contraposición con la vida militar. Luego ninguna Orden religiosa puede ser fundada para dedicarse a la vida militar”.

Lo interesante es que esta objeción no la escribió ningún ente modernista, sino el mismo santo Tomás (cf. STh, II-II, q. 188, a. 3). El Aquinate responde de modo magistral: “Existen dos maneras de no oponer resistencia al mal. En primer lugar, perdonando la injuria personal, y puede ser necesaria para la perfección cuando lo exige el bien de los demás. En segundo lugar, tolerando pacientemente las injurias de los

demás, y esto es imperfección o incluso vicio, supuesto que se pueda resistir debidamente al que comete injusticia. Por eso dice san Ambrosio en *De Offic.*: Es totalmente justa la fuerza que defiende a la patria contra los bárbaros, los enfermos del país o los amigos contra los ladrones. Del mismo modo, el Señor manda (Lc 6,30): No reclames lo que es tuyo. Y, sin embargo, si alguno no reclama lo que es de otros cuando debe hacerlo, peca, ya que el hombre hace bien en dar lo suyo, pero no lo ajeno, y mucho menos debe descuidar las cosas del Señor, ya que, como dice san Juan Crisóstomo en *Super Mt.*, es una gran impiedad no preocuparse por las injurias contra Dios” (STh, II-II, q. 188, a. 3, ad 1um).

Que Dios y la Virgen regalen a la Iglesia una nueva orden religiosa militar, aunque a muchos les moleste, aunque a muchos les cueste entender que cientos de papas, todos los santos doctores –con el Aquinate en primera fila–, miles de santos, millones de héroes, y toda la cristiandad entera no pudieron estar equivocados durante toda la historia.

Que Dios y la Virgen regalen a la Iglesia la gracia de la conversión de todos los mahometanos a la única religión verdadera, la religión católica.

“ *Puede fundarse lícitamente una Orden religiosa que se dedique a la vida militar, para defensa del culto divino, del bien público o incluso de los pobres y oprimidos* ”



Escenas de la Reconquista
por las Órdenes Militares.
Monasterio de Uclés, Cuenca

CHISPAZOS DE LA ANTORCHA

En esta sección se recogen las aportaciones de nuestros lectores: reflexiones nacidas al calor de la experiencia, la fe y la mirada personal sobre el mundo. La respuesta ha sido tan abundante que esta vez la sección desborda el papel; por ello, los textos que no aparecen en estas páginas podrán leerse en su totalidad en la edición digital de la revista.

LA GUERRA SORDA

Se llama ruido sordo a un sonido molesto y continuo de baja frecuencia. Los pianos tienen un pedal llamado “sordina” que amortigua su sonido.

La guerra se distingue de la pelea por incluir de manera generalizada la muerte del adversario como recurso para “resolver” los conflictos.

La guerra sorda tiene la máxima capacidad de duración, y por tanto de muerte, debido a su perfil bajo. La máxima mortandad se alcanza cuando se inutilizan las defensas y se neutralizan los centros de coordinación.

La pérdida de sentido de la vida lleva anualmente a casi dos millones de personas a la muerte por suicidio o sobredosis. La violencia doméstica o ciudadana supera el millón y medio de muertes anuales.

Ambos entornos de guerra sorda suponen quince veces las 230.000 muertes en conflictos bélicos declarados que tuvieron lugar en el mundo durante el año 2024.

El primer paso para frenar la guerra sorda es darle sonido. No es justo silenciar las alarmas por temor al pánico.

Los refugios familiares y vecinales están siendo sistemáticamente destruidos o inutilizados. Es urgente su reconstrucción. Las comunicaciones con los centros de saber y de virtud están interferidas o distorsionadas. La población está siendo ensordecida.

Nuestra guerra no está allá lejos, donde hacen fotos los noticieros. Se combate aquí, casa por casa. A nuestro espíritu vital le va faltando la luz, el calor y el alimento, y escasean “hospitales de campaña”. ■

POR **MARIANO SALAZAR**

LA GUERRA

De pequeño me leían historias de caballeros antes de irme a dormir, y en consecuencia, siempre he querido morir en batalla. Si me soñaba, era como paladín: con su yelmo, armadura resplandeciente, espada y blanco corcel, cargando contra “el enemigo”. Decepción mayúscula al darme cuenta —cosas de la edad— de que a lo máximo que podía aspirar era a morir a tiros —mucho menos romántico— en Oriente Medio por los intereses de EEUU. A esta desilusión —muy razonable por otra parte— hay que añadir mi catolicidad, donde la otra mejilla se impone al acero. Ante la imposibilidad de librar un combate “como Dios manda” me pregunto entonces mi papel en el mundo: ¿Quedan guerras honorables por librar? ¿Qué frentes merece la pena movilizar? ¿Cuándo está justificado el látigo? ¿Quiénes son los mercaderes?

La tolerancia no es virtud cristiana, y con el mal no se negocia: hay que enfrentarlo. Sin embargo, son tantas las ofensivas —o maniobras defensivas— que uno ha de acometer... ¿Es necesario volver a refutar herejías —con la capa adaptada a los tiempos— que la Iglesia lleva superadas siglos? ¿Gritar ante un mal estructural que aplasta a los más vulnerables? ¿Defender la liturgia —guerra a la guitarra? Es tanta la mies y tan pocos los trabajadores...

Quizá la guerra no sea “contra” sino “a favor”. Tolkien nos narra cómo enfrentar los grandes males, en un mundo en que la salvación de Jesús no ha llegado. Cómo mantener la esperanza —esa débil llama— donde aún no existe. Quizá no esté la clave en cargar con los Rohirrim, sino en un ser diminuto que sostiene la luz. Quizá el héroe que trae la esperanza se parezca más a un Hobbit, y eso es algo en lo que puedo creer. Por lo que puedo luchar. Combatir en aras de la esperanza. ■

POR **RODRIGO GRANDA IGLESIAS**

EL ROSTRO DE LA GUERRA

El devenir de la relación de mis abuelos maternos empieza y termina con la Guerra Civil. Mi abuelo Fernando nace en Santander el 12 de julio de 1902 y muere en Teruel el 10 de junio 1938 al atardecer.

Fernando conoce la guerra en 1920: entre agosto de ese año y septiembre de 1922, toma parte en la Guerra del Rif. Será uno de los primeros militantes de la Falange Española, organización a la que se afilia antes de las elecciones del 16 de febrero de 1936. Tras el alzamiento de julio de 1936, se puso al frente de los voluntarios y durante la guerra hizo las veces de comandante militar: “Apenas sonó el grito santo de la guerra liberadora, Álvarez Crespo abandonó las oficinas de la Caja de Reclutamiento para pedir el mando de una compañía de fusiles”.

Una de sus primeras acciones al estallar la guerra civil fue la toma del pueblo leonés de Cistierna, circunstancia que le permite ganarse el calificativo de “salvador de Cistierna” y conocer a su futura mujer: Florinda. La boda se celebra el 21 de junio de 1937 y su única hija nace el 4 de abril de 1938.

Entre los recuerdos de la última etapa de su vida nos queda su cartera, que guarda un trozo de papel con estas anotaciones a lápiz:

“Para que la guerra sea legítima se requiere:

1. Que sea declarada por la autoridad legítima
2. Que se dé causa (mayor si cabe para la guerra ofensiva que para la defensiva)
3. Que sea el remedio único, ya suficientemente probado, sobre otros medios
4. Que se guarden los debidos modos, conforme a las prescripciones del derecho natural e internacional
5. Que haya probabilidad sólida y fundada de éxito”

Junto a este escrito, una foto de mi abuela, un Sagrado corazón en tela y un recorte con un texto de Menéndez y Pelayo:

“Soy católico no nuevo ni viejo sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Niego esas supuestas



Tarjeta médica identificativa en la que figuran Nombre y Cuerpo escritos a lápiz, así como la palabra “Muerto” en los campos Diagnóstico y Suero. Imagen cedida

persecuciones de la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual y todas esas atrocidades que rutinariamente sin fundamento se repiten”.

También, nos quedan de Fernando 295 cartas y 98 postales escritas en plena Guerra Civil a su mujer y a su hija. Su hilo conductor son los sentimientos que experimenta en el frente: el cariño y el amor, la necesidad de amar y ser amado, el miedo a no ser correspondido, a resultar pesado y a no ser comprendido, la preocupación por la diferencia de edad entre ellos (16 años) y la diferente condición de ambas familias, la preocupación por los soldados, la responsabilidad, la alegría y el consuelo diario de escribir a su amada y saber de ella, la fe y la defensa de la moral católica, la pasión por la lectura, la soledad, el aburrimiento, la paciencia, el desgaste, la depresión, la esperanza...

Un día antes de morir, Fernando le escribe a Florinda: “Mañana o pasado te escribiré desde un pico de una altura exorbitante a donde no llegan más que las águilas y los soldados españoles”. Se refería al vértice geodésico de Gaifas, donde encontró la muerte.

La necrológica publicada en honor de Fernando dice así:

“Camarada jefe del 14 Batallón: ¡Presente!

Aun no había una arruga en su frente, lisa y serenamente despejada, porque era joven...

Se llamaba don Fernando Álvarez Crespo.

Era el capitán jefe del 14 batallón de Burgos 31, el camarada de los soldados, el primero en la primera línea y el luchador heroico de los tiempos en que las banderas de la Vieja Guardia iban con el pecho descubierto hacia la muerte, en un canto sagrado que nos hablaba de una España que renacía.

(...)

Nada parecía detenerle; con Álvarez Crespo iba la alegría libertadora y la hermandad sacrosanta de nuestro ideal fundidas en airón de gloria de su camisa azul.

(...) Por ser joven le admiraban, por ser bueno le idolatraban.

(...)

La metralla homicida le sorprendió (...) cara al enemigo, de pie, sereno, heroico...” ■

POR **SARA IZQUIERDO**



Fernando (en el centro) con la 2ª escuadra. Imagen cedida

105



Tres miradas literarias sobre la guerra

POR **MAR VELASCO** | FILÓLOGA

La guerra, ya sea narrada desde los grandes movimientos de la historia, desde el sufrimiento silencioso de los perseguidos o desde la reflexión ética que intenta imponer límites a la violencia, sigue siendo uno de los interrogantes morales más profundos de la humanidad. Y la literatura y el pensamiento, como es lógico, no solo no han permanecido ajenos a estas inquietudes, sino que se han convertido en el lugar privilegiado para explorar cuestiones como la responsabilidad individual, el sacrificio, la fe y la legitimidad del uso de la fuerza. Los textos que recomendamos en este número abordan estos temas desde perspectivas muy distintas, invitan al lector a reflexionar sobre la condición humana ante el conflicto y plantean preguntas incómodas que siguen interpelando a un mundo desorientado que sigue sin encontrar la brújula



Guerra y Paz

León Tolstói

Alianza Editorial, 1184 págs.

A Tolstói, como a Dostoievski, hay que acercarse con el debido respeto y veneración que merecen los grandes conocedores del alma humana. En *Guerra y paz*, además, es necesario escuchar la voz de quien vivió el conflicto como joven oficial durante la guerra del Cáucaso (1817-1864) y que, por tanto, algo sabe de la crueldad y sus resortes. En esta obra monumental que combina historia, reflexión filosófica y narrativa épica, Tolstoi retrata la sociedad rusa durante las invasiones napoleónicas. A través de personajes como Pierre, Andrei, Natasha o la devota princesa María, muestra cómo la guerra transforma no solo el curso de la historia, sino también la conciencia moral de los individuos. La novela contrapone actitudes pacifistas y belicistas, abordando el sentido del heroísmo, el sacrificio y la violencia organizada. Más allá del campo de batalla, la obra reflexiona sobre la responsabilidad personal, el destino y la búsqueda de sentido en medio del caos. Tolstói, que nunca ofrece respuestas simples, invita al lector a contemplar la guerra como un fenómeno profundamente humano, cargado de contradicciones morales. Por eso *Guerra y paz*, con el trasfondo de la resiliencia del espíritu humano y el amor en tiempos de conflicto, sigue siendo una referencia imprescindible.



Silencio

Shusaku Endo

Edhasa, 256 págs.

Silencio (una historia que muchos conocerán por la adaptación cinematográfica de la novela que hizo Scorsese en 2016) sitúa al lector en el Japón del siglo XVII, durante la persecución sistemática a los cristianos ordenada por las autoridades del Shogunato Tokugawa, que veía al cristianismo como una amenaza para la estabilidad del país. En un contexto donde las torturas eran brutales, la novela narra el conflicto interior del padre Rodrigues, un misionero jesuita portugués que no puede quedarse impasible ante el sufrimiento de sus fieles. La novela explora la tensión entre la fidelidad a la fe y la compasión por quienes padecen la violencia, planteando dilemas morales de enorme profundidad. Endo muestra cómo la persecución no solo destruye cuerpos, sino que también pone a prueba la conciencia y la identidad espiritual. Ante la injusticia del martirio, la obra presenta la fragilidad humana frente al dolor extremo y el aparente silencio de Dios, el mismo del que hablaba Benedicto XVI en Auschwitz. *Silencio* invita a reflexionar sobre el sentido del sacrificio, la obediencia y la responsabilidad moral en contextos de opresión, y nos enseña que la fe, lejos de ser abstracta, se encarna en decisiones concretas tomadas en medio del sufrimiento.



Guerras justas e injustas

Michael Walzer

Ediciones Paidós, 448 págs.

Michael Walzer, experto en filosofía política formado en Cambridge y Harvard y una de las voces más respetadas en la Teoría de la Guerra Justa, ofrece en este ensayo uno de los análisis más influyentes sobre la ética de la guerra en la era contemporánea. A partir de conflictos históricos concretos, el autor examina los criterios morales que permiten juzgar la legitimidad de una guerra, abordando cuestiones como la agresión, la defensa, la proporcionalidad y la protección de los civiles. Walzer dialoga con la tradición clásica de la guerra justa y la somete a prueba frente a los conflictos del siglo XX, mostrando sus límites y su vigencia. El ensayo no busca justificar la violencia, sino establecer normas morales que restrinjan su uso. Su aportación principal consiste en afirmar que incluso en la guerra existen responsabilidades éticas irrenunciables. *Guerras justas e injustas* invita a reflexionar críticamente sobre los conflictos actuales y la necesidad de defender una ética que preserve la dignidad humana en medio de la violencia. ■



La herida que atraviesa la historia de la humanidad: dos miradas ante la guerra

POR **AITOR LEKANDA** | PERIODISTA

La guerra atraviesa la historia humana como una herida antigua que no termina de cerrar. En esta conversación a dos voces, María del Mar Gabaldón, doctora en Arqueología y especialista en la guerra en la Antigüedad, y Alejandro Rodríguez de la Peña, catedrático de Historia Medieval de la Universidad CEU San Pablo, además de marido y mujer, se preguntan mutuamente por la lógica social de la guerra, sus formas de exhibición pública, la banalización de la violencia y el hilo moral y decisivo que introduce la tradición cristiana: la dignidad del *inermis*, del desarmado, allí donde el poder tiende a convertirlo todo en botín.

Alejandro Rodríguez de la Peña:

¿Qué papel desempeñaba la guerra en la organización social de las culturas arcaicas?

María del Mar Gabaldón:

La guerra es algo realmente importante en las sociedades antiguas, arcaicas. Siempre pongo como ejemplo el manual chino que todos conocen: *El arte de la guerra* de Sun Tzu, del siglo V a. C., donde este estratega afirma que la guerra es lo más importante para un Estado y que, por tanto, no debe ser ignorada. Las sociedades antiguas vivían en constante guerra.

Heráclito, en el mundo griego, decía también que no debía ser ignorada y que era fundamental para el Estado, porque la guerra convertía a unos en libres y a otros en esclavos. Hay que tener en cuenta que la esclavitud era inmensa en la Antigüedad, y que la mayor parte de los prisioneros de guerra se convertían en esclavos.

Las sociedades antiguas, arcaicas, estaban rodeadas de guerra en todo momento. Tenemos a veces una visión un tanto idílica del mundo griego como espacio de equilibrio y filosofía —que lo fue—, pero los Estados griegos estaban en constante guerra. La guerra era una forma de obtener recursos, de defenderse, de alcanzar prestigio frente a otros Estados y, sobre todo, una forma de vida: su ética. Los jóvenes griegos y romanos se educaban fundamentalmente para ser guerreros. Todos los años había guerra. Era algo que impregnaba todas las esferas de la vida: la religión, la economía, la política. Por tanto, volviendo a Sun Tzu, la guerra en las sociedades antiguas es algo absolutamente central para los Estados.

Ante esto, cabe preguntarse por qué los imperios antiguos fueron capaces de producir niveles inéditos de destrucción.

**ARP:**

Hay varias razones, pero la esencial es que las formas de Estado en el mundo antiguo son, fundamentalmente, formas depredadoras. Son lo que se ha llamado imperios depredadores. Estos imperios, ciudades-Estado o confederaciones actúan hacia el exterior como una especie de horda depredadora.

No existe un concepto de derecho de guerra en el sentido de distinguir entre civiles y combatientes. Lo normal es que no haya reglas: el campo de batalla o la ciudad conquistada son espacios sin normas, espacios amorales.

A esto hay que añadir la exaltación de la figura del rey depredador o monarca masacrador. Es muy interesante el paralelismo entre la cinegética —el mundo de la caza— y la guerra. Muchos monarcas del mundo antiguo se ven a sí mismos como cazadores de hombres, y toda la retórica de la caza se aplica a la guerra. La masacre, que es un concepto del mundo cinegético —la acumulación de piezas de caza—, se traslada a los seres humanos. Se producen masacres de población conquistada, violaciones masivas o reducciones a la esclavitud como si se tratara de ganado humano.

El imperio antiguo amplifica una forma de violencia que ya existía en la prehistoria. Los antropólogos han demostrado que en las guerras tribales actuales existe guerra total, sin distinción entre combatientes y no combatientes. Lo que hacen los imperios antiguos es aumentar esa violencia en volumen y escala.

MMG:

Sí, lamentablemente es así. Y por eso quiero plantearte ahora una cuestión: si esto es una banalización de la violencia, ¿qué significaba realmente el llamado “derecho de guerra” en el mundo antiguo?

ARP:

Es una cuestión compleja. Desde el punto de vista de la codificación legal, las civilizaciones antiguas legislan el derecho de guerra, cosa que no ocurre en la prehistoria, donde no hay escritura ni leyes. Pero, como tú sabes bien, en el mundo prehistórico hay una fuerte ritualización de la guerra, lo que implica reglas no escritas: sacrificios humanos, rituales de armas, etc.

En cuanto al derecho de guerra romano, Roma desarrolla lo que se llama el *ius ad bellum*, es decir, el derecho a declarar la guerra y las condiciones para que esta sea considerada justa. Pero una vez declarada la guerra por el Senado, el general tiene poder de vida y muerte sobre los vencidos, salvo que haya una *deditio*, una rendición pactada.

Si no hay rendición pactada y una ciudad es tomada al asalto, el general puede permitir a sus tropas matar, violar y saquear hasta que ordene detenerse. Durante ese tiempo, la ciudad es un espacio sin ley, y esto está amparado por el propio derecho romano.

“ En el mundo antiguo no existe un derecho en la guerra: una ciudad conquistada es un espacio sin ley, donde matar, violar y saquear está legitimado ”

Roma no conoce el *ius in bello*, es decir, una teoría sobre cómo hacer la guerra de manera justa. Puede declarar guerras justas, pero no regula moralmente el trato a civiles y prisioneros. Por eso son legales prácticas que hoy llamaríamos genocidio o urbicidio.

MMG:

Incluso la *deditio* se incumplía muchas veces, que estaba dentro del derecho de guerra romano, sobre todo durante la República. En Hispania hay numerosos ejemplos de pactos que luego se rompieron. El campo de batalla era una auténtica masacre. Por eso te pregunto: ¿qué tipo de violencia se consideraba legítima tras una victoria militar?

ARP:

En el mundo antiguo, toda la violencia que el Estado legitimara era considerada legítima, sin límites. Esto se mantiene en buena parte del mundo medieval y también en el derecho islámico de guerra: si no hay rendición pactada, todo está permitido al vencedor.

La idea de distinguir entre violencia legítima e ilegítima aparece muy tímidamente en la Edad Media, cuando algunos pensadores empiezan a reflexionar sobre límites morales, especialmente respecto a prisioneros y civiles. Pero, en general, la legitimidad la concede el Estado.

MMG:

La civilización no elimina la guerra. Al contrario: cuando los Estados se hacen más complejos, la guerra se vuelve más compleja. Se desarrollan máquinas, armas y ejércitos cada vez más sofisticados. El crecimiento del Estado va de la mano del crecimiento de la maquinaria bélica.

Los grandes imperios se sostienen en el ejército. Los pueblos sometidos se rebelan y es necesario mantener guarniciones permanentes. Por eso, cuando se habla de periodos de paz en el mundo antiguo, yo creo que no existieron realmente. Incluso la llamada Pax Romana fue una paz armada.

En el mundo griego, de cada tres años, dos eran de guerra. Lo dice Tito Livio en su famosa obra, *Ab urbe condita*: Roma estaba siempre al son de la guerra, las puertas de Trajano estaban constantemente abiertas. La guerra era constante. Incluso los historiadores decían que sin guerra no habría historia que contar.

Esto nos lleva a una cuestión clave: si el desarrollo de la civilización solo trae más guerra. Por un lado, el avance tecnológico produce armas cada vez más destructivas. Pero, por otro, la civilización también genera reflexión moral.

Ahí es donde yo defiendo que la religión, especialmente el cristianismo, introduce éticas de compasión, misericordia y clemencia. La idea de que la civilización es el problema y que las sociedades primitivas eran pacíficas es falsa. La violencia es anterior al Estado.

Para quienes somos cristianos, la violencia tiene que ver con el pecado original. La religión, lejos de promoverla, suele contenerla. René Girard lo explicó con claridad al mostrar cómo las formas religiosas limitan el contagio de la violencia. Las llamadas guerras santas son, estadísticamente, una nota a pie de página en la historia de la humanidad.

ARP:

A medida que la civilización avanza —y es cierto que incluso antes del cristianismo aparecen reflexiones en ese sentido— surgen pensadores que empiezan a plantear que en la guerra no todo vale. En esto coincido contigo: la religión no es la causa principal de la violencia bélica. Hay otros factores presentes desde el origen mismo de las sociedades humanas, como la defensa o la obtención de tierras y recursos.

MMG:

De hecho, la mayor parte de las víctimas de los conflictos han sido causadas por poderes que no se han movido por motivos religiosos. Uno de los grandes debates entre quienes estudiamos la guerra es hasta qué punto existe una ruptura entre el mundo antiguo y el mundo cristiano. Hay quien sostiene que no hay ningún cambio real, que la guerra continúa. Pero sí aparece algo nuevo y decisivo: el *ius in bello*, el derecho en la guerra. Comparar a Cicerón y a san Agustín resulta muy ilustrativo.

Cicerón desarrolla la doctrina de la guerra justa, pero se centra únicamente en cuándo puede declararse una guerra. San Agustín, en cambio, introduce una reflexión distinta y decisiva: lo más grave en la guerra no es matar, sino actuar con crueldad. El problema moral se sitúa en el trato al desarmado.

“*En las sociedades antiguas la guerra era una forma de vida: impregnaba la religión, la economía, la política y la educación*”

De esa reflexión deriva toda la tradición medieval que, con muchas quiebras, está en la base del derecho internacional moderno. El civil y el prisionero pasan a ser sujetos de derecho y no pueden ser tratados como ganado. Este es el fundamento de las actuales convenciones sobre el trato a civiles y prisioneros de guerra.

ARP:

Estoy de acuerdo en que san Agustín introduce una nueva forma de entender la guerra. Lo llamativo es que, en pleno siglo XX y XXI, pese a esa tradición moral y a las convenciones internacionales, la mayoría de las víctimas sigan siendo precisamente los inermes: civiles, mujeres y niños. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, con los bombardeos masivos, la bomba nuclear y los conflictos actuales, quienes más sufren son las poblaciones desarmadas. ¿Cómo explicar este retroceso?

MMG:

Hay varias razones. Los especialistas señalan que entre la Paz de Westfalia



de 1648 y las guerras napoleónicas se produjo en Europa un periodo prolongado en el que disminuyeron las bajas civiles. Tras las guerras de religión se desarrolló la idea de que el militar debía comportarse con cierta caballerosidad hacia la población desarmada, algo ya presente en la tradición medieval. Ese equilibrio se rompe con las guerras napoleónicas, que recuperan formas de violencia propias del mundo antiguo, como el urbicidio: la destrucción total de ciudades y la masacre de su población.

En el siglo XX se produce un cambio decisivo con la doctrina de la guerra total. Tras la Primera Guerra Mundial, algunos teóricos militares defienden que para vencer al enemigo hay que destruir no solo a su ejército, sino también la moral de la población civil: bombardear ciudades, fábricas e infraestructuras. Esta idea pasa a los manuales de Estado Mayor y se aplica de forma sistemática en la Segunda Guerra Mundial, tanto por el Eje como por los Aliados.

Esta lógica se aplica de forma sistemática en la Segunda Guerra Mundial

y se consolida con los bombardeos masivos y con Hiroshima y Nagasaki, legitimando la destrucción de poblaciones civiles. Se trata de un claro retroceso hacia la violencia total del mundo antiguo.

Tras 1945 surge una reflexión sobre los derechos humanos y los tribunales de crímenes de guerra, pero con resultados limitados. En conflictos recientes seguimos viendo atrocidades contra civiles y una preocupante falta de reacción moral firme. El problema se agrava cuando Estados que se presentan como defensores del derecho actúan del mismo modo que regímenes sin escrúpulos. Cuando una potencia democrática trata a los civiles como objetivos militares, pierde la superioridad moral que debería distinguirla.

ARP:

A mí también me preocupa, sobre todo por el papel de la tecnología. El armamento avanza sin cesar y se ha convertido en uno de los negocios más lucrativos de los Estados. Y, sin embargo, parece que no hemos aprendido la lección.

Cuando llegue la paz —si es que llega—, ¿qué vendrá después? Como decía Sun Tzu, la guerra sigue siendo la principal preocupación de los Estados. En el siglo XXI sabemos mucho más, pero deberíamos ser capaces de contenerla mucho mejor. ■

PUEDES VER EN ESTE QR LA ENTREVISTA COMPLETA



Los violentos lo arrebatan



POR **ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ** |
POETA, ESCRITOR Y COLUMNISTA

Toda biografía vivida con intensidad termina adquiriendo perfiles beligerantes.

Si tienes ganas de rendirte, es que estás luchando.

Somos lo que defendemos. Seremos lo que conquistemos.

La lucha diaria es un hábito básico de higiene del espíritu.

“Nada más grande entre los hombres que el poeta, el sacerdote y el soldado.

El hombre que canta, el hombre que sacrifica y se sacrifica”, dijo Baudelaire, para escándalo del mundo por triplicado.

La opción no es guerra o paz, sino guerra o sumisión.

¿Rendirse? A la verdad.

Estoy contra la violencia con todas mis fuerzas.

Quien sabe perder apenas pierde.

Sólo te quitan la paz que no tenías.

Resentimiento: Infección de la herida.

Un jugador de ajedrez necesita que su despiadado enemigo sea su más inteligente colaborador. En el tenis, el rival ha de contribuir al esplendor del juego metiendo con fuerza y efecto las bolas en la pista. Moraleja: no te conformes con cualquier enemigo.

Cómo enfrentan a los hombres sus ideas sobre el modo de alcanzar la paz y la concordia.

*La Victoria de Samotracia indica, en todo caso, que la batalla fue muy dura. Lo que siempre hace más hermosa la victoria.**

Los cobardes son los enemigos más peligrosos. En castellano recio: “De los cobardes me libre Dios,/ que de los valientes me guardo yo”.

El suicida se rinde a un enemigo que no da cuartel.

Defenderse es legítimo; lo peligroso es empezar a gustar de los golpes.

La violencia promete rapidez, pero siempre llega tarde.

El enemigo más astuto es el que nos convence de que no lo es.

La legítima defensa empieza por no mentirse.

Se hacía violencia en defensa propia.

El pacifismo que no acepta sacrificios suele exigirlos a otros.

El combate cuerpo a cuerpo lo libras contra tu pereza.

Muchos confunden amar a los enemigos con desarmarse ante ellos.

El amor pone límites muy estrechos al pacifismo.

La mejor puntería: acertar dónde no hace falta disparar.

El que siempre “evita el conflicto” suele dejar a otros el trabajo sucio de defender lo que importa.

Si no tienes enemigos, no trabajas por la paz.

Para vivir en paz con los hombres, como don Antonio Machado lo quiso, hay que vivir, sin embargo, en paz con tus entrañas, para lo que hay que vivir en guerra con los hombres y, por tanto, estar preparado para pelear desde las entrañas. Lo de la frente arrugada, sin embargo, es impenable.

Los caídos son los mejores de los muertos. (Y, como todos hemos de morir, mejor caídos que decaídos.)

La expresión “guerra sucia” conlleva el reconocimiento de que hay guerras limpias.

Quien no está dispuesto a defenderla con uñas y dientes no merece la paz que goza.

En la vida interior se ve con mucha claridad: la paz es el fruto de una lucha incesante.

Yo también aspiro a la paz universal, pero qué inquietante resulta caer en la cuenta de que tantos poemas, novelas, películas grandiosas se han hecho en las guerras y sobre ellas.

La épica es mucho más feliz que la novela.

El título de la novela de Tolstói: Guerra y paz es trimembre. “Y” es el amor: en la guerra y en la paz.

Cosmética del enemigo

POR **ESPERANZA RUIZ** | COLUMNISTA Y ESCRITORA



No es que no nos fascine la audacia que trajo a Ulises de Troya, o la oración fúnebre de Pericles ante los caídos en Atenas. Ni que no aplaudamos el hondazo que derribó a Goliat en el Valle de Elá o el sonido de los shofares en Jericó. Pero nos descubrimos ante el lamento lejano del olifante en Roncesvalles y nos persignamos en una gruta improbable recordando la defensa de la fe y la tierra que empezó en Covadonga. Unimos nuestras gargantas al ¡Santiago! que retumbó en Clavijo y admiramos las espadas que quebraron las cadenas del rey moro en Tolosa. Nos arrodillamos ante la Inmaculada que fue corredentora en Empel y rezamos el mismo rosario que aplastó al turco en Lepanto.

Somos la mitad del cuerpo que le faltaba al hombre que obligó a Vernon a retirar su diezmada armada. Deberíamos

bordar Sagrados Corazones vandeanos sobre todas nuestras camisas blancas y gritar ¡Viva Cristo Rey!, al menos una vez en la vida, en los Altos de Jalisco. Tendremos que resistir y recordar que aquí no se rinde nadie, como en el Alcázar de Toledo. No somos pacifistas –la paz no es un bien mayor que la verdad o la justicia–. La paz a la que aspiramos exige obediencia a los planes de Dios y esa es precisamente la que el mundo combate. Cabalgamos a lomos de Babieca y hacemos nuestro el temblor de Agustina prendiendo la mecha. Estamos en pie, saludando a la bandera blanca con la cruz roja izada en Malta. Aunque nos superen en número y no nos quede munición nos encontrarán, igual que en Taxdirt, con la corona de María entre los dedos. Seguiremos evocando al Martellus de Poitiers, que detuvo a los invasores en un choque que estremeció a dos continentes.

O a los arcabuceros españoles que en Pavía quebraron la soberbia de toda Europa. Aún somos aquellos cuya dignidad, cuando la muerte les cercó en Rocroi, hizo enmudecer al enemigo.

En las gestas de antaño las armas se blandían en defensa de la fe y la espada salvaguardaba el honor de un pueblo y restauraba la justicia. Sabíamos quiénes éramos y contra qué luchábamos. Las guerras podían llamarse justas –conforme a la doctrina clásica– cuando la convocatoria emanaba de una autoridad legítima; la causa era justa y la intención, recta. Por lo general, el *ethos* no solía ser simple ardor guerrero, mera codicia o cualquier otra iniquidad, sino una convicción clara: la guerra era un mal necesario sólo si servía al bien común.

Después de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, el mundo creyó posible otra historia. La ONU asumió como meta preservar la paz y la seguridad internacional, prohibiendo el uso de la fuerza. Salvo en dos excepciones: la legítima defensa y las medidas aprobadas por su órgano de seguridad.

Ese marco legal post 1945 transformó la guerra en un mecanismo de poder para sostener hegemonías económicas, bloques ideológicos o zonas de influencia. De instrumento de justicia a herramienta de dominación al servicio de un Consejo con vetos, alianzas poco claras y agendas espurias. Los criterios tomistas y de la tradición sobre la guerra justa han sido desplazados. Si el sistema ya no los recuerda ni los aplica, corremos el riesgo de que la paz y las guerras que decreten sean una paz inicua o una guerra injusta.

Vivimos, pues, en la era de la manufactura del enemigo. La cosmética del enemigo funciona en doble sentido. Por un lado, pueblos, ideas, movimientos o disidencias son grotescamente presentados

como amenazas artificiales para justificar nuevas formas de dominio.

Al mismo tiempo, el verdadero poder –el complejo tecnocrático, financiero o burocrático y sus dueños– adopta apariencia de benefactor: se engalana de filantropía, se acicala con derechos, se embellece con las banderas de la solidaridad y la igualdad o se adorna como protector de la ecología y garante de la seguridad. La tiranía se presenta, además, con el rostro amable de las urnas.

El resultado es la perversa legitimación de batallas invisibles contra el alma. Chesterton creía que el mundo moderno estaba en guerra contra la naturaleza humana y que a esa guerra se la llamaba progreso. El orden mundial que nace del 45 lleva asociada una carga ideológica que, a través de la ingeniería social, las políticas dominantes y el marco mental en el que nos desenvolvemos, ha creado sociedades impávidas ante el aborto, la eutanasia, el suicidio demográfico, el pensamiento único, el hostigamiento a la fe católica y la pérdida de la identidad.

Durante la defensa de su tesis en la Sorbona (1967), Jean Hyppolite reprochó a Julien Freund, discípulo de Carl Schmitt: “Si la política consiste en tener enemigos, lo único sensato es retirarse a cultivar mi jardín”. Freund respondió sin vacilar: “Usted cree, como todos los pacifistas, que uno elige a su enemigo. El enemigo no se elige, señor Hyppolite; es él quien nos elige a nosotros”.

Cosmética del enemigo es el título de un opúsculo de la escritora de origen belga Amélie Nothomb. Su protagonista piensa igual que Freund:

–Uno no elige a sus criminales– dice. Tendremos que resistir y recordar que aquí, mientras nos quede un cartucho y un padrenuestro, no se rinde nadie. Como aquellos hombres de Baler. ■



Astianacte niño es arrojado desde las murallas de Troya a manos de Neoptólemo, ante la impotencia de su madre Andrómaca.

Cuando despeñar a un niño es un acto de gloria guerrera

POR JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ GALERA | PERIODISTA

Poetas de la Grecia inmediatamente posterior a lo que se podría llamar la época homérica ensalzan no sólo la gallardía y el arrojo guerrero, sino que incluso dicen que lo bello, lo honroso es morir en primera línea de combate. En el s. VII a.C. Tirteo de Esparta o Calino de Éfeso componen versos de este tipo, pues, desde su mentalidad, lo mejor que se puede hacer en esta vida en luchar con desnudo, en vanguardia de la batalla, “en defensa de la patria, de la esposa legítima, de los hijos”. En ese mismo siglo, Arquíloco habla de una existencia austera definida por una simple hogaza de pan y vino que toma apoyándose en su lanza.

En cierto modo, este tipo de autores de la denominada lírica coral arcaica continúan uno de los aspectos del *êthos* más reconocible en la *Iliada*. La virtud (*areté*, para los griegos), es decir, la excelencia —eso que hoy definimos como “nuestra mejor versión”— se concreta en mostrar la máxima destreza en todas las facetas posibles. No se trata de que la guerra, el duelo cuerpo a cuerpo con cortantes armas de metal, constituya un fin en sí mismo. Más bien, la guerra es el medio y contexto supremo donde la astucia, la habilidad, la fuerza, el arrojo se muestran. Y decimos que “se muestran”, porque se exhiben. Se requiere del reconocimiento de los demás. Por esta razón, Aquiles, el más valeroso de los aqueos que acechan Troya, se retira. Siente que, al quitársele a Briseida, para que fuese entregada a Agamenón, se lo está dejando humillado, no se lo reconoce como lo que es.

En la *Iliada* homérica, la lucha se narra y describe de manera estética. Las heridas contienen belleza por su patetismo, y no son heridas que dejen a nadie lisiado, ni impedido. Son heridas que, o bien se pueden curar, o bien acaban con la vida. En la *Iliada* no vemos las hileras de amputados que produce la guerra. Observamos nada más que muertes henchidas de poesía, una poesía trágica, intensa, repleta de densidad. Sin embargo, cuando en la *Odisea* aparezca el ánimo de Aquiles, en el territorio de Hades y los difuntos, nos dirá que es preferible ser el último de los vivos antes que el rey de los muertos. Se alegrará, cuando Odiseo le narre la fiereza y ansia destructora de su hijo, Neoptólemo. El regocijo, en la otra vida, de comprobar que el propio vástago continúa con esa actitud que se supone es la *virtud*. Narra la tradición poética antigua que Neoptólemo, al conquistar

con los aqueos Troya, agarrará al hijo de Héctor, a Astianacte, que casi es un bebé. Un chiquillo que aún gatea y que se alimenta de purés y leche, y de caricias y mimos de la madre. Lo agarrará para dejarlo caer desde lo alto de las murallas del alcázar troyano. Los sesos del niño se desparramarán por el suelo patrio que su padre defendió entregando su propia vida; Héctor había muerto a manos de Aquiles.

“Es preferible ser el último de los vivos antes que el rey de los muertos”

Esta mirada es la que más influirá en Nietzsche, a quien más que filósofo hemos de etiquetar como filólogo o poeta. Nietzsche, a la hora de la verdad, e incluso antes de redactar la mayor parte de sus libros sobre el superhombre y la voluntad de poder, se había caído del caballo —no literalmente, aunque sí sufrió un accidente en un ejercicio ecuestre antes de la guerra Franco Prusiana, en 1868—; y renunció rápido al germanismo, al nacionalismo y a cualquier aventura bélica. Es más, a pesar de que escribe en sus libros que un inválido, alguien que depende de otros y que tiene mermadas sus capacidades, debe ser desahuciado por los médicos, durante el final de su vida estuvo al entero cuidado de su familia. La incongruencia entre la vida y la obra de Nietzsche permite comprender mejor por qué su hermana Elisabeth se encargó que transmutar el legado intelectual de este amante de lo helénico en materia que alimentase la combustión nacional socialista.

Todo lo contrario a Nietzsche, en este aspecto, fue Marinetti, cuyo manifiesto futurista (según la publicación de febrero de 1909 en *Le Figaro*) resulta tan incendiario y poético como *El Anticristo* o *Así habló Zaratustra*, cuando menos. Leemos: “Queremos cantar el amor al peligro, a la actitud enérgica y a la temeridad. Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el coraje, la audacia y la rebelión. Hasta hoy la literatura ha estado magnificando la inmovilidad de pensamiento, el éxtasis y la ensoñación, mientras que nosotros vamos a exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto temerario, la bofetada y el puñetazo. Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido gracias a una belleza nueva: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carreras con su vientre adornado de gruesos tubos, como si fuesen serpientes de aliento explosivo... Un automóvil rugiente que tiene el aspecto de correr sobre metralla es más hermoso que la *Victoria de Samotracia*. (...) No hay más belleza que en la lucha. No más obras maestras sin carácter agresivo. (...) Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas ideas que matan y el desprecio a la mujer. Queremos demoler los museos, las bibliotecas, combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias”. Después de esto, Marinetti se embarcó para vivir en primera línea casi todos los conflictos bélicos de su país: en Libia contra los turcos en 1911, en la Primera Guerra Mundial contra Austria en 1915, en Abisinia en 1936, contra la Unión Soviética en 1942. Fue fascista hasta el día de su muerte en diciembre de 1944.



Menos de un año después del fallecimiento de Marinetti, el gobierno de los Estados Unidos decide que la forma más expedita de acabar con la guerra contra el Japón consiste en arrojar dos bombas nucleares contra

La Cúpula Genbaku después del Bombardeo, 1945.
Foto Shigeo Hayashi

población civil. Ciertamente que avisaron con antelación, e igual de cierto que las autoridades niponas insistieron en decir que aquellas octavillas arrojadas por los aviones americanos eran mentira y no debía nadie hacerles caso. La excusa del “*dulce et decorum est pro patria mori*” o del “*I want you for the Army*” ha resultado útil en Verdún y en el Somme, en Galípoli, en Vietnam y cuando, durante la guerra de Crimea (1853-1856), la carga de la brigada ligera británica fue masacrada por los cañones rusos. Quizá, no obstante, no haya resultado útil para comprender en qué consiste de verdad defender la patria, qué hubo de heroísmo auténtico en los últimos de Filipinas o en Lepanto.

Estas formas de exaltar la guerra se van alterando con los tiempos, y, como decían C. S. Lewis y Chesterton, a veces se transmutan en una lucha a muerte absoluta; cuanto más convencidos estemos de que nuestro lado es “el lado correcto de la historia”, más aniquiladora será nuestra victoria. Si la guerra sirve para la honra y para la defensa de la patria, la destrucción completa del enemigo no es un fin; e incluso, según ciertas mentalidades, puede suponer un menoscabo para nuestra excelencia, en tanto que la clemencia pasa como un nuevo rasgo de la virtud. No en vano, el estratega militar Sun-zi (quizá s. III a.C.) sostiene en su *Arte de la guerra* que destruir el país rival no es nunca la primera opción, y se debe evitar siempre que las circunstancias lo permitan.

Durante el inicio de la era imperial hispánica, Francisco de Vitoria (s. XVI), junto con otros intelectuales españoles, plantea un contrapunto completo. Entiende que debe existir un Derecho internacional en tanto que consenso emanado de todos los pueblos, de obligado

cumplimiento, y con auténtica fuerza de ley. El Derecho internacional, según Vitoria, debe garantizar los derechos de las personas. “La única causa justa para emprender la guerra es la injuria recibida”, asegura. Una injuria grave, culpable. La guerra, por tanto, es el último recurso y no debe implicar un mal mayor. El Estado (el gobierno) debe evitar la guerra, no buscar pretextos para emprenderla, pues, a fin de cuentas, el objetivo de una guerra justa es la defensa del Derecho, de la patria, de la seguridad, de la paz. Y el triunfo debe manejarse con moderación, satisfaciendo a los ofendidos y generando el menor perjuicio a los injuriadores. Proporcionalidad, misericordia.

Queda, por el otro lado y también del siglo XVI, una lectura que ha sido tomada al pie de la letra en demasiadas ocasiones. Leemos en *El príncipe* de Maquiavelo (traducción de José Sánchez Rojas en Espasa-Calpe, 1924): “Cuando los Estados que se adquieren están acostumbrados a vivir en libertad y a regirse por leyes propias, pueden conservarse de tres maneras. Es la primera destruyéndolos”. ■

“ El triunfo debe manejarse con moderación, satisfaciendo a los ofendidos y generando el menor perjuicio a los injuriadores ”

El poeta que canta a la nobleza de la espada y a la Europa que se perdió

No hay pluma como la de Julio Martínez Mesanza a la hora de entrar al campo de batalla

POR **BILL BRANDIVINO** | PERIODISTA



Jorge Martínez Mesanza. YouTube

Tiene España una rica tradición de poetas soldados: de Jorge Manrique a Garcilaso, pasando por Lope de Vega o –por supuesto– Miguel de Cervantes. Una estirpe ilustre que desemboca, en más de un sentido, en el autor que ha logrado extraer poesía de un carro de combate o un disparo de artillería: Julio Martínez Mesanza, el bardo que habla de una Europa mítica que ya no parece importarle a nadie¹.

Martínez Mesanza es un caso único en la poesía española. Lleva forjando poemas desde hace décadas, pero apenas ha publicado un puñado de poemarios: *Europa* (1983) y sus sucesivas ampliaciones, *Las trincheras* (1996), *Entre el muro y el foso* (2007) o *Gloria* (2016). Él mismo reconoce que podría haber hecho más, y que a menudo ha preferido leer, ver un partido o compartir una copa, pero lo escueto de su obra no ha

sido óbice para consolidarse como una de las voces poéticas con más personalidad del panorama patrio.

“Creo –reflexiona el poeta, en una entrevista reciente en *El Mundo*²– que la mayoría de los poetas son mejores que yo. Estoy convencido de que la mayoría son también más inteligentes. Y puedo asegurar que la mayoría trabaja más. (...) ¿Por qué entonces, sin haber puesto más que el resto, he conectado con un público muy reducido pero fiel? Es un misterio. Aunque pueda sonar raro a los oídos modernos, yo lo achaco a un don que viene de Dios. A unos se les concede el mejor de los dones: el de ser buena persona. (...) A mí, el don de escribir poemas que por alguna razón llegan al lector. Lo agradezco”.

Julio Martínez Mesanza nació en Madrid, en 1955. Se licenció en Filología Italiana y tradujo a Dante, a Moravia o a Miguel Ángel, entre otros. Trabajó en el Ministerio de Cultura, el Instituto Cervantes –dirigió los centros de Lisboa, Milán, Túnez y Tel Aviv– y la Biblioteca Nacional. En el año 2017 obtuvo el Premio Nacional de Poesía por *Gloria*, pero muchos le conocen por *Europa*, su primer libro, que recientemente ha sido musicado por Loquillo, devolviéndolo a la actualidad más de cuarenta años después de que viera la luz por primera vez.

Europa fue la carta de presentación de un mundo interior singular, forjado en

endecasílabos estrictos y un castellano “certero, que huye de las ambigüedades y llama al pan, pan, y a la torre, torre”³. Un mundo melancólico, moral, de cargas de caballería y castillos que ejercen un poder omnímodo y siniestro. De viejas virtudes hoy olvidadas que aquí se presentan límpidas e inmaculadas; de símbolos militares con los que Martínez Mesanza no celebra tanto la fuerza del vencedor como la épica de los vencidos.

“La poesía de Mesanza, como los grandes descubrimientos, supone para el lector un tesoro que descubre y que, con el egotismo propio, guarda para sí primero”, explica Álvaro Petit. Para el neófito, valga como ejemplo –y anzuelo– una de las composiciones más celebradas de aquel primer poemario, *San Luis*:

Hay algo noble en todas las espadas.
Hay algo noble en todos los jinetes.
Y espadas nobles hay en manos regias,
y audaces horas y monarcas santos
que cabalgan enfermos, poseídos
por una gracia que el temor destruye.
Ellos nunca quisieron ser los dioses
pues Dios era su sueño y su vigilia.
Hay espadas que empuña el entusiasmo
y jinetes de luz en la hora oscura.

Martínez Mesanza –poeta soldado, y ávido lector de Tucídides, Heródoto o Tácito– escribió este poema en Pamplona mientras realizaba el servicio militar. “Vi a los jinetes y yo mismo lo fui también. De ahí salió *San Luis*. O sea, que le estoy muy agradecido a la *mili* y a Pamplona”, recuerda en la citada entrevista con *El Mundo*.

Es un agradecimiento que en la España del siglo XXI suena contracultural, pero no menos que su opinión sobre la historia de nuestro país: “Deberíamos estar orgullosísimos (...) [porque] incluso en las horas que se pueden considerar más oscuras,

España dio un ejemplo mucho más positivo que el de otros países”, dice. Ya en septiembre de 1982, Martínez Mesanza escribía: “Mi corazón siempre estará con Hernán Cortés y con Francisco Pizarro, y nunca con la Compañía de las Indias Orientales”.

Otro elemento crucial en su poesía es la dimensión vertical de la vida: siendo Martínez Mesanza católico y honesto, no podía quedar fuera de sus composiciones la relación con Dios, algo que resulta especialmente patente en su –hasta la fecha– último poemario, *Gloria*. Preguntado en una entrevista⁴ sobre si el libro es “poesía religiosa”, respondía él que “indudablemente”, pero que él prefiere hablar de poemas cristianos, “porque es el mundo de la tradición y la fe cristiana el que está detrás, no una experiencia religiosa que puede ser vaga o común a otras religiones”.

Con todo, lo religioso no aparece en su obra como una catequesis mascada –“Lo que nunca he pretendido es hacer poesía de santos; si me dirijo a la Virgen es como pecador, no como buena persona ni mucho menos”, dice⁵–, sino en toda su complejidad viva y ardiente. Valga como ejemplo una de las composiciones más breves de *Gloria*, titulada *Defendido*:

Lavado por el agua del costado
y dentro de la herida defendido
de tanto no que solo trae nada,
de tanto tibio sí, de tanta tregua.

El filo de la espada, la Virgen María, el avance imparable de los carros, la desolación del traidor, los ojos de los caballos moribundos. Todo ello y más se conjuga en el mundo de Martínez Mesanza, que utiliza este imaginario bélico y medieval para hablar de las guerras exteriores y del principal conflicto que todos atravesamos: el que mantenemos con nosotros mismos. ■

¹ Tomando prestada la expresión a Alberto Fadón Duarte, que la emplea en un fantástico artículo en *El Debate*, titulado *Julio Martínez Mesanza o la dulce brisa de la irreverencia*.

² El artículo en cuestión apareció publicado en el suplemento *Papel* el 6 de mayo de 2025. Se titula *Julio Martínez Mesanza, el premio Nacional de Poesía al que canta Loquillo: "Ha habido un borreguismo intelectual muy grande con la Leyenda Negra de España"*.

³ El mismo artículo que en la nota 1.

⁴ La entrevista citada la realizó Alfa y Omega en febrero de 2018, y se titula *Julio Martínez Mesanza: "Gloria" es el esplendor de la creación y el Creador*.

⁵ La misma entrevista que en la nota 2.

Si vis pacem, para bellum...?

POR **FRANCISCO JAVIER VILLAR GARCÍA** |
COORDINADOR DE ACTIVIDADES DE NÁRTEX

La historia de la humanidad se ha ido tejiendo a través de una constante sucesión de acontecimientos bélicos. Ya desde sus albores, los hombres han luchado los unos contra los otros por variado motivo: conquista de territorios, defensa de las fronteras, dominio de puntos estratégicos, salvaguarda del poder de los potentados, dominio del débil... Basta con escuchar las noticias o abrir cualquier libro histórico para darnos cuenta de que las guerras ocupan un amplio porcentaje del tiempo en que el ser humano ha hollado la faz de la Tierra.

El origen

Testigo de esta realidad es la mismísima Biblia desde casi sus primeras palabras. Concretamente, en el libro del Génesis, capítulo 4, se nos narra el primer acto en germen de las futuras guerras (que a su vez, bebe del pecado de nuestros primeros padres): la muerte de Abel a manos de su hermano Caín, provocado por la envidia de este último hacia quien es carne de su carne¹. En la obra del pintor veneciano Tintoretto (1518-1594), queda reflejada, de manera sorprendente y cruda, esta realidad. De marcado carácter manierista, el cuadro fue concebido para la Escuela de la Trinidad, junto a otros lienzos referidos al libro del Génesis. La violencia que Caín ejerce sobre su hermano y se manifiesta

en la fuerza de su robusto brazo, contrasta con el desvalimiento del justo Abel, que en un espectacular contraposto sólo se sirve de una mano para apoyarse, mientras tiende la otra en busca de ayuda. Refuerza esta situación de ferocidad la oscuridad de los cipreses y la cabeza decapitada de un becerro, probable alusión de la ofrenda grata a Dios de Abel. El primer fratricidio está en el origen de la violencia que el hombre ejercerá contra los demás durante toda la vida. Necesariamente, habrán de buscar defensa.



La muerte de Abel. 1550-1553.
Jacopo Robusti Tintoretto.
Galería de la Academia, Venecia

¹ Gn 4, 1-11.

La historia no cambia

Si continuamos leyendo el libro sacro, nos percatamos de que todo él está plagado de enfrentamientos entre hermanos, correligionarios, potencias políticas y militares de aquellas épocas... Y si dudamos de que esta circunstancia acompañe al hombre de todos los tiempos, en el último libro de la Sagrada Escritura, el Apocalipsis, se nos da otra prueba de que hasta el último estertor de nuestra vida vamos a estar acompañados por el azote de la guerra: “Salió otro, un caballo de color de fuego. Al que lo montaba se le concedió quitar la paz de la tierra para que los hombres se degollaran unos a otros; y se le dio una gran espada.”² Viene a la mente, imaginándose la intensidad del rojo del apocalíptico equino, un cuadro y un autor poco conocidos en Occidente: *La batalla de Çesme de noche*, del pintor romántico ruso Iván Constantinovich Aivazovsky (1817-1900), considerado uno de los mejores pintores de paisajes marinos y armadas de la historia. El lienzo relata la batalla naval acaecida en Çesme, en el área entre el extremo occidental de Anatolia y la isla de Quíos, en 1770, en la que el Imperio ruso venció a los otomanos, alentando al pueblo griego a buscar la independencia del pueblo turco, alcanzando su particular “paz”. La escena, enmarcada en noche cerrada y nubosa, sólo iluminada por la pálida luz de la luna y el fuego de las naves ardiendo, nos insinúa la potencia del jinete del Apocalipsis que, espada en mano, hace que los hombres se degüellen entre sí, removiendo la paz verdadera e imponiendo la guerra a seres necios que consideran que sobre ella se puede construir algo. El rojo fuego de los barcos que se destruyen y su reflejo en las aguas del Egeo bien sugieren el campo en el que dicho jinete se mueve ofreciendo a los hombres las consecuencias de la maldad de su corazón.

² Ap 6, 4.



La batalla de Çesme de noche (detalle). 1848.
Iván Constantinovich Aivazovsky. Galería
Nacional de Arte Aivazovsky, Feodosiya.

De estos simples ejemplos, colegimos que la frase que abre nuestra reflexión, atribuida equivocadamente a Julio César, pero perteneciente en verdad al escritor militar romano Vegecio, en su obra *Epitoma Rei Militaris*³, sería completamente verdadera: la única manera de asegurar mi bien y mi posición, implicaría estar atento a las asechanzas y maniobras de mi prójimo, para responder de manera adecuada a sus malignas intenciones o provocaciones. La forma concreta de alcanzar el fin de las luchas parece ser tener preparadas las armas, percatándonos de que el otro esté al tanto de la situación para cohibirse. Por tanto, el mal que causan parece no tener fin. Sin embargo, ¿hemos de resignarnos a esta situación? ¿La paz nunca es posible? Creemos que sí, pues pequeños claros se abren entre la oscuridad de los nubarrones bélicos que nos permiten vislumbrar que, al final, la guerra no tiene la última palabra.

Respuestas pacíficas... insuficientes

Por un lado, la filosofía política sostiene que la paz no se limita simple y llanamente a la ausencia de guerra, entendida como “paz negativa”, sino también a la creación de condiciones que permitan una coexistencia justa y ordenada, llamada “paz positiva”. Es decir, no sólo acabar con los conflictos, sino hacer lo necesario para que no se produzcan de nuevo. No obstante, la experiencia nos dice que, a pesar de los esfuerzos, tarde o temprano esta paz salta por los aires, dada el ansia de poder e imposición de los poderosos. Además, observamos que esto no trae la verdadera paz al corazón del ser humano. Si bien estos intentos son muy loables, no son suficientes.

Algunos pretenden encontrar esa paz en su interior, buceando en las tan de moda religiones orientales, en las que aquélla es entendida como la armonía que

surge del equilibrio entre contrarios: sólo en la medida en que el hombre encuentre el encaje entre los males que sufre o comete y el bien que desea, podrá llegar a un nivel de ataraxia que le permitirá afrontar la vida con felicidad. Sin embargo, podemos objetar que es falsa esta afirmación, pues la presencia del mal, en este caso la guerra, en la vida del ser humano, jamás podrá traer ningún tipo de equilibrio, más bien, todo lo contrario. Es el bien absoluto, sin sombra de mal, el único capaz de generar una armonía duradera. Ya decían los teólogos clásicos que para que exista el mal, es necesario que se dé el bien, pues su ausencia es lo que genera a aquél. Sólo el bien puede traer la paz.

Si vis pacem...

¿Dónde encontrar una respuesta definitiva a esta problemática? Si la Escritura nos ayudó a entender el origen del mal de la guerra, en la misma hallaremos la respuesta que anhelamos sobre su contrario, la paz. Y para ello podemos acudir a la explicación sin mezcla de duda que se presenta a sí mismo como Príncipe de la Paz. Lucas nos narra en su Evangelio, tras el nacimiento del Mesías: “De pronto, apareció junto al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres en quienes Él se complace!”⁴. La paz que propone el evangelista nace directamente del misterio cristiano por excelencia. Es en Cristo encarnado por amor al hombre donde radica la verdadera paz o, lo que es lo mismo, ser amados por el Dios que se complace en el hombre. La paz, no es, por tanto, un esfuerzo de la humanidad por tener todo bajo control, tantas veces infructuoso, cuanto un don de Dios que debe ser acogido. Como dice Piccarda Donati en la *Divina Comedia* de Dante: “en su voluntad está nuestra paz”⁵.



Adoración de los Reyes Magos (detalle). 1485. Domenico Ghirlandaio. Galería del Hospital de los Inocentes, Florencia.

Esta paz evangélica ya había sido anunciada en el Antiguo Testamento que, como aseveramos, recogía muchos conflictos bélicos, dando a entender que estos, si bien permitidos por Dios como castigos reparadores para su pueblo infiel, no tienen el carácter definitivo que sí tiene la paz que promete. Así, en el libro del profeta Isaías⁶, cuando se preanuncian los tiempos mesiánicos, se aclara que “de las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra”. Con la manifestación final de Cristo, las armas y las batallas no serán necesarias, pues los enemigos ya no existirán, y lo que antes servía para atacar al contrario, será utilizado para la siembra de una cosecha de vida eterna. Como no hay adversario contra el que luchar, la victoria ya pertenecerá a los que se han puesto baja la bandera del Príncipe Pacífico. En

aquel momento, nadie gritará para dar la alarma por la cercanía del enemigo, sino que todos cantarán, con el Salmo 121: “por mis hermanos y compañeros, voy a decir: ¡la paz contigo!”⁷. Mientras aguardamos esta plenitud, hemos de navegar por las olas impetuosas de esta vida, en donde el bien y el mal muchas veces se encuentran mezclados. Mientras tanto, y en la medida en que vivamos unidos a Dios, podemos suplicar para nosotros y el mundo la única paz que está sobre toda guerra y ser testimonios valientes de que el mal no soluciona nada. La victoria sobre el enemigo actual sólo puede venir de quien, a fuerza de bien, puede vencerle. Por esto, Tertuliano, cuando escribía a los mártires que iban a ser sacrificados en pos de la verdadera paz, les recomendaba así: “pax vestrum bellum est illi”⁸: vuestra paz es guerra para aquél (el demonio). Cristo es nuestra paz. *Si vis pacem... acógeLe.* ■

³ VEGECIO, Compendio de los Asuntos Militares. Libro III, Prefacio. Literalmente, la frase reza: “Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum”: “Así pues, el que desee la paz, que prepare la guerra”

⁴ Lc 2, 13-14.

⁵ ALIGHIERI, D. *Divina Comedia*. Paraíso, III, 85.

⁶ Is 2, 1-5.

⁷ Sal 122 (121), 8.

⁸ TERTULIANO. *Ad martyras*.

Mr. Darcy en el hospital de campaña

POR **DIEGO BLANCO ALBAROVA** | ESCRITOR Y CINEASTA

Coincido con otro de los autores que frecuentan las páginas de *La Antorcha* desde su primer número, en ser un anglófilo sin remedio. No, no les voy a decir de quién se trata, así tienen con qué entretenerse adivinando la respuesta en las largas tardes de invierno y chocolate caliente que están por venir.

Cierto que, como buen español, comprendo que Blas de Lezo tenía su parte

de razón al decir eso de que todo patriota debería orinar siempre apuntando a la Pérfida Albión pero, qué quieren que les diga, a esas islas les debo Tolkien, Lewis, Chesterton, Newman, G. MacDonald y demás, que no solo bautizaron mi imaginación sino que rescataron mi alma (y lo siguen haciendo) de los abismos en los que mi libre albedrío suele meterme, las más de las veces, por idiota.

Pero hoy que toca pensar en la guerra, no quiero hablar de ninguno de ellos sino de otra autora, tan querida para mí como cualquiera de los anteriores, pero de la que no suelo hablar tan a menudo. Se trata de Jane Austen, cuya obra es un prodigio y cuyo retrato íntimo y profundo de las emociones humanas enmarcadas en historias de un simple interés doméstico, adquirió una importancia inesperada durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial. En los hospitales de campaña, donde soldados heridos luchaban no solo contra terribles heridas físicas sino también contra el impacto emocional que la guerra había provocado en ellos, los libros en general y los de Austen en particular se convirtieron en medicina para el alma, una forma de curación eficaz para los espíritus atormentados por los horrores del campo de batalla.

Un amigo de Tolkien, Herbert Francis Smith, también profesor de Oxford, trabajó para el servicio de hospitales de guerra elaborando el famoso Fever Chart, en el que clasificó diferentes obras literarias para prescribir a los soldados heridos según su tipo de herida o trastorno. El primer lugar de esta lista, bálsamo válido para todo tipo de dolencias, lo ocupaba Jane Austen. En Estados Unidos, la YMCA y la American Library Association (ALA) desempeñaron un papel fundamental al proveer de libros a los campos de entrenamiento y a los hospitales militares. Pronto se dieron cuenta de que en los campos de entrenamiento donde se formaban los reclutas antes de ser enviados al frente, los soldados elegían, en una proporción de diez a uno, libros eminentemente prácticos, manuales de albañilería, jardinería o libros de texto con los que

seguir estudiando o preparar el acceso a la Universidad. Sin embargo, al volver heridos y también en una proporción de diez a uno, elegían en los hospitales libros de ficción. Ni ensayos, ni manuales prácticos sino historias sobre gente que jamás existió. Pero lo más importante de todo lo observado fue que los soldados que leían se recuperaban y abandonaban el hospital mucho antes que aquellos que no lo hacían. Esto dice mucho del poder curativo que tiene la narración. El acto mismo de leer, de sentirse acompañado por otra voz que no es la propia ("leemos para saber que no estamos solos", llegó a decir C.S. Lewis) tenía un efecto reparador sobre el alma traumatizada y esta, a su vez, sobre el cuerpo, demostrando que la afirmación de Isak Dinesen acerca de que cualquier pena se puede sobrellevar metiéndola en una historia o contando una historia sobre ella es completamente cierta.

“ Lo más importante de todo lo observado fue que los soldados que leían se recuperaban y abandonaban el hospital mucho antes que aquellos que no lo hacían ”

Austen, con su deliciosa ironía, su humor sutil, su cosmos narrativo perfectamente ordenado, su énfasis en la estabilidad que proporciona el conocerse a uno mismo y sus finales felices, ofrecía el tipo de refugio que muchos necesitaban. Conmueve pensar en veteranos heridos, horriblemente mutilados, llevados al extremo del dolor y el sinsentido leyendo en las camas de hospital las historias de Elizabeth Bennet, Anne Elliot o Elinor Dashwood. La hija del mismo Winston Churchill contaba que su padre fue curado de una de sus frecuentes depresiones (el *perro negro*, las llamaba) cuando junto al lecho donde yacía sumido en la más horrible oscuridad, iba leyéndole poco a poco *Sensatez y sentimiento*.

Yo, que puedo dar fe con mi propia experiencia del poder de la narrativa para dar esperanza, muchas veces me he preguntado por qué Jane Austen es tan eficaz en este sentido. Y he llegado a la conclusión de que esas historias tontas sobre muchachas obsesionadas por casarse y formar una familia, bailes interminables, tipos orgullosos con corazón de oro, clérigos desagradables, frases imposibles ("usted ocupa un lugar privilegiado en mi más alta estima") y casitas de campo representaban la esencia de todo aquello que los soldados habían salido a defender en el campo de batalla, todo por lo que merece la pena luchar y morir: las esposas, hermanas, tradiciones y el futuro. Es decir, la familia.

Y, por encima de todo, estoy convencido de que eran esos finales felices tan sencillos, incluso ingenuos, los que les recordaban esa forma de vivir pequeña, íntima y hogareña que merecía ser protegida hasta el último aliento.

Hoy, en nuestra sociedad desesperanzada y ansiosa, el legado de aquellos soldados heridos resuena con una urgencia renovada. Quizá la sociedad está triste porque no tiene ya nada que defender, ya que en su brillante modernidad ha olvidado la fuerza humilde de Dios y de la familia, los únicos vínculos que sostienen la vida. Era esa obsesión de las heroínas de Austen por casarse y formar una familia, que luchaban por un hogar como paradigma de una felicidad posible, la que curaba y sigue curando a los que tienen el alma herida. Tal vez sea hora de recordar que, en tiempos convulsos como los nuestros, necesitamos buscar primero aquello que merece la pena ser protegido, por lo que merece la pena luchar, por lo que merece la pena dar la vida en el campo de batalla. ■

“ En los hospitales de campaña, los libros en general y los de Jane Austen en particular se convirtieron en medicina para los espíritus atormentados por los horrores del campo de batalla ”



Lucha de San Jorge y el dragón,
de Pedro Pablo Rubens, 1606.
Museo Nacional del Prado

Santos que matan dragones

Espadas contra la serpiente

De san Miguel a san Jorge y más allá, la iconografía del santo guerrero que acaba con estos monstruos tiene siglos de antigüedad

POR **WILHELM** | PERIODISTA

En el Libro de las Revelaciones, el diablo revela su verdadero rostro: ya no es la víbora mentirosa que muerde el talón de la mujer, sino “el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás”¹. Para los primeros receptores del texto sagrado, no obstante, este desvelamiento no debía resultar tan sorprendente: la palabra hebrea empleada en el Génesis para referirse a la serpiente (*nâhâsh*) es la misma que se usa para describir al temible –y dracónico– monstruo marino Leviatán en Isaías².

Aunque los relatos sobre dragones se encuentran en muchas culturas, también precristianas –el anterior número de *La Antorcha* citaba al propio Cicerón hablando de ellos–, esta base bíblica ha

llevado a una identificación simbólica muy fuerte en la tradición cristiana entre estas criaturas y lo demoníaco. Por tanto, no es de extrañar que en paralelo se haya gestado una categoría de santos propia: los matadragones. De nuevo, no son algo exclusivamente cristiano –ahí están Marduk, Hércules o Sigfrido–, pero sí una imagen particularmente evocadora del triunfo del poder de Dios sobre el Maligno.

El arcángel y el caballero

Una imagen cuyo modelo fundamental, sin duda, es el arcángel Miguel, príncipe de las milicias celestiales. Su victoria sobre la bestia es el paradigma que funda todas las demás, y se relata en el pasaje citado anteriormente del Apocalipsis: “Y hubo un combate en

¹ La cita es de Ap. 12, 9. Con “Libro de las Revelaciones” se refieren algunos círculos protestantes al Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento: recordemos que *apokálypsis* significa “revelación” o “desvelamiento” en griego.

² Recogen el dato John Bergsma y Brant Pitre en el primer volumen de su recomendadísimo libro *Una introducción católica a la Biblia* (Ediciones Cor Iesu, 2025). La cita bíblica es Is. 27, 1.

el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció y no quedó lugar para ellos en el cielo” (Ap. 12, 7-9).

Cabe señalar que la devoción a san Miguel, ya presente en el judaísmo, arraigó desde muy temprano en las primeras comunidades de cristianos. Cuando el emperador Constantino se convirtió, uno de sus proyectos más celebrados fue el Micaelion, un gran santuario dedicado al arcángel en el que, además, se encontraba una pintura que lo representaba matando a una serpiente, solidificando su representación como un guerrero en el imaginario colectivo³.

Fuera del reino de lo angélico, el matadragones por excelencia no es otro que san Jorge, cuya leyenda es más que conocida: un pueblo asediado por un monstruo, una princesa elegida para ser sacrificada en nombre de todos y un caballero que aparece de repente, mata a la bestia y se marcha, no sin antes regalar a la joven liberada una rosa nacida de la sangre del gusano muerto.

Todo lo anterior, por supuesto, forma parte del mito –alimentado sobre todo a partir de la publicación de la *Leyenda áurea* en el siglo XIII–, porque del san Jorge histórico se sabe poco. Está documentada, eso sí, la rápida expansión del culto en el siglo IV a un mártir con este nombre: un hombre originario de Capadocia, la actual Turquía, a quien la tradición retrata como un soldado cristiano del ejército romano asesinado por negarse a perseguir a sus hermanos de fe.

Como sea, lo cierto es que san Jorge se ha convertido en el ejemplo perfecto del caballero cristiano, el varón virtuoso que pone su fuerza al servicio del más débil. “En san Jorge –escribe Fray Vicente Niño, OP⁴– vemos todo un contenido de significado que habla de honor, entrega, caballería, y

desde luego y sobre todo, lucha contra el mal, traiga este, dragón de muchas cabezas, el rostro que traiga”.

“ *En la tradición cristiana, los matadragones no son algo cristiano exclusivamente: pero sí es la imagen del Maligno vencido por el poder de Dios*”

Otros matadragones

San Miguel y san Jorge son los nombres más populares de una lista demasiado larga para ser exhaustivos. Esta incluye a otro soldado romano del siglo IV, san Teodoro de Amasea, que fue patrón de Venecia y cuya estatua con un dragón muerto aún hoy contempla la piazza de San Marcos. También a santa Margarita de Antioquía, que fue devorada por un dragón pero pudo escapar rasgando la panza del monstruo con un crucifijo.

El obispo san Romano capturó y quemó al Gargouille en la ciudad francesa de Ruan –de allí vendría el nombre de las gárgolas– y san Clemente hizo lo propio en Metz, también gala: con el signo de la cruz, expulsó a las serpientes que habían invadido el anfiteatro. Volviendo al inicio y cerrando el círculo, ninguna lista así quedaría completa sin mencionar a la Virgen María, la nueva Eva que aplastó –y sigue aplastando– la cabeza del dragón. ■

³ La devoción a san Miguel se mantuvo con el paso de los siglos, hasta el punto de que el papa León XIII mandó en 1886 que tras cada misa se le rezase una oración específica: “San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio (...)”.

⁴ En un artículo publicado en la revista en línea *La llama*.

¿QUIERES COLABORAR CON
LA ANTORCHA?

Que esta revista llegue a tu casa nos cuesta 5 €, los cuales seguiremos pagando gustosamente para que tú puedas disfrutarla gratis. Pero si quieres colaborar, no vamos a decirte que no.

Aquí te dejamos este código QR para que, libremente, solo si tú quieres, nos hagas un donativo.



¿Prefieres hacer transferencia bancaria?

ES19 0049 6596 27 2216010952

(Banco Santander)

Asunto: Antorcha + Nombre y apellidos + DNI

Tu donativo enciende **La Antorcha**

SAN LUIS

a Violeta

HAY algo noble en todas las espadas.
Hay algo noble en todos los jinetes.
Y espadas nobles hay en manos regias
y audaces horas y monarcas santos
que cabalgan enfermos, poseídos
por una gracia que el temor destruye.
Ellos nunca quisieron ser los dioses
pues Dios era su sueño y su vigilia.
Hay espadas que empuña el entusiasmo
y jinetes de luz en la hora oscura.

de Julio Martínez Mesana



**Escanea el QR y escucha
el poema hecho canción.**

"*San Luis*", interpretado
por Loquillo.